DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

HOMBRES AUDACES 30 cts.

EL NUEVO MIDAS



El nuevo Midas

Kenneth Robeson
Doc Savage/42

CAPÍTULO PRIMERO

EL público americano saca la mayoría de sus ideas, respecto a lo que sucede en el mundo, de los periódicos; pero en ocasiones, los diarios cometen errores, con lo cual al público escapa a veces el verdadero significado de los sucesos.

Esto fue lo que ocurrió en el caso de Jethro Mandebran. Tal vez fue preferible que el público no llegara a comprender completamente el asunto de Jethro Mandebran, ya que, de otro modo, más de una cabeza se habría vuelto blanca.

Jethro Mandebran desapareció un domingo por la tarde de su campo de golf particular. Lanzó su pelota en medio de un bosquecillo y fue a buscarla.

Ya no le volvieron a ver. El suceso era desconcertante y un ejército de detectives privados no logró descubrir sus huellas. Alguien pensó finalmente en recurrir a unos sabuesos, pero los perros no encontraron rastro alguno.

Los diarios usaron y abusaron de los titulares en letras de gran tamaño, pues Jethro Mandebran era alguien de importancia en la ciudad de Filadelfia.

Por pura rutina, un inspector empezó el lunes por la mañana a repasar la contabilidad del Banco a que pertenecía Mandebran, es decir, el Mandebran Trust Company. Aquella misma tarde se lo llevaron a un hospital, víctima de un gran decaimiento nervioso.

Había echado de menos más de veinte millones de dólares. Cuando se supo, ni un solo periódico de la ciudad reprodujo la noticia. No se atrevían a ello.

Semejante déficit en las cuentas de alguien, hasta entonces honradísimo, como lo era Jethro Mandebran, olía a imposible. Los editores de los periódicos, vislumbrando pleitos por difamación, no

permitieron que se dijera una sola palabra del asunto en sus columnas, pero cuando una comisión de inspectores confirmó la cosa, fue inevitable que la historia saliera en primera página.

Un inspector a quien le gustaba la luz clara de la publicidad, dio una lista de los nombres de las personas cuyo dinero había desaparecido. La lista era larga y contenía los nombres de casi todas las personas prominentes de Filadelfia, así como numerosos financieros de Nueva York, Boston y otras localidades.

Clark Savage, hijo, era el número trescientos setenta y seis de aquella lista.

Al día siguiente, el nombre de Clark Savage salió en todos los periódicos, aunque la mayoría de éstos, en vez de llamarle Clark Savage, lo designaban con el nombre de Doc Savage.

Aquella mención de su nombre en la Prensa tuvo por consecuencia envolver a Doc Savage en una de las aventuras más increíbles de su notable carrera.

Los reporteros y fotógrafos corrieron al cuartel general de Doc Savage, sito en el piso ochenta y seis del mayor rascacielos de Nueva York. Los recibió en la puerta un individuo alto y huesudo que vestía un terno demasiado holgado para su persona.

Llevaba un monóculo de grueso lente atado con una cinta a la solapa de su americana. Los reporteros y periodistas le hablaron con cierta deferencia, cosa sorprendente, puesto que por lo general los periodistas no se dejan impresionar por las altas personalidades, sean cuales fueran.

Aquel saco de huesos con monóculo era William Harper Littlejohn, uno de los más famoso arqueólogos y geólogos del mundo. Le preguntaron dónde se podía encontrar a Doc Savage.

—¡Pronosticación engendra diaforesis! —contestó el huesudo caballero.

Afortunadamente, uno de los periodistas llevaba un diccionario de bolsillo, de manera que los reporteros lograron comprender que esas complicadas palabras significaban la ignorancia en que se encontraba el delgado personaje respecto al paradero de Doc Savage.

Nuevas preguntas obtuvieron contestaciones que tuvieron ellas también que traducirse. Aproximadamente media hora transcurrió antes de que los reporteros se dieran cuanta que se burlaban de

ellos sin decirles nada en concreto.

Se retiraron al bar más próximo, es decir, en la esquina de la primera bocacalle y cambiaron impresiones. Todo eran conjeturas respecto a lo que pudo ocurrirle a Jethro Mandebran.

¿Habría desaparecido por su propia voluntad? ¿Acaso se llevó los veinte millones en un par de camiones? Pues se necesitarían vehículos de ese tamaño para trasladar semejante cantidad. ¿Por qué habría hecho eso un hombre tan honrado hasta la fecha?

Más tarde, los periodistas tuvieron ocasión de reflexionar cuán alejadas de los hechos eran las suposiciones a que se entregaron en aquel entonces.

¡Ni uno solo de los periodistas adivinó la asombrosa verdad!

Cuando la conversación se desvió hacia otros tópicos, tales como las carreras de caballos y las majaderías de algunos de los editores de la capital, dos hombres se alejaron del grupo. Lo hicieron sin que nadie se fijara en ellos. Uno de ellos llevaba un aparato fotográfico de gran tamaño.

El traje de su compañero tenía urgente necesidad de ser planchado y en uno de sus bolsillos llevaba un puñado de lápices. A decir verdad, aquel hombre no era reportero, como tampoco era fotógrafo su compañero.

Los dos misteriosos caballeros conferenciaron fuera, disimulando con el pretexto de encender cigarrillos.

—¡Total, nada! —le contestó su camarada—. Ese sujeto huesudo de las palabras rimbombantes no estaba para dar informaciones. ¡Barrunto que Doc Savage se ocupa del asunto Mandebran!

—Pero ¿cómo se habrá enterado?

—Quizá no lo esté completamente.

—¿Crees que ignora la importancia de la cosa?

—Hasta ahora, sí.

—¡Entonces hemos de pararle los pies antes de que descubra demasiado!

—Sí —asintió el hombre del traje arrugado y del bolsillo lleno de lápices—. ¡Esta es la orden del jefe!

—¿Tienes idea —prosiguió el primer hombre—, de cómo lo haremos?

—Yo siempre tengo ideas —contestó su compañero—. ¡Vamos!

Anduvieron rápidamente por una calle lateral y subieron a un

taxi que los esperaba. El chofer era un muchacho desgarbado cuyo principal rasgo fisonómico en la ausencia total de barbilla.

—Al Museo de Historia Natural —dijo uno de los pasajeros al sentarse.

—¡Qué demonios! —resopló el chofer—. ¿Os habéis decidido a instruiros o qué?

—Tú te quedas con nosotros —le contestaron— ... y te instruirás. Ya verás.

Unos tres cuartos de hora después, el trío estaba contemplando unas vitrinas del Museo de Historia Natural. La vitrina contenía una placa clavada en la vitrina, provenía de la tumba del famoso Tutankhamon.

El museo estaba casi vacío y en aquella sala no había nadie, exceptuando dos guardias. Sin prisas ni ademanes sospechosos, dos de los hombres se acercaron a los guardias, sacaron cachiporras de sus bolsillos y asestaron sendos golpes en la cabeza de ambos empleados.

Estos se desplomaron sin dar un grito. El tercer hombre insertó un pie de cabra de tamaño reducido bajo la tapa de madera de la vitrina y rompió la cerradura.

Extrajo la placa que escondió en su camisa, debajo del cinturón. A continuación apretó éste para que no se moviera. Los tres hombres salieron del museo con su botín, sin llamar la atención.

*****

El alto y huesudo William Harper Littlejohn salió a la puerta del aposento de Doc Savage, con expresión aburrida y levemente molesta. Había estado examinando el cráneo caso perfecto de un hombre prehistórico, que un granjero de Wyoming excavó mientras abría hoyos para plantar estacas.

Aquel cráneo probaba la existencia de un tipo superior de hombre en América, en época más remota de la que nadie esperaba. William Harper Littlejohn reconoció en el acto a dos de sus visitantes, por haberlos visto con el contingente de reporteros y fotógrafos. El tercero iba vestido como un chofer de taxi.

—Salutaciones —dijo William Harper Littlejohn sin gran entusiasmo.

—Hablé con los compañeros cuando usted se fue y me enteré que usted es arqueólogo —dijo el hombre que fingía ser reportero

—. Tenía un amigo que murió hace unas semanas y me dejó cuanto poseía. Se puede decir que no tenía otra cosa que un baúl lleno de trastos… jarrones antiguos, medallas, etcétera. He pensado traerle una de esas cosas para saber si valen algo.

Y el hombre sacó de la camisa la placa substraída en el museo.

William Harper Littlejohn abrió los ojos y la boca.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó.

—¿Tiene valor? —preguntó el seudo reportero.

—¡Antigüedad indubitable! —murmuró William Harper Littlejohn.

—Hay bastante más de esto —declaró el falso caballero de la Prensa.

—Pero ¿no podría usted hablar de manera que le comprendamos sin trabajo?

—¿Puedo ver el género? —preguntó Littlejohn, dando prueba de que conocía algunas palabras cortas.

—¡Claro que puede! —dijo el reportero—. Está en mi casa ¿Quiere que lo acompañemos?

—Súbitamente.

William Harper Littlejohn era, por regla general, un caballero prudente. Su larga asociación con Doc Savage, en parte por amor a las aventuras, pero asimismo impulsados por la inmensa admiración que sentían por el hombre de bronce.

William Harper Littlejohn estaba loco por la arqueología y se entusiasmó al ver la placa que reconoció como auténtica, vislumbrando un nuevo descubrimiento de reliquias arqueológicas.

Su entusiasmo acabó y se disolvió en una explosión que ocurrió en su cráneo un momento después de que se hubo sentado en un taxi de color azul oscuro, que esperaba en la calle.

Ni siquiera vió llegar el golpe asestado con la cachiporra. Cuando volvió a la realidad, estaba atado y maniatado y un pedazo de esponja le llenaba la boca que, para mayor seguridad, le cerraron con esparadrapo.

El taxi azul se habrá camino entre el tráfico de la ciudad. Echaron una manta sobre William Harper Littlejohn, ocultando su delgada figura tendida en el piso del coche. Forcejeó, pero renunció a hacerlo después de recibir un puntapié en las costillas. Oyó que sus apresadores hablaban entre sí.

—Ha sido sencillo —declaró el que fingió ser fotógrafo.
—¡Seso! —dijo el otro—. ¡El seso es lo que hace girar el mundo!

CAPÍTULO II

EL ASUNTO DE LA CAJA DE LA MOMIA

EL taxi azul pasó por el túnel de Holanda, de Nueva Jersey. William Harper Littlejohn se retorció y logró coger una punta de la alfombra que cubría el suelo del taxi. Dio un fuerte tirón y enseguida gruñó en voz alta.

El gruñido lo lanzó con el fin de disimular el ruido de la alfombra al rasgarla. Tuvo que gruñir tres veces y estirar con toda su fuerza antes de lograr su propósito.

Cuando el éxito coronó sus esfuerzos, tenía en su poder un pedazo de alfombra del tamaño de la palma de la mano. Dando las gracias al cielo por estar envuelto en la manta, William Harper Littlejohn manipuló el trozo de alfombra, invirtiendo en este trabajo unos quince minutos.

La pasividad del geólogo no había distraído completamente a sus enemigos, y cuando se irguió repentinamente cayeron sobre él con violencia.

En medio de la confusión, los hombres no se fijaron en el pedazo de alfombra que sostenía entre ambas manos y que tiró por la ventanilla que estaba abierta. Tumbaron a William Harper Littlejohn que luchó con gran ferocidad, logrando desgarrar la capota con un cabezazo.

En medio de la confusión, los hombres no se fijaron en el pedazo de alfombra que sostenía entre ambas manos y que tiró por la ventanilla que estaba abierta. Tumbaron a William Harper Littlejohn en el fondo del coche y le propinaron fuertes puntapiés por haber causado tanta molestia.

—¡Vamos a perder la paciencia contigo —le espetó uno de los hombres.

Durante la última media hora del viaje, el auto atravesó un paisaje casi desierto y acabó por correr por lo que parecía una propiedad privada.

Le vendaron los ojos a William Harper Littlejohn, lo levantaron en vilo y lo llevaron al interior de una casa. Allí le quitaron la venda y la esponja de la boca. Se encontró en un cuarto oscuro, de paredes pintadas de negro, lo cual no era corriente.

Una alfombra negra cubría el suelo, cosa más notable todavía. Pero el único mueble que allí había era más asombroso aun. Tenía aproximadamente ocho pies de largo y tres de ancho... Era una caja de forma irregular y provista de una tapa. De pura sorpresa, William Harper Littlejohn habló expresándose en palabras cortas, cosa que le sucedía raras veces.

—¡Una caja de momia! —exclamó.

Un hombre salió, yendo, sin duda, hasta el coche y regresó con unos alicates que enseñó al prisionero.

—¿Ves esto? —dijo—; van a reducir tu vocabulario.

William Harper Littlejohn podía difícilmente dejar de verlos, puesto que se los metían literalmente por las narices.

—¡Una conjunción anagramatical de exigencias! —murmuró.

—¡Eso mismo! —rezongó el hombre de los alicates—. ¡A eso me refiero! ¡Basta de palabras de éstas! ¡Vaya con el charlatán! ¡Por cada palabra que emplees, te sacaremos un diente! ¡Un diente por cada palabra que no podamos entender! ¿Comprendes?

William Harper Littlejohn parpadeó y pareció tan indignado como un hombre atado de pies y manso puede aparentarlo.

—No entiendo nada de lo que pasa —dijo secamente—. ¿Por qué me habéis raptado’

—¿No tienes idea? —preguntó su interlocutor.

—¡No! —replicó William Harper Littlejohn—. ¡Estoy completamente intrigado!

—¡Estupendo! —exclamó el otro—. ¡Antes de que hayamos acabado, todavía lo estarás más!

Cogieron al arqueólogo Johnny. Lo alzaron y colocaron tranquilamente dentro de la caja de la momia.

William Harper Littlejohn no había tenido tiempo de examinar la caja de la momia más que muy superficialmente, pero de una antigüedad auténtica, y la idea de reposar en una caja de momia no

acababa de gustarle.

—¡Me opongo a que me traten así! —chilló.

—¡Sabemos qué es lo que sientes! —le contestó uno de los hombres con hosca simpatía.

William Harper Littlejohn gruñó: —In aquiescencia es...

El hombre de los alicates saltó adelante y forcejeó para abrir la boca del prisionero. Hubo una acción animada durante unos momentos, pero los alicates no lograron agarrar fuertemente ninguno de los dientes del cautivo.

—¡Por esta vez lo dejo estar! —decidió a regañadientes el hombre de la herramienta—. Pero por cada palabra gruesa que emplees en lo sucesivo, perderás un diente. Oye, a ti te llaman “Johnny”, ¿verdad?

—Si —admitió William Harper Littlejohn—, pero ¿qué...?

—Cierra el pico, Johnny, y estate quieto.

Uno de los hombres salió del cuarto negro y tardó media hora en regresar.

Durante el intervalo, Johnny hizo varias tonterías para salir de la caja de la momia, pero cada vez se vió nuevamente echado en el sarcófago. Lo único que podía hacer era estarse quieto y mirar con indignación en torno suyo.

El hombre que volvió traía un periódico.

—Veo que Jethro Mandebran tiene un hijo que estaba en Europa —declaró.

—¿Y eso? —preguntó uno de los hombres.

—Pues, el hijo vuelve a su casa a escape para ayudarles a buscar al autor de sus días —anunció el sujeto del periódico—. Aquí dicen que ha alquilado un aeroplano y volado quinientas millas sobre el Atlántico para coger un trasatlántico. Dice también que el aeroplano amaró en el Océano y fue izado a bordo del vapor. El hijo dejará el buque en su avión tan pronto como esté a quinientas millas de Nueva York. En realidad, es probable que el hijo esté volando en este momento.

—Voy a ver si el jefe tiene que dar órdenes respecto a esto —dijo uno de los tres hombres, saliendo del cuarto.

Johnny luchó con sus esposas, pero eran demasiado fuertes. Intentó, muy indignado, reventar los lados de la tapa de la caja de la momia, pero la suerte no le acompañó.

Intentó salir de al misma y le pegaron en la cabeza con la culata de un revólver. Volvió a estirarse, con los ojos llenos de lágrimas de dolor.

Cada vez le gustaba menos el interior de la caja de la momia. Era posible que fuera debido a su imaginación, pero le parecía oler las huellas de su primer ocupante.

Johnny gritó de pronto:

—¿Había un baúl lleno de reliquias arqueológicas?

—¡No! —dijo riendo el hombre que había inventado aquella filfa.

—¡Calla, tonto! —dijo rápidamente el otro—. ¡Debías decirle que sí!

—Ni siquiera soñará de lo que se trata —replicó el primero—. Y oye, amigo, no insultes tan pronto a la gente. ¡Cállate!

Johnny se dirigió al sujeto que no quería ser insultado:

—¡No tiene usted mucho orgullo dejarlo que le llamen tonto sin más ni más! Eso prueba que no le sobra el valor…

El hombre rió francamente.

—No nos engañas, saco de huesos. Intentas iniciar una pelea. No te saldrás con la tuya. Este chico y yo somos buenos amigos, aunque tiene cara de espantajo.

El otro hombre, que tenía facciones repulsivas, sacó la barbilla, apretó los puños y por un momento pareció que verdaderamente habría lucha.

El hombre que había salido del cuarto, en busca de las órdenes del misterioso jefe, volvió entonces. Parecía muy alegre. Dijo:

—¡Doc Savage no sabe, en realidad, ni jota de este asunto! ¡Nos hemos equivocado al coger a este saco de huesos!

Johnny tragó saliva varias veces. Eso era verdad, pero ¿cómo se habían enterado ellos?

El hombre miró a Johnny.

—No podemos soltarte, porque le dirías a Doc Savage lo ocurrido y él se entrometería. De modo que hemos de pensar en una solución.

Hubo un silencio; no le pareció a Johnny que estuvieran reflexionando mucho. Tuvo la impresión de que ellos sabían lo que iban a hacer con él y que no era nada agradable.

Alguien preguntó:

—¿Marcha bien el asunto del Esqueleto Feliz? ¡Claro! No ha habido contratiempos en ese negocio.

—Más vale que esos callen, idiotas —les dijo el tercer hombre, y callaron.

Johnny seguía sin comprender nada de todo aquello.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó airado.

—Ahora, nada —dijo uno de los hombres—. ¡Ya hemos acabado contigo, hermano!

—¡Pero, si no habéis hecho nada conmigo! —dijo Johnny, asombrado—. Quiero decir… nada que tenga significado alguno.

¡Significa mucho, si lo superas! —le aseguró el otro.

—¡Entonces, soltadme! —contestó Johnny, furioso.

El otro pareció reflexionar detenidamente.

—Tan pronto como el hijo de Jethro Mandebran aterrice con su aeroplano —dijo—. Creo que te vamos a matar de un tiro.

CAPÍTULO III

EL HIJO DE MANDEBRAN

ALEJANDRO Cromwell Mandebran era como es natural en semejantes circunstancias, una figura de actualidad, una celebridad. Los reporteros le habían hecho víctima de sus interviús a bordo del transatlántico y les nombró el aeródromo en el cual pensaba aterrizar a su llegada a Estados Unidos.

En consecuencia, tanto reporteros como fotógrafos estaban esperándolo para saludarle, apenas bajara del avión. El aeródromo se encontraba en las afueras de la ciudad de Filadelfia, la metrópoli en la cual Jethro Mandebran había desaparecido.

El aeroplano era un pequeño hidroavión inglés, fuerte y bien construido. Un piloto inglés al servicio de Alex Mandebran estaba el mando, y una mañana temprano realizó un excelente aterrizaje. Llevó el aparato hasta el cobertizo del aeródromo e inmediatamente aquél se vió rodeando.

Alejandro Mandebran era un hombre alto y ancho de hombros. Tenía los labios gruesos, la barbilla cuadrada y su aspecto general denotaba una fuerza física considerable.

Se le veían canas en las sienes, a pesar de que los periódicos indicaban que su edad no pasaba de los treinta y ocho años.

—No puedo perder tiempo, ¿no os parece? —dijo cuando empezaron a asaetearle a preguntas—. ¡Mal asunto!... ¡Me ha dejado trastornado! Me urge llegar a Filadelfia y empezar las pesquisas...

A pesar de su afectada pronunciación inglesa, Alejandro Mandebran era un joven simpático y agradable.

—¡Qué cree usted que le habrá sucedido a su padre? —le preguntaron.

—¡De veras que no tengo la menor idea hasta ahora! —contestó.

—¿Qué cree usted que les habrá sucedido a los veinte millones de dólares? —fue la pregunta siguiente.

—¡Tampoco lo sé! —murmuró el muchacho.

—¡No sabe usted nada respecto al caso?

—Estoy convencido que el nombre de mi padre quedará limpio de toda sombra cuando lo sepamos todo. Me voy inmediatamente a Filadelfia. Espero poder decirles más cuando haya estado aquí algún tiempo.

Un reportero entrometido le preguntó:

—¿Cuánto tiempo ha estado usted en el extranjero?

—La mayor parte de mi vida, a decir verdad —contestó el joven Mandebran.

En aquel momento, un negro muy alto y gordo, que llevaba aun uniforme azul, se acercó a Alejandro Mandebran y le saludó.

—Un coche oficial le está esperando, señor —dijo.

—No entiendo —dijo.

—¡Policía, mi amo! —explicó el negro—. Quieren darles facilidades a todo el mundo. En ese coche viajará usted deprisa, sin que le cueste un céntimo.

Quitándose el sombrero, Alejandro Mandebran se mesó los cabellos.

—¿La policía quiere interrogarme?

—Creo que sí —dijo el grueso negro—. No lo sé a ciencia cierta.

El coche resultó ser una limousine espaciosa y negra. El negro uniformado hizo subir al joven Mandebran en la parte posterior y se sentó al volante.

El coche salió del aeródromo y tomó el camino de Filadelfia. Otros tres automóviles lo seguían, llevando periodistas que habían recibido la orden de seguido los pasos del joven Mandebran.

Los tres coches de los periodistas se pusieron en marcha, con la esperanza legítima de seguir teniendo al coche de delante a la vista. Sufrieron una sorpresa. La limousine negra corría cada vez a mayor velocidad. Los periodistas desarrollaron toda la que sus coches dieron de sí pero no tardaron en quedarse atrás.

Al cabo de veinte minutos habían perdido completamente el rastro del coche negro, y así fue cómo se les escapó un episodio dramático que habría sido material estupendo para un artículo de

primera página.

Alejandro Mandebran, que viajaba en el coche negro, se alarmó ante tan excesiva velocidad.

—¡Eh, chofer! —dijo—. ¡No vamos a apagar un incendio, me parece!

No obteniendo resultado alguno con esta reflexión, Alejandro Mandebran llamó secamente en el cristal que lo separaba del asiento de delante.

El negro que pilotaba el automóvil no se dignó siquiera mirar atrás. El joven intentó bajar el cristal, pero éste no se movió. Trató de abrir las portezuelas, pero resistieron ante sus esfuerzos, e igual le sucedió con las ventanillas.

—¿Qué demonios significa esto? —gritó Mandebran, olvidando su acento inglés.

No obteniendo respuesta, se arrancó un zapato y se sirvió del mismo para golpear el cristal. Este resultó irrompible. Alejandro Mandebran se dejó caer sobre los almohadones, con el rostro contraído y pálido.

El limousine negro dejó el camino real para meterse por carreteras llenas de baches. Internándose, de pronto, entre un grupo de árboles, se paró, y el chofer, bajando tranquilamente de su asiento, abrió la puerta.

—¡Maldito seas, quienquiera que fueres! —gritó Alejandro Mandebran, lanzándose al ataque.

Los treinta segundos que siguieron fueron animados y desalentadores para Mandebran. No sólo fracasó en su intento de tirar al otro a tierra con su carga, sino que se vió cogido, levantado en vilo y tirando al suelo con tanta fuerza que se quedó sin aliento.

Su enemigo le sujetó ambas muñecas con facilidad, y le registró en busca de una arma, sin encontrar ninguna.

—¡Que le diablo se lo lleve! ¿Qué es...?

Alejandro Mandebran calló de repente, pues acababa de ver las muñecas de su apresador.

Parte del color que las disfrazaba había saltado durante la lucha. Su enemigo era sin duda alguna, un blanco.

—¿Qué significa esto? —preguntó Alejandro Mandebran.

La contestación del misterioso chofer negro fue sacarse más pintura de la cara. Lo hizo rápidamente, empleando la pasta de un

tubo que llevaba en uno de sus bolsillos. Alejandro Mandebran empezó a mirarlo con asombro.

Poco le faltó para frotarse los ojos, a los que no quería dar crédito.

—¡Bondad divina! —exclamó finalmente—. ¿Me ha reconocido usted?

Alejandro Mandebran se humedeció los labios.

—¡Le he reconocido… por… porque he visto su retrato! —admitió en voz entrecortada.

Alejandro Mandebran fue invitado a volver a entrar en el limousine y el seudo chofer negro subió al volante. El automóvil no tardó en perderse en el bosque por uno de sus extraviados senderos.

CAPÍTULO IV

EL HIJO EXTRAÑO

ERA alrededor de las doce del mediodía cuando un caballero joven, alto y fornido, se presentó en la oficina del jefe de policía de Filadelfia, solicitando el privilegio de entrevistarse con la persona que se cuidaba de la investigación del caso de Jethro Mandebran.

—¿Qué nombre anunciaré? —preguntó el escribiente.

—Alejandro Cromwell Mandebran —contestó el joven.

Unos minutos después, el joven se encontraba frente a frente con el jefe de policía, el fiscal del distrito, un investigador federal, varios oficiales de policía y otros tantos periodistas.

—Lo esperábamos antes —le dijeron.

—Me equivoqué de camino —contestó el joven.

El fiscal del distrito preguntó:

—¿Tiene usted algo que objetar a la presencia de los periodistas?

—Nada enteramente.

—¿Es usted Alejandro Cromwell Mandebran, el hijo de Jethro Mandebran —le preguntaron.

—Creo poderlo probar —dijo el joven; y, sonriendo levemente, añadió:— Traigo algunas cartas.

A continuación enseñó sobres dirigidos a Alejandro Cromwell Mandebran a varias ciudades inglesas y europeas. Estas fueron examinadas.

Mientras se procedía a su examen, uno de los periodistas dio un codazo a su compañero. Ambos hombres habían estado en el aeródromo cuando Alejandro Mandebran aterrizó, formando parte del grupo de representantes de la Prensa que más tarde perdió de vista al heredero del potentado desaparecido.

—¿No notas algo extraño en el amigo Alejandro? —susurró el periodista.

Su compañero examinó detenidamente a Alejandro Mandebran, realmente intrigado.

—¡No! ¿Por qué?

—Tal vez sea cosa de mi imaginación —contestó el otro.

Los investigadores devolvieron las cartas que habían examinado.

—¿Les han dado satisfacción? —preguntó el joven.

—Sí —le fue contestado.

El investigador federal miró a Alejandro Mandebran y le preguntó:

—¿Es usted casado?

—No.

—Estuvo usted comprometido para casarse con una muchacha llamada Sylvan Niles —le declaró el investigador.

Alejandro Mandebran pareció sorprendido.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No se nos escapa nada —le declaró el otro—. Sylvan Niles rompió el compromiso, ¿no es así’

Alejandro Mandebran se humedeció los labios y confesó: —Es cierto.

—Eso ocurrió en un club nocturno de Londres ¿no es verdad? —persistió el investigador—. Hubo una escena. Sylvan Niles le dijo algunas cosas fuertes y le tiró su sortija de prometida, ¿no es verdad?

Alejandro Mandebran asintió a regañadientes.

—¿Por qué rompió su compromiso Sylvan Niles? —preguntó el representante del Gobierno.

Alejandro Mandebran vació. No sólo parecía contrariado, sino indignado.

—Me sorprendió cuando salía con otra muchacha —dijo secamente.

Algunos periodistas se echaron a reír al oír esto, y su alegría les valió una mirada airada de Alejandro Mandebran.

El fiscal del distrito tomó el interrogatorio por su cuenta, preguntando:

—¿Es usted hijo único? ¿Verdad?

—Sí —admitió Alejandro Mandebran.

—Y al ser el único retoño de su padre, ¿es usted su heredero principal? —preguntó el fiscal.

Alejandro Mandebran confesó: —Así lo supongo.

El fiscal respiró hondamente.

—Entonces, ¿dígame por qué el testamento de su padre le deja sin un céntimo?

Alejandro Mandebran se estuvo muy quieto durante unos segundos, sin parecer muy disgustado.

—Ignoraba que hubiese hecho su testamento. —Dijo con voz natural—. ¿Acaso eso significa que mi padre ha muerto?

—Nada de eso —le dijeron—. No sabemos qué ha sido de él.

—Entonces ¿por qué han abierto ustedes su testamento? —gritó el joven.

—Porque no dejamos ni un punto por investigar —le contestaron.

A continuación, le hicieron una nueva pregunta.

—¿Sabe usted dónde se encuentra actualmente su antigua novia, Sylvan Niles?

—No siento ya el menor interés por ella —contestó secamente el joven.

—¿Sabía usted que Sylvan Niles está en Filadelfia? —insistió el fiscal.

—¡Bondad divina! —exclamó Alejandro—. ¡Por supuesto que no!

Se echaba de ver que los periodistas ignoraban también la presencia de Sylvan Niles en Filadelfia. Hubo un revuelo entre ellos y preguntaron las señas de la muchacha, que les fueron dadas. Sylvan Niles vivía en los Aposentos Solymar.

Mandebran escuchó atentamente al oír esta noticia.

Algunos reporteros salieron rápidamente, ansiosos de ir a entrevistarse con Sylvan Niles.

Unas cuantas preguntas más, de pura rutina, fueron hechas a Alejandro Mandebran.

Al contestarlas, el joven declaró que no tenía la menor idea de lo que le había ocurrido a su padre y que consideraba a éste como a uno de los hombres más honrados que existían en la tierra.

No podía sugerir nada respecto a lo sucedido con los veinte millones.

—¿Conocía usted bien a Sylvan Niles? —le preguntaron.

—No —confesó—. Lo comprendí después de roto nuestro compromiso. No sé casi nada del pasado de esa señorita.

—¿Conoce usted a un hombre llamado Hande Lancaster?

—Muy superficialmente —dijo rápidamente Alejandro.

—Era el jefe de Sylvan Niles, ¿no es cierto?

—Así lo creía yo.

—Ella era ayudanta de laboratorio o secretaria, ¿no es verdad?

—Sylvan Niles me hablaba muy poco de su trabajo —contestó Alejandro Mandebran.

—¿Qué negocio tenía Hande Lancaster?

—No tengo la menor idea —declaró Mandebran.

—¿Sintió usted alguna vez celos de Hande Lancaster?

—¡Señor, no! —exclamó Alejandro Mandebran—. ¡Sylvan era la celosa!

Le hicieron algunas preguntas más, pero sin hablar ya de Hande Lancaster ni de Sylvan Niles. Las preguntas se referían todas al desaparecido.

¿Era jugador? ¿Le gustaban las mujeres? ¿Acaso bebía? ¿Dio alguna vez pruebas de tener tendencias deshonrosas? A todo esto, Alejandro Mandebran contestó negativamente.

—Me gustaría preguntar algo —dijo repentinamente.

—¡Diga, diga!

—¿Bajo que forma eran esos veinte millones de dólares que desaparecieron?

—Eran títulos al portador —explicó el fiscal—. Valores que desgraciadamente, no pueden encontrarse fácilmente.

—Ahora, quisiera retirarme —dijo el joven Mandebran.

Los demás asintieron, y el joven se marchó.

Unos tres cuartos de hora después, un joven se apeó de un taxi, dos manzanas antes de llegar a la casa alquilada por aposentos en a cual la policía dijo que Sylvan Niles vivía.

Siguió calle adelante y, con el pretexto de esperar el autobús, se puso a examinar la casa de Sylvan Niles. El edificio constaba de seis pisos y su aspecto era bastante nuevo.

Había algunos automóviles parados en la calle, delante del mismo, y un grupo de periodistas discutía violentamente con el portero uniformado.

Uno de ellos pasó por delante del portero, que echó a correr en pos de él. Un momento después, el periodista volvió a aparecer.

El portero lo tenía fuertemente agarrado por el fondo de los pantalones y el cuello de la chaqueta. El joven que acababa de llegar en taxi miró arriba y abajo y sin precipitarse se metió entre unos arbustos que estaban cerca de allí.

Un barrendero público se acercaba, empujando su carrito, parándose en ocasiones para hacer uso de su escoba de largo mango. Llegó así hasta el grupo de arbustos.

—¡Ps-s-st! —oyó decir a una voz que salía de éste.

El barrendero se detuvo y miró, viendo a un joven de rodillas entre los arbustos, buscando, sin duda, alguna cosa.

—Estoy buscando algo —dijo suavemente el joven—. Le daré cinco dólares si me ayuda.

El barrendero empujó su carrito hasta la esquina, lo dejó allí y volvió al grupo de arbustos, contemplando al joven que le había hablado y de quien no había visto todavía la cara.

—¿Qué busca usted? —preguntó el barrendero.

—Es difícil explicarlo. —Contestó el joven.

Y, metiéndose una mano en el bolsillo, extrajo un frasquito de cristal, cuyo contenido vertió en el suelo a su lado. Simultáneamente, se puso el pañuelo sobre la nariz y la boca.

—¿Qué demonios? —preguntó el barrendero—. Está usted chiflado o... ¿Qué es lo que le pasa?

El joven no contestó.

Repentinamente, al barrendero pareció entrarle sueño. Bostezó y cerró los ojos. Cayó al suelo y no tardó en roncar.

El joven se inclinó sobre su cuerpo y empezó a despojarlo de su ancho uniforme blanco. El barrendero era un hombre alto y fornido, y su uniforme era holgado, puesto que lo llevaba sobre otro traje.

El hombre que se hacía pasar por Alejandro Mandebran se puso el traje, que estaba algo sucio. En la gorra se leía: “Departamento de sanidad”. Se la colocó en la cabeza, cubriéndose en parte los ojos.

Se alejó, se detuvo y volvió atrás De un bolsillo sacó la cartera que contenía miles de dólares. Extrajo un billete de veinte, lo dobló y lo introdujo en el bolsillo de la americana del dormido barrendero.

Nadie del excitado grupo que se encontraba frente a la casa se

fijó en el hombre alto, vestido con el uniforme del Departamento de Sanidad, que pasó con su carrito a su lado.

Durante los minutos que siguieron, se entregó a una gran limpieza del suelo, cerca de la entrada del edificio. No era preciso tener unos oídos finísimos para enterarse de lo que por allí se decía.

Los reporteros discutían con el portero. Parecía deducirse que Sylvan Niles no quería entrevistarse con los representantes de la Prensa, y dio diez dólares al portero para que les negara la entrada.

Los reporteros intentaban hacerle una oferta más interesante aun, pero el portero estaba fuera de sus casillas y les decía, en lenguaje claro y conciso, el lugar exacto al cual podían ir.

El hombre vestido de barrendero se dirigió entonces a una tienda de ultramarinos, que estaba a corta distancia, y compró algunos artículos que fueron colocados en una caja de cartón.

Al llevó sobre los hombros de manera que le ocultaba a medias la cara cuando entró en la casa.

—Cuarto piso —dijo—. Vengo a cobrar una factura; por eso lo subo yo mismo.

Este ardid le permitió penetrar en el edificio y, tras una rápida búsqueda, encontró una puerta en la cual estaba clavada una tarjeta de visita con el nombre de Sylvan Niles.

Llamó… No obtuvo contestación y volvió a llamar.

La puerta se abrió y una voz femenina dijo secamente:

—Ya les he dicho que los perio…

La voz enmudeció. La joven miró, abriendo mucho los ojos de pronto, se metió la mano en el escote y sacó un pequeño revólver con el cual amenazó al vestido de barrendero.

—¡Entre, Alejandro Mandebran! —dijo—. ¡No creo que haya nadie a quien tenga más ganas de ver precisamente ahora!

CAPÍTULO V

UN ATAUD DIFERENTE

SYLVAN Niles era ahora una muchacha en cuyos ojos se leía el horror que la embargaba. Era también una joven que reunía las cualidades poco ordinarias de ser extremadamente bonita y sumamente lista.

No habría podido ser actriz de cinematógrafo, puesto que era demasiado alta. Los directores de películas se niegan a tener heroínas más altas que sus héroes.

—Entre —repitió con voz singularmente tensa.

El hombre que llevaba el uniforme blanco entró con las mercancías que traía y las puso sobre la mesa del salón de un piso que tenía todas las trazas de haber sido alquilado amueblado.

La muchacha sostenía firmemente su revólver.

—¡He leído los periódicos! —dijo con voz alterada—. ¡Comprendo qué es lo que significa esta horrible cosa!

El joven se encogió de hombros.

—Si es así, sabe usted más que yo.

—Vuélvase. Ponga las manos arriba y apoye las palmas en la pared. Mejor aun, de cuatro pasos atrás y dóblese adelante, apoyando el peso en la pared. ¡No quiero que se mueva rápidamente!

El visitante vaciló, pero acabó por obedecer. La muchacha le registró rápidamente, sin duda en busca de una arma que no encontró.

—Bien —dijo—. ¡Ahora vamos a ir a algunos sitios!

—¿Y si no me da la gana de ir?

—No sé —contestó la muchacha—. Puedo matarlo de un tiro.

—Aquí se electrocuta a la gente que hace esas cosas.

—A mí no me electrocutarían —replicó sombríamente Sylvan Niles—. No lo harían si lo que sospecho resulta ser verdad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya lo sabe. El mundo cree que Jethro Mandebran ha huido o quizá ha sido raptado. No se sospecha en lo más mínimo lo que hay detrás de eso. Si se supiera ahora mismo y los periódicos lo publicasen… nadie lo creería.

—¿Por qué no?

—¡Es demasiado increíble! ¡Demasiado fantástico!

—¿Y que hay de Hande Lancaster? —preguntó el joven alto.

Esta frase tuvo un efecto notable sobre la muchacha, que blandió su revólver.

—¡Usted sabe lo que hay detrás de esto! —acusó.

El cautivo se encogió de hombros con resignación.

—¡Levante la ventana! —ordenó Sylvan Niles.

Así lo hizo. Se veía un techo a la altura de la ventana, pero estaba a unos doce pies de distancia.

—Encontrará usted un tablón largo en el dormitorio —anunció la muchacha—. Colóquelo entre la ventana y ese techo. Nos vamos ahora mismo.

—Tenía usted todo preparado para huir —hizo observar el prisionero.

—He pensado en todo —le aseguró la joven—. ¡Manos a la obra!

El tablón era pesado, pero el joven lo trasladó con marcada facilidad, haciéndolo pasar por la ventana y dejando descansar el otro extremo en el techo.

—Cruce usted —le dijo la muchacha—. Y no intente echar a correr cuando ponga el pie en ese techo.

El joven obedeció y la muchacha lo siguió. El techo había sido alquitranado y cubierto de arena. La arena crujía bajo sus pies. Había por allí varios edificios alineados y todos de la misma altura. Pasaron de un techo a otro.

—Ahora estamos bastante lejos para que esos reporteros no nos vean —dijo Sylvan Niles—. Encontrará usted la escalera para casos de incendio en el fondo. Baje por la misma.

Bajaron sin incidentes. La muchacha había puesto el seguro a su revólver, pero lo conservaba en la mano. Cuando estuvieron en la calleja en la cual podían ser vistos, dejó caer sobre el brazo el ligero

abrigo que traía, de manera que escondiera el arma.

—Por aquí —dijo.

Había un roadster nuevo en la calle. La muchacha subió al volante, puso el motor en marcha y se alejaron. Sylvan Niles llegó a las afueras de la ciudad y se metió en lo que parecía una fábrica abandonada.

El edificio principal era de ladrillos y lo rodeaban algunos cobertizos de madera, que caían en ruinas. Una cerca de metal rodeaba el conjunto y ésta se encontraba en buenas condiciones.

Tenía unos doce pies de altura y la coronaban varias hileras de alambres con púas, de temible aspecto. La muchacha se apeó, sacó de su bolso una llave de gran tamaño y abrió el enorme candado que cerraba la cerca.

Metió el coche dentro, bajó nuevamente de éste y volvió a cerrar la valla.

Llevó entonces el roadster hasta una puerta de gran tamaño practicada a un lado del edificio de ladrillos. Llamó tres veces consecutivas y rápidas con el claxon.

La puerta se abrió, dejando ver el interior de la casa completamente a obscuras. La muchacha llevó el coche adentro y paró el motor. La puerta se cerró y una bombilla eléctrica se encendió.

—¡Baje! —dijo la muchacha a su prisionero.

El cautivo se apeó miró en torno suyo con interés.

El edificio carecía de ventanas y era evidente que sus paredes eran muy gruesas. Sin la luz de la bombilla eléctrica colocada sobre la puerta, la obscuridad habría sido completa.

El hombre que había abierto la puerta y la estaba cerrando, merecía un examen detenido. En realidad, el desgraciado debía estar acostumbrado a que lo miraran fijamente.

Era un verdadero aborto, pequeño, extraordinariamente ancho y de cabeza enorme, casi tan abultada como su torso. Sus piernas eran largas y delgadas como palos de escoba.

La ropa le caía muy mal y el conjunto de su aspecto era sumamente grotesco.

La muchacha miró a su prisionero.

—No ha olvidado usted a Hande Lancaster, ¿no es verdad? —le preguntó fríamente.

El prisionero se inclinó ligeramente.

—Me alegro de verlo, Lancaster.

—¡Maldito si se alegra usted! —chilló éste.

Su tono era desabrido y escupía las palabras con fiereza y desdén.

—¿Tendría usted la bondad de explicarme qué significa todo esto? —preguntó el prisionero.

—¿Quiere usted decir que no lo sabe? —gritó Hande Lancaster.

Se hizo evidente que chillar y gritar era el modo usual de Lancaster para expresarse.

—¡Miente! —dijo secamente Sylvan Niles.

—¡Tal vez no! —rectificó Hande Lancaster, a grito pelado—. Pronto lo sabremos.

Ordenaron al prisionero alargar las manos y le ataron las muñecas, haciéndole entrar en un cuarto contiguo y a continuación subir por una escalera. En lo alto de ésta, Hande Lancaster abrió una gruesa puerta.

Esta tenía la particularidad de ser de acero y muy gruesa. En realidad el cuarto en el cual penetraron era una cámara acorazada.

En el centro y en el suelo se encontraba una caja rectangular, hecha de madera obscura que se parecía mucho a un ataúd.

Obligaron al prisionero a tenderse dentro de la misma. El hombre tendido en la caja parecía muy intrigado.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó.

—Es una antigua costumbre de los Himalayos —gritó Hande Lancaster.

A continuación éste salió de la estancia. Tenía una facilidad notable para moverse en silencio, como una araña sobre su tela. El silencio reinó en la cámara acorazada durante unos momentos. Al salir, Hande Lancaster había cerrado la puerta, trasformando el cuarto en una tumba de la cual no era probable que pudiera nadie escapar.

—¡Veinte millones son una cantidad importante! —dijo de pronto la muchacha—. ¡Con ellos se podrían realizar operaciones en gran escala!

—No sé de qué me habla —dijo el hombre que estaba en la caja.

La muchacha se ensombreció al mirarle.

—Desde luego, está mintiendo. Usted es sin duda el cerebro de

la organización, sin que se pueda decir cuántos son los que trabajan con usted. Centenares… quizá.

—Quisiera que me explicara sus palabras —dijo el hombre de la caja.

—Es preciso desbaratar el plan infernal ahora mismo —añadió la muchacha—. Dentro de treinta días será demasiado tarde… ¡Destrozará a no sé cuántas vidas humanas!

—¡Me presta usted un gran poder! —dijo el prisionero.

—Con esa cosa trastornará usted el mundo —gritó la muchacha, que parecía a punto de perder el dominio de sí—. ¡Es horrible!

—Es misterioso por lo menos —dijo el otro.

La muchacha se inclinó adelante:

—¿Y el Esqueleto Feliz? —preguntó.

—¿Esqueleto?

El hombre que estaba en la caja pareció sorprendido.

—¡Me asombra usted!

Sylvan Niles exclamó:

—¡Así, pues, quiere dar a entender que no sabe nada del Esqueleto Feliz. Pues bien, le digo…

La pesada puerta de metal se abrió de pronto y Hande Lancaster entró rápidamente. Se parecía más que nunca a una araña humana.

—¡No hable! —chilló, dirigiéndose a la muchacha—. ¡No le diga nada!

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¡Espere! —gritó Hande Lancaster—. Mírelo con atención. Regreso enseguida y le enseñaré algo.

Salió haciendo con los brazos unos movimientos que le eran familiares cuando andaba, como si estuviese sentado en una silla de ruedas. El extraño sujeto regresó corriendo casi enseguida.

Traía una botella de cristal en una mano y un trozo de algodón en rama en la otra. Por el olor se comprendía que el contenido de la botella era alcohol.

Vertió parte de éste sobre el algodón y se inclinó sobre la caja que parecía un ataúd, frotando rápidamente la cara del prisionero. También le pasó el algodón por el cabello.

Sylvan Niles se inclinó y miró las facciones de su prisionero.

—¡Bondad divina! —exclamó.

Hande Lancaster miró a la muchacha y chilló: —¡La culpa es

suya!

—No me chille —contestó ella secamente—. ¡Todo el mundo comete errores! ¿No los ha cometido usted nunca?

Hande Lancaster levantó un brazo y señaló al prisionero de la caja.

—¡Usted no es Alejandro Mandebran! —gritó—. ¿Quién es usted?

CAPÍTULO VI

EL ESQUELETO FELIZ

HUBO un momento de tensión en le cuarto.

—¡No es Alejandro Mandebran! —murmuró la muchacha.

Hande Lancaster parecía a punto de echarse sobre el prisionero.

—¿Quién es usted? —repitió.

La respuesta del prisionero fue un ataque imprevisto. Salió de la caja de un modo que revelaba sus especiales y asombrosas habilidades.

Tenía las manos atadas con una cuerda gruesa y fuerte y sin embargo, apartando las muñecas, la rompió con toda facilidad. Saliendo de la caja, dio un violento empujón a Hande Lancaster.

El hombre-araña cayó para atrás, tropezando con la muchacha. Ambos cayeron al suelo, pero la chica no soltó el revólver e hizo un esfuerzo para apuntar al prisionero. Sin embargo, éste fue más rápido que ella.

En menos de un segundo, Sylvan Niles miró su mano vacía con una expresión de profundo asombro.

Le habían quitado el arma de un modo que olía a magia. Miró boquiabierta al sujeto peligroso a quien había hecho prisionero.

—¡Quién… quién…? —Tragó saliva—. ¿Quién es usted?

—¿No lo sabe usted? —preguntó el ex prisionero, cuya voz había sufrido un cambio notable. Hasta entonces había sido una imitación extraordinariamente acertada de la voz de Alejandro Mandebran.

La que usaba ahora era sin duda su voz natural. No era solamente honda y sonora, sino que vibraba de poder concentrado. Sylvan Niles y Hande Lancaster cambiaron miradas de asombro.

Se echaba de ver que no tenían la menor idea de la identidad de

aquel hombre tan enérgico y decidido. El desconocido recogió el revólver de la muchacha, sacó los cartuchos y tiró el arma al suelo.

—Una examen de esta caja que tiene la forma de una ataúd puede resultar interesante —sugirió.

Hande Lancaster miró a Sylvan Niles y ésta le devolvió la mirada.

—¡No sabe de qué se trata! —exclamó Hande.

—¡Pero lo descubrirá, sin duda alguna! —replicó la muchacha—. Es preciso que hagamos algo.

Parecían estar pensando en medidas desesperadas.

—Id con cuidado —les avisó su prisionero.

Estuvo a punto de añadir algo, pero lo pensó mejor. En vez de eso, se encaminó a la puerta del cuarto, moviéndose con una velocidad asombrosa.

Miró afuera y se echó atrás.

Una bala entró, rebotando del techo a la pared y al suelo. Una detonación resonó en el edificio.

El hombre alto se echó atrás y se apoderó del revólver de la muchacha. Se abalanzó sobre la puerta y tiró el arma.

Se oyó el grito de un hombre, juramentos y nuevos gritos. El hombre alcanzado por el revólver cayó en la escalera.

—¡Nadie sabía que yo me escondía aquí! —chilló Hande Lancaster.

—No son amigos suyos —dijo el prisionero—. Han disparado en cuanto me han visto en el marco de la puerta y antes de que fuese posible que distinguieran mi identidad.

Al concluir estas palabras, salió por la puerta.

Sylvan Niles miró a su compañero.

—¿Sabe lo que estoy pensando?

—Igual que yo —replicó Hande Lancaster.

—¡He adivinado quién es ese hombre! —dijo Sylvan Niles, respirando hondamente.

—Hemos jugado con dinamita —dijo Hande Lancaster.

—¡Peor que eso!

—¡Escuche! —exclamó Sylvan Niles.

Un hombre emitía sonidos extraños, gritos involuntarios como si no pudiese dominarse. Parecía sufrir una agonía horrorosa, pero calló con una brusquedad pasmosa. La víctima había caído de

bruces.

Cosa extraña, no parecía estar privada del conocimiento y tenía los ojos abiertos. Respiraba regularmente, pero tenía los brazos y las piernas rígidas.

El asombroso individuo que se hacía pasar por Alejandro Mandebran se detuvo a unos pasos de la víctima a quien acababa de dominar.

Estuvo un momento sin moverse y a continuación se sacó de las mejillas unos postizos de cera que cambiaron completamente sus facciones. Se irguió y se hizo evidente que manteniendo la cabeza algo inclinada y el cuerpo levemente doblado, había disfrazado su verdadera estatura.

Lo que hizo con sus ojos fue lo más notable. De cada pupila se sacó con cuidado una cápsula de cristal muy parecida a los lentes que algunos ópticos usan. Pero no llevaba esos pedazos de cristal pulido para ver mejor, sino que estaban pintados levemente, sin poder eso impedir que el que los llevaba viera. Su fin era cambiar el color de los ojos del que se los adaptaba.

De pronto todas las luces se apagaron y la mayor oscuridad reinó en la casa.

Reinaba tal silencio en el gran edificio que pocos oídos humanos habrían oído sonido alguno, pero el hombre que había estado disfrazado parecía poseer habilidades distintas de las comunes en los hombres.

Oyó claramente el ruido que hizo un hombre al moverse hacia la derecha. Se deslizó en esa dirección y un instante después, volvió a pegar. Sus dedos se cerraron sobre el cuello de un hombre que estaba acurrucado, antes de que aquel individuo sospechara que le amenazaba algo.

Lo que siguió habría asombrado a cualquiera que lo viese, los dedos del ser misterioso manipularon rápidamente y al parecer, sin violencia, en la nuca de la víctima.

El desgraciado no emitió el menor sonido pero sus brazos y piernas se pusieron rígidos. Era víctima de una parálisis inducida por medio de una presión ejercida sobre determinados centros nerviosos.

En aquel instante, la luz de una lámpara eléctrica alumbró al individuo que poseía tantas habilidades fuera de lo común. La vista

de dicha persona tuvo un efecto notable sobre el propietario de la lámpara.

—¡Mirad! —chilló—. ¡El rey de los Disgustos en persona!

Había varios hombres en el edificio y sus exclamaciones variadas traicionaron su presencia. Parecían todos hondamente disgustados.

El hombre que sostenía la lámpara la dejó caer sin que se apagara por ello y corrió hacia la puerta.

—¡Maldito seas! —rezongó una voz—. ¡Quédate aquí!

—¡Quédate tú! —rezongó el que se ponía a salvo—. ¡No me pagan para meterme con ese tío!

Otros compañeros parecían opinar lo mismo.

—¿Dónde está la puerta? —gritó un hombre.

—¡Por aquí! —gritó el que fue el primero en echar a correr.

Un instante después el hombre abría la puerta, dejando penetrar la luz y salía corriendo. Se oyeron unos disparos.

Por lo menos uno de los hombres tenía valor. Disparó varias veces y las balas barrieron el sitio en el cual había estado el hombre cuya aparición causó tanto pánico.

Luego, el hombre que había disparado encendió una lámpara de bolsillo, puesto que la luz del día que penetraba por la puerta abierta no bastaba para alumbrar el interior del enorme edificio.

—¡Apaga esto! —gritó un hombre—. ¡Ese tío nos acribillará a balazos!

—¡No lleva nunca armas! —le contestó el otro.

—¡Apaga esto, te digo... que no nos vea!

Un grito agudo interrumpió la conversación. El gigante había hecho una nueva víctima en el otro extremo de la habitación.

—¡Yo me largo! —gritó uno de los compinches.

Hubo una nueva serie de explosiones al divisar uno de los hombres la sombra de su enemigo, pero era evidente que ni una sola de las balas dio en el blanco.

A pesar de ello, nadie mostró deseos de ir a cerciorarse de cerca. Todos se echaban sobre la puerta.

—¡Recoged a los compañeros sin conocimiento! —ordenó un sujeto que parecía el jefe—. ¡No podemos dejarlos aquí!

Aunque a regañadientes, los demás le obedecieron.

Estaban asustados, pero sin perder la serenidad. Si se hubieran

separado, huyendo locamente, habría habido una buena oportunidad de acabar con ellos, uno tras otro, pero permanecieron juntos y, al salir afuera, formaban un grupo compacto, llevando consigo a los dos hombres sin sentido.

Vigilaron la puerta del gran edificio mientras la tuvieron a la vista. Cuando quedó borrada de su vista por la maleza, apretaron el paso. Los que iban en medio del grupo llevaban a los dos compañeros desvanecidos y los de ambos lados estaban ojo avizor.

—¡Hemos sido unos imbéciles al dejar los coches tan lejos! —se quejó un hombre.

—¿Cómo diablos íbamos a saber que las cosas saldrían así? —replicó otro—. Le seguimos el rastro al viejo Hande Lancaster hasta aquí, pero no había señal alguna de aquel otro... de aquel otro sujeto.

—¿Creéis que trabajan juntos? —preguntó un hombre.

—De ser así, la cosa se presenta mal —dijo el primero.

De pronto, el jefe de la banda lanzó un grito de rabia y movió un brazo.

—¿Qué te pasa? —preguntó alguien.

—Hemos dejado un hombre atrás —exclamó el jefe.

El grupo se paró. En medio de la confusión y de las prisas, no se habían dado cuneta que les faltaba un hombre.

—Ahora es demasiado tarde —recalcó alguien con tono turbado.

—¡Es verdad! —asintió el jefe—. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos deprisa.

Echaron a correr a campo traviesa, a través de la maleza.

—¡El gigante ese es veneno puro, según me han dicho! —murmuró uno del grupo—. No creo que nos deje escapar tan fácilmente.

—Tal vez no está a la altura de su reputación —rezongó otro.

—Son muchos los que ese han figurado esto —prosiguió el primero.

—¡Ah, sí!

—Corre el rumor de que ni siquiera se molesta en matar a nadie —explicó su compañero—. Pero les hace algo extraño a los que le caen entre las manos. Conozco un sujeto que tenía un hermano que cayó en las manos de ese niño de bronce.. Mi amigo encontró más tarde a su hermano en la calle y el pobre chico no lo conoció. Le

había hecho algo extraño…

No tardaron en llegar a un estrecho camino en el cual se veían dos automóviles parados. Eran coches de gran tamaño y capaces de desarrollar mucha velocidad, pero no eran bastante nuevos ni lujoso para atraer la atención de un modo especial.

Los hombres subieron a los coches como si hubiesen estado nadando en el océano, alcanzando finalmente unas lanchas salvavidas.

—¿Adónde? —preguntó uno de los conductores.

—Es preferible que vayamos directamente al Esqueleto Feliz — dijo uno de los hombres que se había sentado al lado de la portezuela.

—¿Quieres ir al Esqueleto Feliz? —preguntó el otro.

—Sí. Y date prisa.

Los automóviles se alejaron rápidamente.

CAPÍTULO VII

EL ATAUD DESTUIDO

A pesar de su vigilancia, los hombres que subieron a los automóviles no habían visto a nadie que les estuviera observando.

Sin embargo, alguien les había estado mirando. Se trataba del hombre alto y fuerte que fue prisionero de la muchacha durante unos momentos.

Este individuo estaba acurrucado entre la maleza al borde de la carretera, cerca del sitio del cual habían arrancado los coches.

En realidad había estado bastante cerca para poder observar los labios del que había dado al chofer la orden relativa al sitio adonde querían ir.

Entre otras cosas, tenía mucha práctica en leer las palabras en los labios de los que las pronunciaban. El hombre que reunía tan asombrosos conocimientos se encaminó al vasto edificio de ladrillos.

Se movía a una rapidez extraordinaria sin al parecer apresurarse. Mientras, acabó de quitarse el disfraz.

Al frotarse fuertemente la cara de pintura blanca dejando al descubierto su propia piel que tenía un fuerte color bronceado y era finísima. Sin los pedazos de cristal coloreado, sus ojos eran dorados y brillaban a menudo con un fuego extraordinario. De pronto, empezó a correr a una velocidad sorprendente. Una nube de humo subía al aire, recta como una columna y negrísima.

El viejo edificio de ladrillos, cuyo interior era de madera, estaba ardiendo.

No cabía la menor duda de ello. El hombre de bronce cambió la dirección de su carrera, torciendo a la derecha, llegó a un árbol de tamaño regular, se agarró a una rama y se encaramó.

Llegó a un sitio desde el cual podía ver la carretera. El coche estaba en la misma y lo ocupaban dos personas, una de las cuales se identificaba instantáneamente por ser contrahecha.

¡Hande Lancaster huía en el automóvil de la muchacha!

Su compañero era el hombre inanimado a quien Doc Savage dejó sin conocimiento y que fue abandonado por sus compañeros. El coche aumentó la velocidad y no tardó en desaparecer.

Doc Savage miró en dirección al edificio en llamas y decidió que la gasolina era responsable de la violencia del incendio. La muchacha no había huido.

Tenía a su lado unas cuantas latas de cinco litros de gasolina que iba abriendo y tirando hacia el edificio. Se exponía bastante y hubo un momento en que poco le faltó para abrasarse.

Debió escamarse y se apartó, permaneciendo inmóvil y contemplando su obra. Lo que se ofreció a su vista pareció darle satisfacción.

El edificio entero quedaría en ruinas. La muchacha suspiró de satisfacción y tiró las latas de gasolina restantes sobre el techo. Esta vez tuvo la precaución de no abrirlas, sino que las tiró intactas, confiando en el calor de la hoguera para hacerlas estallar.

Poco podía hacer para completar su obra de destrucción. Corrió a la puerta de la cerca que quedó abierta al salir Hande Lancaster en coche; pero se paró en seco y sacó el revólver que debió recoger y volver a cargar.

El gigante de bronce que había salido inesperadamente de la maleza se echó sobre ella y aunque intentó esquivarle, no lo logró. Una mano atenazó la suya, despojándola del revólver. Siguió una breve lucha.

La muchacha dio algunas patadas en las espinillas de su enemigo o, mejor dicho, intentó dárselas, puesto que él las esquivó con notable facilidad.

Con aire de disgusto antes que de miedo, se dio por vencida. Su adversario notó la falta de temor y le dijo:

—¡No parece usted asustada!

—Tiene usted la reputación de no matar nunca a nadie. ¿Por qué he de tenerle miedo?

El hombre de bronce la miró con atención sin que su rostro metálico expresara nada.

—¿Quién cree usted que soy?

La muchacha se encogió de hombros: —¡Ya le conozco!

Pero cuando los ojos dorados del gigante miraron los suyos, cargados de extraño poder, se apresuró a desviar la mirada.

—¡No va usted a hipnotizarme! —dijo secamente.

—¿Por que se ha ido Hande Lancaster en el coche, dejándola atrás? —preguntó él—. ¿Por qué se ha llevado a ese hombre que estaba privado de conocimiento?

La muchacha guardó silencio.

—Ustedes tenían algo en ese edificio —dijo el hombre de bronce —. Hande Lancaster se lo ha llevado en el coche y usted ha permanecido aquí para asegurarse de que el edificio ardería, borrando todo rastro de lo que podía haber quedado.

—Entre sus varias cualidades, incluye usted la de ser clarividente —dijo fríamente la muchacha.

El hombre de bronce debió comprender la inutilidad de prolongar el interrogatorio. Tiró el revólver a al cuneta y sacó a al muchacha de la carretera. Ella pareció asustarse y se resistió.

Él la cogió en sus brazos y la llevó así con toda facilidad. Ante su tremenda fuerza, ella estaba indefensa como una criatura. No tardó en saltar a la vista el motivo que le impulsó a dejar la carretera.

Un automóvil de bomberos pasó armando un ruido infernal. Otros le siguieron y se agruparon en torno al viejo edificio de ladrillos.

No parecía haber allí agua en cantidad suficiente, de manera que emplearon el equipo químico. El éxito no acompañó sus esfuerzos. El fuego pareció tomar mayor incremento.

Los bomberos abandonaron la partida, se hicieron atrás y dedicaron su atención a impedir que el incendio se contagiara a la maleza. Esto les ocupó por espacio de un par de horas.

Durante el intervalo, el hombre de bronce y su prisionera permanecieron entre la maleza. Él habló una sola vez.

—¿Que hay detrás de este misterio? —preguntó—. ¿Qué ha sido de Jethro Mandebran y de sus veinte millones?

—¡Mire usted en su bola de cristal y lo verá! —aconsejó la muchacha.

El no volvió a preguntarle nada.

Cuando el incendio se apagó y no cayeron ya más chispas, los

bomberos cargaron su equipo y se alejaron. Algunos curiosos se habían agrupado; pero poco a poco se marcharon.

—Venga —dijo el hombre de bronce.

Sylvan Niles obedeció porque no le quedaba más remedio que hacerlo. Su enemigo la llevó hasta el escenario del incendio y empezó a rebuscar entre las ruinas ardientes. Se expuso a abrasarse escudriñando principalmente el lugar en el cual las cenizas de la extraña caja parecida a un ataúd debieron caer, pero no encontró nada. Debió quedar completamente destruida.

A continuación, el hombre de bronce describió anchos círculos, buscando en los alrededores los montoncitos de basura desparramada.

Con ayuda de una varita, examinó éstos y regresó al lado de la muchacha.

—Hande Lancaster se ha dedicado aquí a una serie de experimentos, ¿verdad? —preguntó.

—¿Hace buen día hoy? —sugirió la muchacha.

El hombre de bronce la miró fijamente un momento.

—¡Usted hablará!

—¡Eso es lo que cree!

La cogió por la muñeca derecha y echaron a andar por la carretera. Doc caminaba a largas zancadas sin al parecer apresurarse, pero la muchacha se veía obligada a correr de vez en cuando para seguir a su altura.

Cuando llegaron a los arrabales de la ciudad, ella se animó, sin duda con la esperanza de pedir socorro. Pero el hombre de bronce echó a perder su plan atándole las muñecas y los tobillos, a pesar de su resistencia.

Luego la amordazó sin brutalidad, pero con toda eficacia. La dejó oculta al pie de un matorral. Unos minutos después, el hombre de bronce entró en una tienda de ultramarinos que había allí cerca y pidió permiso para telefonear.

Marcó un número y habló en voz tan baja que nadie en la tienda oyó sus palabras. Regresó al lado de la muchacha y ésta le miró con curiosidad, evidentemente deseosa de saber lo que había hecho.

El no dio explicación alguna. Media hora después, una gran limousine llegó.

Era el mismo coche que recogió al joven Alejandro Mandebran

en el aeródromo. Alejandro Mandebran en persona estaba sentado en la parte de atrás.

El conductor del automóvil era un individuo que debía pesar por lo menos doscientas cincuenta libras, sin tener más de cinco pies de estatura. Era casi tan ancho como alto y tenía las muñecas cubiertas de vello rojizo.

Su boca era extraordinariamente grande. Tenía los ojos pequeños y la frente muy estrecha. En pocas palabras, aquella cabellera se parecía a un orangután.

Aquella simiesca aparición se asomó a la ventanilla del automóvil y habló en voz sumamente ridícula por tratarse de alguien con semejante físico.

Era una voz de niño.

—¡Hola, Doc! —dijo.

La muchacha miró fijamente a su adversario.

—¡Veo que no me he equivocado respecto a su identidad!

Los extraños ojos dorados del hombre de bronce la contemplaron, pero Doc no habló.

—¡Es usted el famoso Doc Savage! —repitió la muchacha.

—¿Quién es esta señorita, Doc? —preguntó el hombre que se parecía a un mono.

—Señorita Sylvan Niles, éste es el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, más conocido por Monk —dijo el hombre de bronce—; Monk es uno de los mejores químicos industriales del mundo.

La muchacha miró la cabeza redonda como una bola de Monk y preguntó:

—¿Dónde lo guarda?

—¿Qué? —preguntó Monk.

—El cerebro.

Monk hizo una mueca amable, abrió la portezuela del asiento y dijo:

—Suba usted.

Sylvan Niles miró al animal que al abrirse la portezuela se ofreció a su vista.

Era un puerco, un marrano de grotesca figura, dotado de largas piernas, orejas enormes y un cuerpo esmirriado.

—¡Bondad divina! —exclamó la muchacha—. ¿Qué es esta cosa?

—¡No es ninguna cosa! —explicó Monk con tono ofendido—. Es Habeas Corpus, mi puerco favorito. Habeas, te presento a esta señorita que no parece apreciar nuestra belleza especial.

—¡Es demasiado desdeñosa para mi gusto! —contestó aparentemente Habeas.

Sylvan Niles se quedó asombrada un momento, pero no tardó en comprender que Monk había recurrido a la ventriloquia para hacerla creer que Habeas había hablando. Se dispuso a subir a la parte delantera del coche.

—Es preferible que viaje detrás —dijo Doc Savage.

Monk enarcó las cejas que casi se confundían con su cabello, que llevaba muy corto. El hombre de bronce abrió la portezuela de atrás.

Alejandro Mandebran estaba sentado en el coche y miraba fijamente a la muchacha.

—¿Usted conoce a Alejandro Mandebran? —preguntó Doc a la joven.

La mirada que Sylvan Niles echó a Alejandro Mandebran era fría como el hielo.

—¿Acaso tengo que viajar con él?

Sí, señora —le contestó Doc Savage.

Cuando Alejandro Mandebran y Sylvan Niles estuvieron sentados en el asiento de atrás y Doc Savage y Monk en el de delante, el coche se alejó, entrando por Filadelfia.

—Toma por el atajo —dijo Doc—. ¡Vamos a Nueva York!

Monk asintió con la cabeza. Era un excelente conductor y el gran automóvil se deslizaba casi en silencio.

Doc Savage tocó un botón oculto en la carrocería y se puso lo que parecía ser unos auriculares para escuchar la radio, pero en realidad reproducían cuanto se decía en el asiento de atrás.

Recogía y reproducía aumentados los más leves murmullos, lo cual era interesante, puesto que Sylvan Niles y Alejandro Mandebran estaban hablando en voz baja.

—¡Le digo que he venido para ayudar a mi padre! —decía Alejandro Mandebran.

—¡Embustero!

El joven Mandebran gimió.

—¡Se equivoca respecto a mí! Parece sospechar de mí, pero le

aseguro que no hago nada a escondidas.

—¡Embustero! —repitió la muchacha.

—Quisiera que me hiciera el favor de decirme de qué se me acusa —murmuró el joven—. Después de todo, nada más justo. Usted rompió nuestro compromiso en Inglaterra sin motivo alguno.

—¡Le di un motivo!

—Pero no tenía sentido común. Dijo que conspiraba contra usted y Hande Lancaster. No lo entiendo. ¿Qué significa?

En aquel momento, el coche se detuvo ante una luz roja y la muchacha hizo un esfuerzo repentino por abrir la portezuela y saltar fuera.

—Es inútil —le avisó el joven Mandebran—. Estas puertas tienen una cerradura especial y no he podido comprender cómo funcionan.

Sylvan Niles dijo secamente:

—¿Quiere decir que soy prisionera aquí dentro?

—Llámelo así.

La muchacha se dejó caer nuevamente en su asiento con un silbido de indignación.

El tráfico disminuyó y el automóvil ganó en velocidad. Llegaron a una ancha carretera de suave superficie. El altavoz reprodujo una nueva conversación sostenida en el asiento trasero.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Sylvan Niles.

—Le he dicho que he venido para buscar a mi padre.

—Quiero decir aquí, en este coche.

—Estoy ayudando a Doc Savage.

—¡Ah...! —exclamó la muchacha—. ¡No me diga mentiras!

—No miento. Doc Savage fue a buscarme al aeródromo. Me hizo seguirlo empleando un ardid, para que los periodistas no supieran que me había encontrado con él. Más tarde, me explicó que se interesaba por la desaparición de mi padre.

—¿Por qué?

—Él posee parte de los veinte millones desparecidos y otras cantidades que pertenecen a establecimientos benéficos por los cuales se interesa.

—Comprendo —dijo Sylvan Niles.

—Doc Savage desea investigar secretamente, para que los criminales ignoren que toma el asunto por su cuenta —explicó Alejandro Mandebran—. Imaginó ir a Filadelfia disfrazado,

haciéndose pasar por mí. Yo soy alto y robusto aunque no tanto como él. Logró disfrazarse maravillosamente. ¡Ese hombre es un mago!

Sylvan Niles pareció reflexionar.

—A veces llego a creer que habla sinceramente —acabó por admitir—. ¡Pero sé que no puede ser!

Alejandro Mandebran protestó:

—¿Acaso trabajaría con Doc Savage si fuera un criminal?

Se produjo una pausa.

—No sé —dijo la muchacha—. No sé qué pensar.

—¿Y si le dijera a Doc Savage lo que sabe? —sugirió Alejandro Mandebran.

—Lo pensaré.

Llegaron finalmente a Nueva York, penetrando en la ciudad por el túnel de Holanda, debajo del río Hundson. Mientras pagaban el peaje, se oyó un rumor de lucha en el asiento trasero.

Era evidente que la muchacha intentaba llamar la atención moviendo los brazos. Doc Savage miró atrás.

Alejandro Mandebran había tenido la precaución de bajar las cortinillas para que nadie viera los movimientos frenéticos de su compañera.

Sin duda le tapaba la boca para que no gritara. Penetraron en el túnel lleno de ruidos.

—¿A que sector de la ciudad vamos, Doc? —preguntó Monk.

—Al de Wall Street —contestó Doc Savage—. Al Miner´s Building. Vamos a investigar el misterio de eso que llaman el Esqueleto Feliz.

Monk acarició las costillas del puerco Habeas Corpus con la punta del pie, muy animado al anticipar acontecimientos interesantes.

—Lo que encontraremos en el Miner´s Building nos ayudará a descifrar el misterio del Esqueleto Feliz —declaró firmemente convencido Doc Savage.

CAPÍTULO VIII

MISTERIO EN EL MINER'S

EL Miner´s Bulding era exactamente lo que su nombre implicaba, en decir, un edificio destinado a oficinas, que contenía en sus cuarenta y tantos pisos algunas de las principales Compañías mineras del mundo.

Era un edificio colosal y el arquitecto deseó sin duda lograr un efecto de fuerza maciza. Carecía totalmente de decoraciones y adornos.

—Da la vuelta a la manzana —ordenó Doc Savage.

—¿Eh? —dijo Monk asombrado.

—Dos coches llenos de hombres salieron de Filadelfia para ir al Esqueleto Feliz —explicó Doc—. Eran los sujetos que atacaron la fábrica de ladrillos que ardió.

En cuanto a saber cómo Doc Savage relacionaba el Esqueleto Feliz, fuese lo que fuese, con el Miner´s Building, Monk lo ignoraba.

Movió dubitativamente la cabezota y guió tal como se lo pedía. Doc Savage escudriñó los alrededores sin aparentar hacerlo.

El hombre de bronce no vió rastro alguno de los coches de la banda que realizó el extraño ataque.

—Para el coche en cualquier sitio, por aquí —ordenó Doc.

Monk obedeció.

El hombre de bronce se apeó. La manera como abrió la puerta trasera del coche habría desconcertado al observador casual. Cogió sencillamente el pomo, le dio una vuelta y la puerta se abrió.

No era más complicado que eso. El mecanismo de la cerradura de la portezuela tenía desde luego una explicación sencilla. En la palma de la mano y sin que se viera, el hombre de bronce llevaba un electroimán.

El pomo de la puerta era de cobre no magnético y oculto en su interior se hallaba un émbolo de acero perfectamente engrasado.

Un muelle diminuto lo mantenía fijo en el mecanismo de la cerradura, impidiendo que ésta funcionara. Bajo la influencia del electroimán, el pestillo se corría a pesar de la presión del muelle, dejando la cerradura libre de funcionar cuando se daba vuelta al pomo de la puerta.

Era un mecanismo sencillo, pero que todo el mundo no entendía. Sylvan Niles y Alejandro Mandebran iban a salir del coche cuando Doc Savage les hizo entrar nuevamente y señaló a Monk que subiera a hacerles compañía.

—Vigílame esta pareja —dijo Doc.

—¡Cómo no! —dijo Monk con una alegre mueca, introduciendo su puerco Habeas en la parte de atrás del automóvil. Dejándolos a los tres encerrados en el coche, Doc penetró en el Miner´s Building y consultó la lista de inquilinos que colgaba de la pared del vestíbulo.

CASTELLO MINING CORPORATION

El hombre de bronce se detuvo aquí. La Compañía Minera de Castillo era una entidad importante. Doc poseía una menoría asombrosa gracias a su entrenamiento siguiendo métodos científicos.

Se había hablado hacía poco de la Castello Mining Corporation por haber descubierto un nuevo filón de oro virgen en sus posesiones del Oeste de los Estado Unidos.

Este descubrimiento había sido tan prometedor que las acciones de la Compañía subieron fantásticamente. Doc Savage recordó sencillamente haber leído esto en los periódicos, junto con las señas de las oficinas de la razón social.

El descubrimiento del oro se hizo en la cordillera de montañas del Esqueleto Feliz, cerca del Valle de la Muerte y la Castillo Mining Corporation recibió recientemente el apodo de “El Esqueleto Feliz”.

Un ascensor llevó a Doc Savage al piso diecisiete, en el cual se encontraban las oficinas de la Castillo Mining Corporation. Para decirlo con mayor exactitud, la entidad ocupaba el piso entero.

Es usual que se entre en oficinas de negocios sin llamar previamente. Esto es lo que Doc Savage hizo. Lo primero que vieron sus ojos fue un muerto tendido en el suelo.

El cadáver tenía un agujero de bala en la cabeza y alrededor del agujero, la piel chamuscada. Los dedos del muerto agarraban todavía un revólver.

El muerto no estaba solo, sino que le rodeaba un grupo de personas silenciosas, evidentemente empleados de la Compañía. También había allí dos policías y un médico, sin duda forense, que estaba examinando el cuerpo.

—¿Quién es? —preguntó Doc Savage.

Casi todos los policías de la ciudad sabían que Doc Savage poseía un título honorario de suma importancia en el Cuerpo de Policía.

—Puede usted contestar a algunas preguntas —dijo Doc—. ¿Se trata de un crimen, acaso?

—¡No, señor; Nada de eso!

—¿Está seguro?

—¡Completamente! —dijo el policía—. Castello salió de su despacho con el revólver en la mano. Se colocó aquí, delante de todo el mundo y se pegó un tiro.

—¿No se sospecha de nadie?

—Nada enteramente.

De pronto, el policía pareció dudar.

—No nos hemos dado cuenta de nada. ¿Sospecha usted algo?

Doc Savage no contestó y en cambio, hizo una nueva pregunta:

—¿Hay algún motivo para que haya hecho esto?

¡Lo hay y excelente!

El policía parecía seguro de lo que decía. —Hace dos meses, esta Compañía minera descubrió un rico filón de oro en el Oeste.

—Se habló de eso en los periódicos —dijo Doc Savage—. El Esqueleto Feliz.

—El filón ha resultado ser un engaño —explicó el policía—. Se arreglaron de manera que la noticia hiciera subir los valores de la Compañía. Dieron prueba de gran astucia.

—¿Cómo se supo?

—El fiscal del distrito ha recibido un aviso por teléfono hoy mismo —contestó el policía—. Un investigador vino a hablar con Castello y supo hacerlo cantar. El hombre confesó que el filón de oro del Esqueleto Feliz era una farsa.

—¿El investigador estaba aquí cuando ocurrió el suicidio?

—Sí y estaba fuera de sí. Castello dijo que quería dar licencia a sus empleados para hoy y salió para decirles que podían irse a su casa. Había un policía en la puerta para que Castello no pudiese escapar. Sin duda tenía el revólver oculto entre sus ropas. Todavía no lo habían registrado. Lo sacó y se pegó un tiro. Esto es todo.

Doc Savage dio lentamente la vuelta a la oficina. Parecía no llevar prisa y sin embargo sus ojos dorados no dejaban escapar el menor detalle.

El nombre de Castello estaba pintado en el cristal de la puerta de su oficina particular que había quedado entreabierta.

Doc Savage la abrió completamente y entró. Permaneció en el umbral, mirando por todas partes.

—¿Se ha registrado este cuarto? —preguntó al policía.

—No —contestó éste—. Todavía no hemos llegado hasta aquí.

—¿Quién telefoneó avisando la falda de honradez de Castello? —preguntó Doc Savage.

—Alguien que no quiso dar su nombre.

El hombre de bronce hizo una seña al policía:

—Tal vez sea una buena idea registrar este cuarto ahora mismo. ¿Quiere usted ayudarme?

—¡Por supuesto, señor! —dijo el policía que había oído hablar mucho de los trabajos realizados por Doc—. Tal vez nos enteremos de algo respecto al otro...

Castello tenía un socio que permanecía en la sombra —declaró el policía—. Fuese quien fuese, no se le veía nunca e incluso los empleados de la casa no conocen su nombre. Pero ya nos enteraremos de su identidad.

—Cuándo lo sepan,¿no tendrán reparo en comunicármelo? —pidió Doc Savage.

—¡Por supuesto!

El hombre de bronce examinaba el cuarto a la par que hablaba. Era una sala de grandes dimensiones, y los muebles, como era natural, habían sido escogidos con el fin de crear una impresión de riqueza, que es el marco preferido por los picapleitos y estafadores para desarrollar sus actividades.

Había allí una enorme mesa de caoba y dos sillas de respaldo recto estaban colocadas en ambos extremos, son duda para los visitantes. Detrás de la mesa se veía la silla de Castello, forrada de

piel y muy abultada.

Era probable que costó por lo menos tanto como los empleados de más ínfima categoría de la casa ganaban en un año.

—¡Vamos a examinar de cerca esa silla! —dijo Doc Savage.

El resultado de sus palabras fue inesperado y catastrófico. Hubo un chispazo y una explosión terrible. ¡Una extraña luz blanca llenó el cuarto!

La explosión había sido horrible y el policía quedó aturdido, sin saber lo que le pasaba. Doc Savage fue echado atrás unos pasos, sin por ello perder el equilibrio. Se rehizo y se lanzó adelante.

La explosión había destruido totalmente la silla. Doc parecía tener el deseo de salvar algunos fragmentos de la misma, pero no lo logró por una razón muy sencilla:

¡La habitación ardía! Era un incendio asombrosamente rápido. La mesa, que quedó destruida en parte, estaba trasformada en una llama roja. La alfombra semejaba una vasta antorcha. Las paredes ardían.

Doc Savage cambió de dirección. Se inclinó para recoger al policía y lo arrastró fuera de la estancia, poniéndole en lugar seguro. Lo hizo a tiempo.

Un segundo después, la oficina no era más que una gran hoguera. El policía, aunque aturdido, no había perdido el conocimiento. Cuando Doc lo soltó, se tambaleó, pero recobró el equilibrio.

¡Brr! —dijo—. ¡Brr!

Doc Savage parecía tener muchas cosas que hacer en poco rato. Cruzó la oficina, pasando delante de los empleados y policías que, muy excitados, chillaban en coro. Una vez en el pasillo, torció a la izquierda.

Más allá de los ascensores, había una escalera. Bajó rápidamente su piso inferior, llegando ante la puerta de la oficina situada debajo de la Castello Mining Corporation.

Dio un puñetazo en la puerta y un tablero se hundió. Aquella oficina también era pasto de las llamas. Había un agujero en el techo, sin duda abierto por la explosión del piso superior.

El fuego era dueño de la situación y el calor que reinaba allí era horrible.

Los pocos cristales que quedaban intactos en las ventanas

después de la explosión empezaban a fundirse y a saltar.

Doc Savage se cubrió en parte los ojos con una mano y logró abarcar con la vista el conjunto de la oficina, pobremente amueblada con una mesa barata, un par de sillas y una alfombra de escaso valor. Mesa y sillas estaban ya carbonizadas y la alfombra llenaba la atmósfera de un espeso humo amarillo que sofocaba. Doc había arrancado en parte la puerta de sus goznes al descargar el primer puñetazo.

Concluyó su obra y llevó la puerta al extremo del pasillo, subiéndola por la escalera al piso superior. La mayor confusión reinaba en la oficina de Castello, donde luchaban por apagar el fuego.

Sin hacer caso de nadie el hombre de bronce se apoderó de uno de los equipos de huellas dactilares abandonados de momento por los peritos de la policía y manipuló en la puerta que había subido, sin encontrar huellas.

Alguien introdujo una manguera en la oficina, enchufándolas en una toma de agua del pasillo. Regaron el fuego obteniendo un resultado sorprendente.

Fue como se hubiera echado gasolina a una hoguera. Doc abandonó su trabajo, convencido de que no había huellas en la puerta.

—¡No echéis agua sobre este fuego! —dijo rápidamente.

Lo miraron como si se hubiese vuelto loco.

—¿Y cómo vamos a apagarlo? —preguntó uno de los policías.

—Es imposible hacerlo por los medios usuales —explicó Doc Savage—. Esa silla estaba forrada de ingredientes incendiarios. ¡Cuánta más agua se les echa, más arden!

El policía movió los brazos y gritó: —¡Pero, qué...!

—El mejor sistema es dejar que se consuma por sí mismo tan pronto como sea posible —sugirió el hombre de bronce—. Mientras, está indicado hacer salir a todo el mundo del edificio. Se trata de una casa a prueba de incendios, pero la armazón de acero puede debilitarse bastante para que el techo se hunda...

—¡Vamos a hacerlo! —dijo el policía con voz entrecortada.

Media hora después, la excitación se había calmado en parte. Una gran muchedumbre se apiñaba en la calle para ver el humo que salía del rascacielos. El grupo había crecido al salir todos los

ocupantes del edificio.

El fuego químico se había consumido. El interior de la oficina en la cual ocurrió la explosión estaba casi totalmente destruido. Igual ocurría con la oficina del piso de abajo.

El suelo del primero se había hundido, dejando únicamente las vigas del armazón de la casa que estaban todavía al rojo y se combaban. Doc Savage andaba entre los escombros humeantes, prosiguiendo su búsqueda.

No sólo el calor había fundido los cristales de las ventanas que no quedaron rotas por la explosión, sino que también fundió muchos objetos y adornos de metal. Cuanto era remotamente inflamable, había desaparecido.

—¡Era una trampa mortal que alguien preparó para Castello! —concluyó uno de los policías.

Doc no hizo comentario alguno.

—Había una bomba en la silla —prosiguió el policía—. Seguramente habría un alambre que comunicaría con la oficina del piso inferior, donde alguien estaría escondido y haría estallar el artefacto cuando usted se disponía a examinar la silla. Esperaban matarle.

Doc guardó silencio.

—¡Pues bien, era una trampa mortal! —El policía meneó lentamente la cabeza—. ¡El crimen de malos resultados! Ese Castello iba a tener su merecido, aunque no se hubiera suicidado.

En aquel momento, otro policía se acercó.

—Hemos descubierto algo —dijo.

—¿Qué?

—El nombre del socio de ese Castello.

—¿Quién es?

—La telefonista nos ha mentido antes —explicó el policía—. ¡Ya sabe usted cómo son esas chicas! Se supone que no divulgan los secretos de la firma. Esta no quería hablar, pero la explosión y el incendio la han asustado. Ha cedido y nos ha dado el nombre.

—¿Va usted a dar ese nombre o no? —rezongó el superior del policía.

—Hande Lancaster.

—¿Eh?

—¡Hande Lancaster es el nombre del socio!

Un leve y extraño sonido resonó de pronto en el cuarto. Era una nota que desafiaba toda descripción, no sólo porque era vaga, sino también debido a su calidad etérea. La mejor descripción que le convenía era la de un trino.

Ambos policías miraron en torno suyo con curiosidad. Era la primera vez que oían aquel sonido e ignoraban que Doc Savage era quien lo emitía, puesto que era algo que el hombre de bronce hacía inconscientemente en momentos de tensión mental.

El trino concluyó repentinamente y ya que Doc Savage no ofreció explicación alguna, quedó para los demás en el misterio.

—¿Se sabe algo más respecto a ese Hande Lancaster? —preguntó Doc Savage.

—No —contestó el policía—. La telefonista recordó el nombre porque en cierta ocasión Castello pidió comunicación con Hande Lancaster, para que pusiera más dinero en la Compañía minera.

—¿Qué contestó Hade Lancaster?

—Rehusó.

Doc Savage hizo algunas preguntas más, obteniendo contestaciones que no echaron nueva luz sobre el asunto. El hombre de bronce registró nuevamente la casa, sin encontrar nada interesante.

Doc entró en el ascensor, bajó la calle y se abrió camino entre la muchedumbre que seguía congregada frente al edificio.

Caminando rápidamente, Doc Savage se dirigió al sitio donde había dejado el auto, en el cual se encontraban Monk, Alejandro Mandebran y la linda Sylvan Niles.

El coche seguía donde lo había dejado, pero la calle estaba mojada. Sin duda, acababan de regarla. El automóvil estaba vacío.

Las portezuelas estaban cerradas. Doc Savage se metió rápidamente la mano en el bolsillo y sacó el pequeño electroimán necesario para abrir el coche.

Excepción hecha del puerco Habeas, que gruñó de placer al ver a Doc, el coche estaba completamente vacío. Se veían huellas de violencia.

La alfombrita del suelo estaba arrugada en un rincón. El almohadón del asiento estaba ladeado y se observaba una mancha roja en el mismo.

Doc la miró de cerca, decidiendo que alguien había sido herido.

Doc Savage se alejó del automóvil. Mas de pronto se volvió con rapidez a meterse dentro.

Simultáneamente, se oyó una detonación seca y el impacto de una bala de rifle. Doc cerró de golpe la portezuela en el preciso momento en que otro proyectil llegaba.

El hombre de bronce debió sin duda su vida en aquel momento a la rutina de ejercicios de rutina consistían en desarrollar la visión y la rapidez en al mirada.

Muy poco de lo que ocurría en torno suyo escapaba al hombre de bronce. Un hombre armado con un rifle es una figura que resulta distinta aunque se oculte con su arma en un portal situado a media manzana de distancia.

El hombre de bronce saltó al asiento del conductor. Una bala se aplastó contra el parabrisas. Este tenía por lo menos una pulgada de grueso y estaba hecho a prueba de balas ordinarias.

La llave del contacto seguía en su sitio. Doc puso el motor en marcha. Doc guió hacia el tirador. El individuo debió comprender que no se había salido con la suya y se ocultó dentro del portal.

El distrito era más bien pobre, a pesar de encontrarse a la proximidad del sector financiero. El edificio en el cual el hombre había desaparecido, comprendía evidentemente algunas pequeñas fábricas y establecimientos comerciales de menor cuantía.

Doc Savage abrió rápidamente un compartimiento oculto bajo el asiento del coche y sacó un cajón. En una bandeja colocada en éste se encontraban algunos globos de cristal, rodeados de algodón, del tamaño aproximado de las pelotas de base ball.

Contenían un líquido turbio y espeso. Doc abrió muy poco una de las ventanillas y tiró los globos de cristal por la calle. Estos estallaron al tocar el suelo y su contenido mojó el empedrado. Las manchas se evaporaron rápidamente, transformándose en un vapor sin color ni olor.

Se trataba de un gas perfeccionado por Doc Savage y que producía la pérdida del conocimiento durante intervalos variables entre unos minutos y algunas horas, según la fuerza de los ingredientes.

El aire lo disipaba y resultaba inofensivo al cabo de poco o mucho tiempo, según la fuerza de otro de sus componentes.

Doc no redujo la velocidad del coche, pero guió rápidamente,

alcanzó la esquina, torció por ella y se dispuso a dar la vuelta por la manzana.

Desde luego, el tirador escaparía quizá por la calle siguiente, pero Doc seguía tirando granadas de gas, con la intención de crear una barrera de vapor alrededor de la manzana. Sin embargo, encontró obstáculos.

El tráfico era intenso y bloqueaba la calle al extremo de la manzana. Doc la vió, detuvo el coche, dio media vuelta y tomó otra dirección. Escapó a los efectos del gas conteniendo la respiración a lo largo de la calle.

Era preciso inhalar el gas antes de que surtiera efectos. El ruido de los motores de unos automóviles que corrían a toda velocidad alcanzó sus oídos.

Dos coches surgieron delante de él en la calle. Ambos eran automóviles de turismo. El tirador armado con un rifle salió corriendo del portal, bajó rápidamente los escalones, cruzó la acera y saltó al interior de uno de ellos.

El automóvil se puso nuevamente en marcha. Doc Savage estaba media manzana atrás. Su coche ganaba rápidamente terreno porque tenía impulso y los otros no.

Los ocupantes de los coches que le precedían empezaron a disparar. Las balas, al tocar el parabrisas irrompible, lo surcaron de finas rayitas que disminuían la visibilidad.

Los coches enemigos torcieron a la derecha, por la primera bocacalle y Doc Savage pudo ver sus ocupantes.

¡Era la misma banda que había asaltado el edificio de Hande Lancaster!

¡Monk, Sylvan Niles y Alejandro Mandebran se hallaban en esos coches!

Doc Savage inició la persecución. No era probable que le distanciaran, puesto que guiaban coches vulgares, mientras el coche especial de Doc era capaz de desarrollar una velocidad de ciento cincuenta millas por hora.

¡El motor del coche de Doc se paró en seco!

CAPÍTULO IX

NEGOCIANTES DE VALORES

NO hubo nada indefinido respecto al paro del motor.

Funcionaba normalmente y de pronto se paró. Doc se acercó a la acera y penetró en una calle lateral en la cual estaría al abrigo de las balas, deteniendo el coche. No era probable que una bala pudiera parar el coche.

Tanto el radiador como la tapa del motor eran de acero armado y el contacto era doble, para mayor seguridad. El hombre de bronce dio una mirada al indicador de gasolina y el misterio se desvaneció.

¡El depósito de gasolina estaba vacío! Rebuscando, descubrió por qué motivo. Alguien debió arrastrarse hasta el chasis, cortando el tubo que alimentaba el motor.

Rara vez, Doc Savage se dejaba coger por sorpresa, debido a sus poderes de observación, pero en esta ocasión se dejó engañar. La calle recién regada tenía la culpa de ello.

El agua de la manguera se llevó la gasolina o de otro modo, Doc habría notado el olor. El tiempo necesario para encontrar otro coche, era un taxi, fue suficiente para permitir al enemigo que escapara.

El hombre de bronce los buscó por espacio de algunas manzanas, pero no encontró rastro de los que buscaba y volvió atrás. Habló brevemente con la policía e inmediatamente se dio la alarma a los coches radio —patrullas, dándoles la orden de detener a ambos vehículos.

Requiriendo la asistencia de un escuadrón de policía, Doc Savage registró los edificios de la manzana en torno a la cual había distribuido el gas. Ya que más de quince minutos habían transcurrido, éste se había evaporado.

Un examen de las viviendas demostró que nadie había sufrido el menor daño. Doc Savage no explicó a la Policía qué era lo que había dormido a todo el mundo.

La Policía desconocía la existencia de ese gas especial. Explicarles lo sucedido habría causado complicaciones innecesarias. Ni la influencia de Doc Savage le hubiera puesto al abrigo de preguntas y, tal vez, críticas.

Doc evitaba siempre posibles dificultades permaneciendo callado. La policía recibió una comunicación telefónica de una delegación de distrito, diciendo que los dos coches de turismo habían sido encontrados abandonados.

No había el menor rastro de sus ocupantes. Doc Savage se encaminó al lugar del hallazgo. Los dos automóviles se encontraban en una calle angosta que daba al muelle y que más bien era un callejón.

Sus ocupantes debieron subir a otros vehículos, pero nadie los vió. Doc Savage inspeccionó los dos coches en busca de hullas dactilares. No las encontró, no tampoco ninguna otra huella.

—¡Esto es misterioso porque sí! —declaró un policía. El hombre de bronce no contestó guardándose como siempre de traicionar emoción alguna. Doc llamó un taxi y volvió al sitio donde había dejado su propio coche.

Cogió a Habeas Corpus, que estaba en el asiento de detrás y lo metió en el taxi. A continuación, Doc dio orden al chofer que lo llevara a su cuartel general.

Doc, al acercarse al gran edificio, se dio cuenta que había mucha gente en el vestíbulo. El hecho de que algunos hombres llevaban máquinas fotográficas daba a entender que se trataba de periodistas.

El hombre de bronce se hizo atrás, seguido por el puerco, se encaminó al otro lado del edificio y entró por lo que parecía una inocente entrada para coches y camiones.

En realidad, era la salida de su garaje particular de la planta baja, y por un pasillo, Doc subió en su ascensor particular hasta su aposento del piso ochenta y seis…

Una voz excitada le acogió cuando entró.

—¡Doc! —dijo—. ¡Hay noticias interesantes!

El que hablaba era un hombre flaco, pero fuerte, y nervioso, de

cintura extraordinariamente delgada. Tenía la frente alta y la boca grande y móvil del orador, pero lo que más llamaba la atención en su persona su figura y habría alegrado los ojos de cualquier buen sastre.

—¿Qué ocurre, Ham? —preguntó Doc Savage.

El elegante sujeto no era otro que el brigadier general Teodoro Marley Brooks, conocido por el apodo de Ham, que no le hacía por cierto maldita la gracia.

Era uno de los abogados más astutos del país cuando le daba la gana de ejercer su profesión, pero se sentía más feliz corriendo aventuras en compañía de Doc Savage.

Además de Johnny, Monk y Ham, Doc Savage tenía otros dos ayudantes que por estar dedicados de momento al ejercicio de sus respectivas profesiones, no se hallaban complicados en el presente misterio.

Uno de ellos era Renny, es decir, el coronel John Renwick, ingeniero de fama mundial, y el otro Long Tom, es decir, el mayor Tomas J. Roberts, mago de la electricidad.

—Es Johnny —dijo Ham contestando a la pregunta de Doc.

—¿Qué le pasa?

—Deja que te enseñe.

Ham llevó a Doc a la biblioteca cuyas paredes estaban forradas de libros de respetable tamaño. De encima de una de las estanterías que los soportaban, Ham tornó un pedazo de tejido que parecía arrancado a la alfombrita de un automóvil.

Ham sacudió el pedazo de alfombra.

—Un chiquillo lo ha traído —explicó—. Dijo que lo encontró en una carretera de Nueva Jersey.

Doc Savage cogió el pedazo de alfombra. Sujeto en al parte interior por medio del gancho que, sin duda, le reunía antes a una cinta, había un monóculo.

—El muchacho dice que el monóculo estaba envuelto en el pedazo de alfombra de tal forma, que no podía romperse —explicó Ham.

—El monóculo pertenece a Johnny —dijo Doc Savage.

—¡Sin ningún género de duda!

El monóculo era un objeto complicado. En el interior de su montura tenía grabados unos signos que a la distancia de unos

cuantos pues parecían un sencillo adorno, pero que, al ser examinado más detenidamente, resultaban ser las palabras siguientes:

CINCUENTA DOLARES DE RECOMPENSA AL QUE DEVUELVA ESTO A DOC SAVAGE.

—Johnny tiene esto grabado en todos sus monóculos para el caso de que se pierdan —recordó Ham—. ¡Algo le hay ocurrido!

—¡Esto es obvio! —asintió el hombre de bronce.

Ham meneó la cabeza lentamente.

—Temo que esto no nos ayude mucho. El pobre Johnny debió dejarlo caer para hacernos saber en qué dirección se lo llevaban; pero hace horas de eso y hay centenares de carreteras en Nueva Jersey. ¡Quién sabe dónde estará!

Doc Savage dijo entonces:

—Vamos a examinar esto más de cerca.

Intrigado, Ham siguió a Doc al laboratorio. Este era un cuarto de vastas dimensiones, el mayor del aposento y contenía un sinfín de aparatos científicos.

Las botellas y redomas de productos químicos se contaban allí a miles.

Había ejemplares de los metales más raros, retortas, hornos de fundición e incluso tornos para trabajar los metales, así como un equipo completo de herramientas.

Allí era dónde Doc Savage intentaba y construía gran parte de sus extraños aparatos y mecanismos. De un armario, el hombre de bronce sacó un objeto que ese parecía a una linterna mágica, con la diferencia que los lentes, aunque parecían de cristal, eran casi tan negros como el azabache.

Doc Savage bajó las cortinas de la habitación, enchufó el aparato y dio vuelta al conmutador que lo hacía funcionar. Lo enfocó entonces sobre el monóculo de Johnny. Una cosa inesperada ocurrió. Unas letras diminutas y escritas con sumo cuidado aparecieron en el cristal del monóculo:

RAPTADO TAXI AZUL AGUJERO EN CUBIERTA.

—¡Por Júpiter! —estalló Ham—. Johnny ha usado ese yeso invisible que sólo se ve bajo la luz ultravioleta.

—Lleva una pequeña cantidad de ese yeso en las agujetas metálicas de los cordones de sus zapatos —declaró Doc Savage—.

Sin duda, tuvo la oportunidad de arrancar una de ellas y pudo escribir ese mensaje.

—Lo mejor será ponernos en busca de Johnny.

—Ante todo está indicado tomar algunos informes —dijo tranquilamente Doc.

—No te entiendo.

—Vamos a telefonear a algunas casas de corretaje de Wall Street.

—¿Y qué sacaremos con ello?

Doc Savage no contestó.

El hombre de bronce volvió a entrar en el salón de recepción y tomó el listin de teléfonos que alargó a Ham.

—Haz una lista de los nombres y números de teléfono de los corredores de Bolsa —le señaló.

Demostrando con su actitud que no comprendía con que fin, Ham se puso a la tarea. Tan pronto como el primer nombre y número estuvieron anotados, Doc Savage empezó a telefonear. A cada oficina pidió lo mismo.

—Denme ustedes los nombres de sus clientes que han realizado ganancias importantes en Bolsa recientemente.

Aproximadamente la mitad le contestaron. Algunos bolsistas declararon que no contestarían a semejante pregunta sin una orden judicial, aun después de declarar Doc Savage su identidad.

Otros dijeron que necesitaban tiempo para preparar la lista, pero la mitad tenían la información a mano y conocían bastante bien la reputación de Doc Savage para complacerle.

Doc escuchó con atención la enumeración de los nombres. No los apuntó porque su memoria fabulosa lo hacía inútil, ya que lo que esperaba era la repetición del mismo hombre en más de una lista.

Invirtió media hora en telefonear y finalmente colgó el aparato. Su extraño trino sonó unos breves momentos electrizando a Ham.

Este había oído bastantes veces el sonido para saber que presagiaba un descubrimiento importante.

—¿Te has enterado de algo? —preguntó.

No ha habido muchas ganancias extraordinarias en Wall Street recientemente —dijo Doc—. Únicamente una persona parece haber sacado bastante dinero de Wall Street estos últimos tiempos.

—¿Quién?

—Sylvan Niles —dijo Doc Savage.

—¿Y quién es Sylvan Niles? —preguntó Ham, que parecía asombrado.

Ham no estaba al corriente de los últimos acontecimientos. Doc le explicó lo ocurrido, empezando con su propia decisión de investigar el misterio de al desaparición de Jethro Mandebran y sus veinte millones de dólares.

Cuando Doc estaba a la mitad de su explicación, Ham se acercó a una silla sobre la cual descansaban un bastón, guantes y un sombrero.

Recogió el bastón, que era negro y liso, y estuvo jugueteando con éste durante el final de la historia.

En un momento dado, torció ligeramente el puño y el bastón se partió, revelando el hecho de que era un bastón —espada, cuya hoja estaba hecha de excelente acero. Ham miró a Doc fijamente.

—¿Tienes idea de lo que hay detrás de esto?

Doc Savage guardó silencio.

—¡Algo siniestro, sea lo que sea! —concluyó Ham.

Afectando, como solía hacerlo a veces, un acento inglés. Desgraciadamente, Ham no estaba dotado de una facultad extraordinaria que le permitiera ver a través del yeso, del acero y de la madera.

De ser así, era muy posible que el pelo se le hubiese puesto de punta, aunque fuerza es confesar que su cabello no acostumbraba a hacer demostraciones frente al peligro.

La oficina de Doc Savage ocupaba el piso ochenta y seis del rascacielos. El piso ochenta y cinco, que se encontraba inmediatamente debajo del cuartel general de Doc, acababa de ser alquilado la víspera, y los cuatro nuevos inquilinos se hallaban en el aposento.

Tres de ello se encontraban delante de otras tantas ametralladoras. Estas eran de fabricación extranjera, lo cual era prueba de que las leyes federales, impidiendo la distribución por parte de los fabricantes americanos, surtían efecto en el hampa.

Eran sujetos de aspecto miserable y hambriento que, a juzgar por las apariencias, llevaban una vida dura. El cuarto hombre estaba sentado entre dos enormes maletas, en el suelo del cuarto

interior.

Las maletas estaban abiertas y contenían un surtido de extraños aparatos, la mayoría de los cuales parecían eléctricos. Los más interesante, sin embargo, era el extraño casco que el hombre llevaba.

Este daba la impresión de ser muy complicado y de reunir muchas piezas en poco espacio. Numerosos alambres lo reunían con las maletas y otro hilo corría hasta el cuarto contiguo y subía hasta el techo de éste.

El hombre se quitó el casco. Su cara era fea, y parecía furioso.

—Tu, sal de ahí. —Mascullo, dirigiéndose a uno de los pistoleros que se hallaban en el cuarto contiguo.

—¡Sí, eh!

—De manera que te gustaría “liquidar” al niño de bronce, ¿verdad? —gruñó el primero.

Los pistoleros demostraron gran asombro.

—¡Caramba! ¿Cómo sabes..? —El pistolero que hablaba no concluyó la frase.

Pareció recordar algo y una risa silenciosa se apoderó de él.

—¡Qué mundo tan estupendo! —dijo con una mueca expresiva.

El hombre del casco no parecía divertido.

—¡Vete de ahí! —repitió de mal talante—. Estás enredando las cosas. ¡Ponte al lado de la puerta!

Cumplieron todos rápidamente la orden.

¿Te enteras de algo? —preguntó un hombre.

—¡Cierra el pico! —le contestó un amigo—. ¡Podrían oírte de arriba!

—¡No es fácil! —declaró el primero—. La casa del niño de bronce esta hecha a prueba de sonido, según he oído decir.

El hombre del casco había vuelto a ponerse el extraño artefacto en al cabeza.

Le cubría el cráneo por completo, dándole un aspecto sumamente raro.

El silencio más completo reinó en el cuarto por espacio de unos minutos. De pronto, el hombre se arrancó el casco y se vió en su cara una expresión de horror.

—¡El hombre de bronce! —exclamó—. ¡Se ha enterado de todos nuestros planes!

—¡No puede ser! —dijo uno de los pistoleros, con voz entrecortada.

—¡Es así… e incluso conoce el nombre del jefe!

CAPÍTULO X

HUÍDA

EN el cuarto de recepción del piso superior, Ham, el elegante abogado, meneaba la cabeza lentamente, sacando y metiendo su bastón espada en la funda, con evidente preocupación.

—¿Qué hay detrás de todo esto? —preguntó a Doc Savage, por quinta vez seguramente.

El hombre de bronce parecía haberse vuelto sordo. Fingió no haber oído la pregunta del abogado y no le facilitó ninguna explicación ni teoría que pudiera haber formado. A decir verdad, Ham no estaba sorprendido, puesto que conocía bien a Doc y sabía que, aunque éste no se ocupaba mucho tiempo de un misterio sin adquirir convicciones que casi siempre resultaban exactas, no tenía por costumbre hablar de ellos hasta que podía probarlas.

—Ham —dijo, de pronto, Doc Savage—. Debiéramos registrar este piso.

—¿Qué? —replicó Ham quedándose boquiabierto—. ¿Acaso crees…?

—Una sospecha se me ha ocurrido —dijo Doc Savage—. ¡Vamos a asegurarnos!…

El hombre de bronce abrió la marcha a través de la biblioteca hasta el laboratorio. Mientras tres paredes de esta vasta sala estaban formadas en su mayor parte de ventanas, la cuarta parecía de una pieza.

Doc manipuló unas cerraduras ocultas en un tablero y la pared en cuestión se abrió, dejando al descubierto una serie de instrumentos registradores.

Estos consistían en aparatos de relojería que hacían girar un disco de papel sobre el cual una aguja untada de tinta se arrastraba.

Uno de los discos presentaba una línea algo irregular. Doc la señaló.

—Hace unas tres horas que alguien entró por la ventana del cuarto de recepción. Debió subir al techo y bajar por ahí. Teniendo en cuenta la altura de este edificio, pudo hacerse sin ser visto desde la calle.

—Cualquiera que lo viese creería que se trataba de un encargado de la limpieza de cristales —asintió Ham—. ¿Crees que está oculto aquí?

Doc Savage señaló otro sitio donde la línea registrada volvía a ser irregular.

Aquel mecanismo estaba reunido a un reloj, con el fin de designar el tiempo exacto de la entrada de un intruso. Había un aparato registrador para cada ventana y puerta.

El hombre de bronce empezó a recorrer su piso, escudriñando por todas partes. Registró varios cajones y puertas de armarios, todos equipados con mecanismos ocultos que delataban el hecho de que se les hubiera abierto.

—No han tocado nada —dijo Doc Savage.

—Entonces, ¿por qué habrán entrado?

—No puede haber más que un motivo.

—¿Sí?

—Han dejado algo oculto aquí dentro.

Se oyó ruido sordo y una ancha hoja de llamas brotó delante de sus ojos.

Doc Savage agarró al elegante Ham y lo tiró hacia atrás, con lo cual es probable que le salvó la vida. Una de las sillas forradas acababa de estallar, aunque no con mucho con la violencia con que sucedió lo propio en la oficina de la Castello Mining Corporation.

La explosión desparramó ríos de lo que parecía fuego líquido. Por poco éste alcanzó a Doc y a Ham, pero ambos hombres se habían vuelto a meter en el laboratorio y estaban al abrigo a un lado de la puerta.

Allí donde una gota de fuego líquido caía, una llama brotaba.

El calor era horroroso, e incluso Habeas, el marrano, a pesar de su gruesa piel, se había ocultado en un rincón para ponerse a salvo.

Cuando el ingrediente incendiario se hubo apagado, intentaron pasar por la ofician para alcanzar la puerta, pero fue imposible,

debido al calor.

Doc y Ham retrocedieron. El hombre de bronce abrió un tablero y tocó una palanca. Se oyó un silbido pronunciado en el cuarto de recepción.

De unas aberturas practicadas a lo largo de la moldura salieron pequeños ríos de un producto que se vaporizó al caer. Se trataba del sistema de apaga fuegos instalado por el propio Doc Savage.

Las llamas, a pesar de su fuerza se apagaron una tras otra. Pero la silla y su contenido, fuese lo que fuese, quedó destruido.

—¿Qué es lo que habrá encendido esto? —gritó Ham.

—Unos hombres que se hallan en el piso de abajo —declaró tranquilamente Doc Savage.

—¡Vamos a verlo! —gruñó Ham. Y corrió al laboratorio.

Aunque aparentemente no había otra salida del piso de Doc que la puerta del cuarto de recepción, era posible salir del laboratorio por un tablero secreto que daba al pasillo.

Ham hizo uso de esa salida secreta a toda prisa, recogiendo una pistola de tiro rápido por el camino. La pistola en cuestión estaba cargada con balas misericordiosas anestésicas que no mataban...

Otro invento de Doc Savage. Al final del descansillo empezaban las escaleras, que Ham bajó rápidamente. Estaba a la mitad cuando se oyó un disparo desde abajo.

Ham gruñó. Era una gruñido muy alto y de dolor agudo. Se sentó pesadamente en la escalera e involuntariamente se llevó ambas manos al cuerpo.

¡Una bala acababa de tocarle en pleno estómago! La cabeza le daba vueltas, y ante sus ojos aparecieron centenares de puntitos de luces variadas.

En realidad, acababa de recibir el equivalente de un terrible puñetazo en el plexo solar y estaba mareado de veras. Pero dio breve y silenciosamente las gracias al cielo por llevar la cota de malla que todos los ayudantes de Doc Savage habían adoptado.

Dicha cota era de una malla extraordinariamente fina y fuerte. Era ligera y detenía todas las balas, aunque el impacto era, a veces, suficiente para romper huesos y dejar terribles cardenales.

Se oyó un nuevo disparo, pero la bala no dio en el blanco, en parte porque Ham se levantó y se batió en retirada.

Vio vagamente a la persona que intentaba matarlo. Era un

hombre delgado, de semblante avinagrado, y que, aunque no tenía facciones feas, resultaban singularmente antipático. El individuo en cuestión usaba un revólver que parecía de fabricación extrajera.

Ham tosió varias veces y se frotó el estómago. No había soltado su propia pistola y la blandió. Disparó y se oyó un ruido parecido al gemido de un toro herido.

El pistolero que le había alcanzado con su disparo no estaba ya a la vista, de manera que Ham no tenía blanco definitivo. Disparaba para causar efecto, puesto que sabía lo enervante que resultaba el estruendo de su pistola misericordiosa. No hubo contestación a su fuego.

Ham acabó de bajar la escalera con cautela. La bala que le había dado en el estómago lo había vuelto prudente. Corrió a lo largo del pasillo y echó una mirada a la hilera de ascensores.

Uno de éstos empezaba a bajar. Girando sobre sus talones, Ham volvió a subir la escalera y corrió por el pasadizo del piso de Doc Savage.

—¡Doc! —gritó.

¿Qué?

—¡Están bajando en el ascensor! Voy a seguirles en nuestro ascensor rápido.

—No —dijo rápidamente Doc Savage.

Ham chilló: —¡Se nos escaparán!

—¿Los has asustado? —preguntó Doc Savage.

—Eso no lo sé —declaró Ham—. Pero a mí sí que ellos me han dado un susto mayúsculo.

—De todas formas, ¿se van?

¡Oh, eso sí!

—Entra, pues.

Intrigado, Ham entró en el laboratorio por el tablero secreto que dejó abierto, y encontró a Doc Savage asomado a una ventana.

En la mano, Doc sostenía un rifle de cañón anchísimo.

Desde el sitio en que se encontraba el hombre de bronce, veía la entrada del edificio, a gran distancia, desde luego.

Al entrar Ham. Doc sacó unos anteojos de un armario y los enfocó sobre la acera para que le ayudaran a identificar a cualquiera que surgiese a la vista.

—¡Haz como yo! —dijo a Ham.

El abogado se apresuró a obedecer, sin dejar de hacerse fricciones en el estómago, que seguía doliéndole. Ham se puso a vigilar la acera con atención. Sus anteojos eran poderosos. Cuatro hombres no tardaron en salir del edificio.

—¡Ahí están! —dijo Ham.

Los cuatro hombres se encaminaron en línea recta a un coche de grandes dimensiones que estaba parado en al esquina y al cual subieron.

—¡Se nos van! —gruñó Ham.

Por toda contestación, Doc Savage levantó el rifle deliberadamente y disparó. El ruido del disparo fue más flojo de lo que se podía esperar.

Se pareció a la tos de una persona resfriada. Ham se dobló sobre el antepecho de la ventana. Miró con atención.

Vió el coche alejarse de la esquina, como si nada hubiera sucedido. El rifle volvió a dejar oír aquella extraña y suave tos, pero el coche no se paró, sino que aumentó la rapidez de su carrera.

—¡No lo has tocado! —dijo Ham con incredulidad, puesto que sabía que el hombre de bronce, aunque recurría rara vez al uso de las armas de fuego, era un experto tirador. El coche de los fugitivos desapareció en la esquina.

—¡Ya está! —exclamó Ham.

—¡Sígueme! —dijo Doc Savage.

El hombre de bronce corrió al cuarto de recepción y contempló la escena. El incendio estaba ya apagado del todo. Examinó rápidamente los restos de la silla, pero no descubrió nada.

—¡Debió haber algo oculto en esta silla! —exclamó Ham.

—Lo había —dijo Doc Savage—. Pero han sido listos y ha quedado destruido.

Doc se metió nuevamente en el laboratorio, seguido de cerca por Ham.

Abrió un tablero oculto, el cual reveló la presencia de una jaula que tenía la forma de una bala de cañón y cuyo interior estaba acolchado y provisto de correas para agarrarse, aquel aparato no era muy grande, pero Doc y Ham se metieron dentro.

Ham había cogido, al pasar, a Habeas Corpus, llevándoselo a pasar del desprecio que sentía por el animalucho. Doc cerró las escotillas del extraño aparato y tocó una palanca.

El resultado fue asombroso. Se oyó un fuerte gemido de aire comprimido y maquinaria, y el aparato se hundió como un plomo. Unos momentos después, hubo una violenta sacudida al cambiar el bólido de dirección.

El ruido que hacía desgarraba los oídos y hacía imposible toda conversación.

Luego se notó el efecto de un mecanismo que actuaba de freno y la velocidad disminuyó. Se detuvo con un "clank" metálico y Doc Savage abrió la escotilla.

Salieron juntos. Unos segundos antes se hallaban en el último piso del rascacielos, y ahora, en cambio, se encontraban en un sitio muy distinto.

Se trataba de un enorme edificio de ladrillos y de acero, que no era otro que el cobertizo de los aeroplanos y botes de Doc Savage, situado en la orilla del río.

Este cobertizo era todo lo secreto que podía ser. El aspecto exterior del edificio lo diferenciaba poco de los demás que lo rodeaban. Se encontraba en un muelle, y un letrero colocado en la fachada decía sencillamente:

Hidalgo Trading Company

La Hidalgo Trading Company era Doc Savage.

El gran edificio contenía varios aeroplanos, botes, un pequeño dirigible e incluso un submarino.

Doc Savage escogió un pequeño autogiro del tipo anfibio, que era lo ideal para trabajar cerca de un objetivo.

Entretanto Ham parecía preocupado.

—¡Química! —llamó en voz alta—. ¡Química!

Un animal de extraño aspecto se presentó a su llamada. El parecido que tenía con el feo químico, Monk, era algo asombroso.

Química era un gran simio desprovisto de cola y con bastantes puntos de comparación con un ser humano, los suficientes, en realidad, para que se pudiera confundirle con Monk al verlo a distancia y con luz deficiente.

—¡Vamos, Química! —llamó Ham.

Química subió al autogiro y Ham empujó al puerco detrás de él.

Química era el favorito de Ham, que lo compró últimamente como medida defensiva contra el puerco favorito de Monk, lo cual significa que no llegaban nunca completamente al extremo de

degollarse mutuamente.

Doc Savage puso en marcha el motor del autogiro y éste se deslizó por la pendiente, interceptando rayos de luz que daban sobre una pila fotoeléctrica, causando la abertura de las puertas del cobertizo.

Estas se cerraron automáticamente tan pronto como el autogiro estuvo en el río. Al cabo de pocos segundos, se hallaba en el aire.

CAPÍTULO XI

HOMBRES EXTRAÑOS

EL camarote del autogiro estaba hecho a prueba de sonidos, aunque no perfectamente.

El motor tenía una válvula de escape que dirigía sus ruidos característicos, o bien por un largo cilindro silenciador o bien hacia el aire libre.

Doc eligió el primer camino cuando estuvieron en el aire, con el fin de poder conversar.

—Trae el aparato de lentes fluoroscópicos —dijo a Ham.

El abogado se encaminó a la parte trasera del camarote de la nave aérea, rebuscó en varios armarios y volvió con dos aparatos que se parecían vagamente a lentes de automovilista.

Por lo menos, se ponían sobre los ojos, como éstos, pero los lentes eran del tamaño de latas de leche condensada y completamente negros. Ham movió unas palanquitas a los lados de aquellos extraños lentes, que empezaron a emitir la misma clase de sonido que cuando un aparato cinematográfico en miniatura está funcionado. Ham se puso los lentes sobre los ojos.

El hombre de bronce manipulaba las palancas de dirección del autogiro y pronto volaron sobre los hondos cañones de albañilería que constituían las calles de la parte alta de la ciudad de Nueva York.

Ham se asomó a una ventanilla, mirando abajo con sus extraños anteojos.

No podía distinguir más que el débil contorno de lo que estaba a sus pies.

—Busca algo que brille más que lo demás —dijo Doc Savage.

—Comprendido —dijo Ham—. Ahora sé qué es lo que buscamos.

Y Ham se puso a vigilar el terreno con atención.

Ham vigiló, pues, con atención la mancha luminosa que iba haciéndose más débil, pero que seguía siendo perceptible. El abogado sabía lo que era, la capota del coche en el cual sus enemigos habían escapado.

Doc Savage había usado su extraño rifle, sin que de momento Ham comprendiera con qué fin.

Las balas disparadas eran envases que contenían un preparado químico en estado líquido que se desparramó sobre la capota del coche.

El producto formó una capa, tal vez invisible al ojo desnudo, pero que brillaba más que lo que la rodeaba, al mirar con los lentes especiales de Doc.

Doc Savage se las había compuesto para seguir a sus adversarios a su escondrijo, con la esperanza de descubrir el paradero de Johnny o de Monk.

El Estado de Nueva Jersey tiene una distribución de habitantes especial.

Directamente frente a la ciudad de Nueva York, en la otra orilla del río Hudson, y un poco al Sudoeste se encuentra Newark, una metrópoli, una ciudad importante.

Sin embargo, a pocas millas de distancia, hay sectores de terreno cubiertos de matorrales y sembrados de colinas, que puede decirse están inhabitados.

Era hacia aquel país despoblado adonde llevaba la pista que Doc Savage seguía. El hombre de bronce mantenía el autogiro a bastante altura y Ham seguía enfocando al coche con sus anteojos.

—¡El auto se detiene en una granja! —Dijo de pronto Ham.

Doc Savage se apoderó de los anteojos un momento. Estos eran dos veces más largos que unos anteojos de campaña ordinarios y su alcance dos veces mayor. En realidad, venían a ser un pequeño telescopio.

El hombre de bronce estudió el lugar en el cual sus enemigos se habían parado. Se veía una alta pared de piedra y una casa, bastante grande, hecha de madera. El edificio tenía el estilo que fue popular cincuenta años atrás.

Un coche se hallaba ya en el patio. Desde la altitud a que estaban, era imposible decir a ciencia cierta lo que era, pero parecía

tratarse de un taxi pintado de azul. Se veía un pequeño agujero, que bien podía haber sido hecho por la cabeza de un hombre, en la capota.

—Espero que no le habrá pasado nada malo a Johnny y a sus largas palabras —dijo lentamente Ham.

Doc Savage describió a ancho círculo con el autogiro, hasta que la nave se encontró en el suelo al Oeste de la casa. Para verlo, alguien de la casa habría tenido que mirar directamente hacia el sol, y aun entonces no era probable que distinguiera al autogiro.

—Tú volverás a irte con el autogiro —dijo Doc a Ham.

—¡Bien! —asintió Ham, aunque el encargo no pareció alegrarle.

—Si uno de los coches se aleja, síguelo.

Doc aterrizó en un pequeño claro y Ham volvió a remontarse inmediatamente, mientras Doc echaba a andar por el desigual terreno de las colinas.

Cuando Doc llegó cerca de la inmensa y antigua casa de madera y de su grandiosa pared de piedra, anduvo más cautelosamente, buscando con la vista a un posible guardia.

Su estudio del suelo y de los matorrales fue muy detallado. Examinó particularmente los hilos de telaraña, siguiendo la teoría de que uno de éstos podía ser un fino alambre, al romper el cual una campana de alarma se pondría quizá en movimiento.

Alrededor de la casa, en la parte de atrás, la pared estaba cubierta de hiedra espesa y verde. Doc Savage escudriñó la casa con cuidado. La parte superior que se ofrecía a su vista parecía decrépita y desierta.

No se oía allí ni sonido ni movimiento. Los bolsillos de Doc estaban siempre llenos de numerosos artefactos. Sacó uno de éstos que, poco más o menos, tenía la forma y el tamaño de una caja de cigarros, y la abrió.

Resultó contener un aparato y un pequeño receptor. Doc se aplicó el receptor al oído y dio lentamente una vuelta al aparato, como si hubiera sido una lámpara eléctrica.

El aparato era un receptor y amplificador de sonido, pequeño, pero muy eficaz. Por ejemplo, recogía el zumbido de una mosca, más lejos de lo que el ojo desnudo podía seguirla.

Fuese lo que fuese, lo que el hombre de bronce oyó, pareció interesarle.

Cambió entonces el mecanismo para oír por otro que tenía aproximadamente tres veces el tamaño de una caja de cerillas. Este aparatito era de metal, tenía un hueco en la parte de arriba y varios discos en los lados.

Doc Savage colocó el aparato entre la maleza, lo dejó allí y siguió adelante.

Un centenar de pasos lo llevó a unos tres o cuatro metros de la pared.

La hiedra que cubría la pared se separó y un hombre surgió; iba armado con una escopeta.

—¡Hola! —dijo el hombre apuntando. Doc Savage permaneció inmóvil sin contestar.

—¡Tal vez se crea usted que no estamos contentos de verle, señor! —se mofó el individuo—. Dóblese y coja la punta de sus zapatos con ambas manos... ¡No se mueva ya!

Doc Savage hizo lo que se le decía, lo cual le colocaba en una posición poco ventajosa. El otro se acercó con cuidado.

—Te oído hablar mucho de usted —rezongó—. No quiero exponerme.

Apretó su revólver en la espalda de Doc con la mano derecha y con la izquierda lo cacheó rápidamente. Estaba tan nervioso como un domador novicio y se le conocía a la legua. Sin embargo, no se expuso para nada.

No tardó en ocurrir algo que vino a estorbarle. De un matorral salió una voz chillona, de timbre metálico. No era una voz natural ni tranquila, pero no era de esperar que ninguna voz lo fuera en esas circunstancias.

—¡Deja caer esa escopeta! —ordenó la voz.

Era inevitable que el hombre de la escopeta levantara la vista para asegurarse de que el que hablaba lo hacía en serio. Doc aprovechó esta oportunidad para coger a su adversario por los tobillos.

Tiró y el hombre perdió el equilibrio. Su escopeta no se disparó debido a la rapidez con que Doc le agarró la muñeca, obligándole a aflojar la presión en vez de aumentarla sobre el gatillo.

La lucha que siguió fue terrible, pero no duró mas que unos segundos.

Habiendo tendido al hombre sobre la espalda y sujetándole la

garganta para que no gritase, Doc Savage le hundió en la inconsciencia ejerciendo su famosa presión especial, sobre los centros nerviosos de la nuca.

Esto daba tan buenos resultados como un puñetazo y metía mucho menos ruido.

Tan pronto como su víctima estuvo sin sentido, Doc Savage corrió a la maleza y recogió el aparatito de metal que había dejado allí antes de avanzar.

Todavía estaba haciendo un leve ruido parecido a un zumbido, y al cabo de unos segundos repetiría su orden de entregarse. Había una placa pequeñísima en el interior y la parte superior no era otra cosa que un diafragma.

Doc Savage paró el pequeño fonógrafo, se lo metió en el bolsillo y volvió al lado del prisionero. Este no se había movido y no volvería en sí antes de una hora.

Doc Savage lo recogió y llevó a un hoyo de la pared, oculto por la hiedra.

Este hoyo tendría unos tres pies de hondo, igual de ancho, y era bastante alto para que Doc Savage estuviera de pie en el mismo. Mientras la pared alrededor de la casa era, sin ningún género de duda muy vieja, aquel hoyo parecía haber sido practicado recientemente, durante las últimas semanas, a juzgar por el aspecto del cemento.

En el fondo había una puerta de madera, cerrada, desgraciadamente.

La puerta estaba dotada de una abertura cuadrada de unos treinta centímetros de ancho y cruzada por barrotes de hierro. Doc Savage miró por ella.

El viejo caserón parecía todavía mayor que de lejos, pero su aspecto destartalado aumentaba igualmente al ser visto de cerca. Sin embargo, las tejas del techo estaban intactas, y aunque en algunas ventanas las persianas colgaban de un solo gozne, todos los cristales estaban enteros.

Además, la casa estaba bien rebozada y, en conjunto, en buenas condiciones, exceptuando al pintura y otros detalles de poca importancia. Había plantas y matorrales en el patio, plantados irregularmente, al estilo antiguo.

La hierba no estaba cortada. Los caminos trazados en el patio

estaban empedrados con grandes piedras llamas que al ser examinadas de cerca, ofrecían a la vista huellas de uso corriente.

El hombre de bronce se deslizó rápidamente, sin hacer ruido. Un silencio de tumba envolvía aquella casa, cuyas ventanas del sótano parecían brindar un medio de estrada. Doc Savage se encaminó a ellas.

El hombre de bronce se enteró luego que había por allí una red de alambres que formaban parte de un sistema de alarma contra los ladrones, modernísimo.

Los alambres estaban hundidos en el suelo y al pasar sobre ellos quedaba registrado en un aparato indicador. El primera indicio de esto fue algo que se movió en una de las ventanas del piso superior de la casa.

Alguien se hallaba detrás de los cristales y miraba abajo. La persona se movió, acercándose a los cristales, que habían sido lavados recientemente.

¡Era la muchacha Sylvan Niles!

Vió, sin duda a Doc Savage y desapareció. Casi instantáneamente, se oyó un ruido de cristales rotos y unos pedazos de cristal cayeron de la ventana tras la cual la muchacha había estado de pie.

Una bala silbó y se hundió en la tierra al lado de Doc Savage. El hombre de bronce se movió. Tenía el torso protegido por una fina cota de malla, pero no ocurría igual con su cabeza ni su cuello.

Sacó de la chaqueta un huevo de metal provisto de una pequeña palanca.

Apretó ésta y tiró el artefacto al lado mismo de la casa. Estalló con una especie de relámpago que hacía daño a la vista y un ruido ensordecedor.

Parte de la pared de la casa se vino abajo y una infinidad de cristales se rompieron. Se vió ascender una columna de humo azul y polvo. En la pared de la casa quedó abierto un agujero por el cual un caballo que fuera ágil, habría podido saltar sin ningún inconveniente.

CAPÍTULO XII

EL PESO DE LA DUDA

DOC Savage se puso en movimiento. Calculó el tiempo con exactitud, permitiendo a los escombros caer y amontonarse, pero aprovechando el polvo y el humo que lo ocultarían.

Un lío de listones rotos y pedazos de entarimado lo detuvo un momento. Un gran pedazo de yeso cayó tardíamente del techo. Doc pasó por encima de la masa desgarrada de una alfombra, sorteando el obstáculo formado por un diván reventado por la explosión.

Al extremo de la habitación había dos puertas, la una al lado de la otra. La primera la formaba un gran espejo, mientras que la otra era de madera.

Recordando que acostumbran a poner espejos en las puertas de los armarios, Doc Savage intentó abrir la otra, que se resistió. De un puñetazo rompió el delgado tablero y se arrastró al otro lado.

Unos tiros de revólver lo acogieron tan pronto como se encontró en el vestíbulo. Rodó por el suelo, se retorció y se metió en un ángulo.

En el sitio donde se hallaba cuando sonó el primer disparo, surgió una nube de humo negro que se extendió rápidamente. Una corriente de aire se llevó parte del humo por el agujero abierto por Doc en la puerta y el resto se esparció por el vestíbulo, impidiendo toda visibilidad.

El humo salía de una caja de metal que Doc dejó allí. El revólver no volvió a tronar. El disparo había llegado de un sitio que parecía ser una escalera.

Se oyeron pisadas en ésta, pisadas ligeras, rápidas y casi femeninas. Doc Savage echó a andar hacia el individuo que huía. El humo, aunque le ocultaba completamente, no dejaba huellas de

hollín sobre su persona.

Tampoco parecía tener dificultad altura para respirar. Sin embargo, al deslizarse hacia la escalera se frotó distraídamente las manos y el cuello.

Luego, dándose aparentemente cuenta de lo que hacía, se dominó y dejó de frotarse. Aquella bomba de humo era de un tipo muy especial y había sido el objeto de muchos experimentos.

—¡Johnny! —llamó.

Savage se paró al pie de la escalera.

—¡Aquí! —contestó una voz ahogada. Era la voz de Johnny, aunque el sabio arqueólogo y geólogo usaba rara vez una palabra tan corta. Parecía estar arriba y en la parte delantera del edificio. Una lluvia de balas bajó por la escalera. Se echaba de ver que quienquiera que fuese que estuviera allá arriba, deseaba estar solo con el prisionero. Doc Savage sacó otra de sus poderosas y diminutas granadas.

—¡Le aconsejo que se aleje! —dijo al pistolero—. ¡Dentro de diez segundos no quedará gran cosa del sitio donde se encuentran ahora!

El hombre de bronce prestó el oído con cuidado. Nunca mataba ni hería a nadie de consideración, siempre que pudiera evitarlo.

Las balas seguían bajando.

Doc ajuntó el mecanismo de la granada y escogió una pausa en el tiroteo para lanzar el objetivo hacia arriba. Este cayó con un leve ruido metálico.

El pistolero huyó.

La casa tembló sobre sus fundamentos. Se oyó un estruendo horroroso y el humo, los listones y el yeso cayeron en lluvia. El yeso se desprendió del techo en el sitio donde se hallaba Savage, inundándolo dolorosamente.

Subió la escalera. El vestíbulo del primer piso estaba destruido y una puerta situada al final se hallaba hecha una ruina. La muchacha, Sylvan Niles, estaba tendida detrás de la puerta.

Yacía de bruces, sin conocimiento, y algo parecía haberla herido en la cabeza. Fragmentos de la puerta estaban desparramados por todo el cuarto y en la mano alargada la muchacha seguía empuñando un revólver.

Doc Savage se abalanzó sobre la muchacha, se dejó caer a su

lado y procedió a demostrar que un hombre puede simultáneamente hacer cosas completamente distintas con ambas manos.

Con la mano izquierda tomó el pulso de la muchacha, enterándose de que seguía viva, le volvió la cabeza y le abrió los ojos. Le movió la cabeza, manteniéndole los ojos abiertos.

La inactividad de sus pupilas durante la operación le dio la seguridad de que estaba desmayada. Con la diestra, el hombre de bronce abrió el revólver.

Este era del tipo que contienen cinco cartuchos y todos éstos habían sido descargados. El hecho de que el cañón seguía caliente probaba que los disparos se habían hecho recientemente.

Doc Savage cerró el revólver y volvió a ponérselo en la mano, tal como lo encontró. Irguiéndose, el hombre de bronce cruzó la estancia y descubrió que en otros tiempos debió servir de despensa.

Una escalera iba de aquel cuarto a la planta baja. Prestó el oído. Varios hombres salían de la casa y subían a unos automóviles. Doc no se dispuso a bajar la escalera, pues ellos creerían, sin duda, que iba a hacerlo.

Encontró una puerta que daba al lado de la casa en el cual se hallaban los automóviles. Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Se abalanzó sobre ella y, con un ruido de madera rota, se abrió. En medio de la habitación se veía un objeto extraño. Era más largo más ancho y más alto que un hombre. Era una caja, pero su madera parecía muy antigua e iba cubierta de símbolos cabalísticos pintados de rojo, de púrpura y oro.

Cualquiera muchacho que supiera algo de historia, habría comprendido de qué se trataba. ¡Era la caja de una momia! Un débil ruido salía de al caja, pero Doc Savage no le hizo caso.

Se abalanzó sobre una ventana e intentó abrirla, pero descubrió que estaba clavada. Se decidió entonces a romper uno de los cristales.

No sacó la cabeza afuera porque un enjambre de balas llegó, arrancando el resto de los cristales y aplastándose contra el techo. Otros proyectiles hicieron impacto en la pared de la casa.

Estos debían haber sido disparados por poderosos rifles. Una ametralladora de tipo ligero sembró sus balas por el cuarto. Por encima del fragor de la batalla se oía el ruido de los motores de dos automóviles.

Doc Savage se inclinó a la izquierda, sacándose al mismo tiempo otra granada del bolsillo. No hacía a menudo gestos inútiles, pero ahora se decidió a ello.

Tiró la granada, sabiendo muy bien que desde el ángulo en que se veía obligado a lanzarla no podía caer cerca de los coches. Sin embargo, la explosión surtiría quizá efectos morales sobre los ocupantes de los vehículos.

El ruido fue espantoso y la casa entera se tambaleó. Inmediatamente el tiroteo cesó y los coches se alejaron a toda velocidad. De la caja de la momia seguían saliendo extraños sonidos.

Doc Savage se arriesgó a asomarse a la ventana. Dos coches, el taxi con el agujero en la capota y el vehículo que Doc y Ham habían seguido hasta aquella casa, estaban en al carretera.

A juzgar por los saltos y tumbos que daban sus ocupantes, pasaban, sin duda, un mal rato. La carretera no se prestaba a una velocidad como la que llevaban. Doc se acercó a la caja de la momia.

Un breve examen de la misma le dio a entender que se trataba de una verdadera antigüedad. Por regla general, las momias no salen de sus cajas, y en la época en que se preparaban era sacrilegio tocarlas.

Así, pues, la caja carecía de cerradura, pero alguien la había cerrado rodeándola con una cuerda. Doc Savage desató la cuerda y abrió la tapa.

El hombre alto y huesudo que se sentó en el interior exclamó con voz entrecortada: —¡Que me superamalgamen!

En otros tiempos, William Harper Littlejohn fue profesor en una Universidad, pero en aquel preciso momento su aspecto no recordaba para nada el de un sabio catedrático. La única prenda de ropa que llevaba era una especie de taparrabo que se había hecho con una toalla de grandes dimensiones. El cabello le caía sobre los ojos y de la cabeza a los pies estaba cubierto de suciedad, de cardenales y sangre coagulada.

—¡Que me superamalgamen! —repitió, saliendo de la caja de la momia como si fuera el último sitio del mundo en el cual deseara encontrarse.

—¡Estás sin novedad! —exclamó Doc Savage.

—¿Acaso lo parezco? —preguntó Johnny, con tono indignado—. ¡Mi repuesta es no, enfáticamente no!

Pero en realidad estaba ileso.

Doc Savage contempló el sarcófago. Aunque éste no cerraba herméticamente, poco le faltaba para ello.

—No has estado dentro mucho tiempo —dijo, haciendo constar un hecho obvio.

—No —confesó Johnny—. Te he oído llamar y he contestado. Entonces se me han echado encima, me han metido allí dentro y han atado la tapa. ¡Malditos sean! ¡Por poco me ahogo!

Aunque Johnny hablaba empleando palabras largas en muchas ocasiones, no acostumbraba hacerlo en presencia de Doc Savage y se puede decir que las reservaba para confundir a la gente de poca importancia.

—¿Te han torturado mucho? —preguntó Doc Savage—. ¿Qué es lo que querían saber?

—Querían saber exactamente lo que tú sabes de este endemoniado misterio —explicó Johnny—. Desde luego han perdido el tiempo…

—¿Que es lo que le has dicho?

—Todo cuanto sé —anunció Johnny—. Sabe exactamente a nada, de manera que no he tenido reparo en decírselo.

—¿No te han creído?

—¡Claro que no… y de ahí vino el pasearse arriba y abajo por mi pecho! También me propinaron patadas me arrancaron cabellos y empezaban a tirarme cerillas encendidas a los ojos cuando llegaste.

Doc Savage asintió con la cabeza. El sarcófago parecía interesarle, y lo movió. Se veía un agujero redondo de unas dos pulgadas, practicado en el suelo directamente debajo del mismo. El agujero estaba vacío.

Doc Savage examinó el fondo del sarcófago y descubrió otro agujero algo mayor que el del suelo. Miró por éste, pero era demasiado oscuro para ver nada.

—¿Hablaron mucho? —preguntó el hombre de bronce.

—¡Demasiado! —dijo Johnny—. Hablaban sin parar… unas verdaderas cotorras.

—¡Hacían alusiones?

—¡Ningún hombre ni grupo de hombres puede hablar tanto

como ellos lo hacían sin hacer alusiones!

Doc Savage estaba examinando el interior del sarcófago.

Se sacó un cortaplumas del bolsillo y empezó a rascar. Esto reveló el hecho de que la caja, en otros tiempos, había sido partida. Continuó rascando hasta descubrir las junturas.

—¿Cuántos hombres había en la banda que te cogió?

—No sé —contestó Johnny—. Eran numerosos, pero entraban y salían constantemente.

—¿Una docena?

—Por lo menos.

Doc Savage se sentó a un lado del sarcófago abierto y colocó los pies contra el otro. Se dispuso a hacer uso de su fuerza.

—¿Sabes algo de Monk? —preguntó.

—¿Acaso han cogido a Monk? —gimió Johnny.

—Sí.

¡Que me superamalgamen! —gimió Johnny.

El hombre de bronce hizo un leve esfuerzo y el sarcófago crujió, pero no cedió. Cambió de posición con el fin de usar más ventajosamente su gran fuerza.

—¡No he oído una palabra de Monk! —dijo sombríamente Johnny.

—Hemos de encontrarle —dijo Doc Savage—. Es lo primero que hay que hacer.

Johnny asintió y se humedeció los labios. Luego, señaló la caja de la momia.

—Hay algo extraño aquí —dijo—. Antes de ahora ya sospechaba que mi cerebro no era el mayor del mundo, pero ya no queda la menor duda de que es el más obtuso. Me han puesto en esta caja varias veces; luego me han sacado y me han llevado a otro cuarto. ¡No he podido comprender lo que eso significaba!

Doc le dio media vuelta y continuó su obra de destrucción hasta que estuvo a pedazos.

Johnny miraba con el mayor interés. Se inclinó y escudriñó con cuidado la caja. Si hubiese habido un grano de polvo, lo habría visto.

—¡Alguien está loco! —rezongó.

El fondo y parte de los lados de la caja de la momia estaban huecos, pero no contenían nada.

—¿Has estado en este cuarto todo el tiempo? —preguntó Doc Savage.

—No —contestó Johnny, frunciendo el entrecejo—. Pueden haber sacado algo de aquí sin que lo viera.

—Eso han hecho —le dijo Doc Savage.

—¿Eh? —exclamó Johnny—. ¿Tienes idea de lo que esto significa?

En vez de sacar al arqueólogo de dudas, Doc Savage hizo un gesto.

—Ahí en el vestíbulo hay alguien que tal vez te interese ver.

Johnny asintió, se encaminó a la puerta, pero se detuvo por el camino.

—He olvidado decirte algo —dijo—, ... el nombre de su jefe.

—¿Lo has oído decir?

—Sí. Parecían tan seguros que no saldría de aquí vivo, que mencionaron el nombre.

—¿Quién es?

—Sylvan Niles. Sujeto muy sanguinario, a lo que deduzco, ese Sylvan Niles.

El hombre de bronce acompañó al maltrecho Johnny al sitio donde la muchacha yacía inconscientemente y la señaló.

—Aquí tienes a Sylvan Niles —dijo.

—¡Una mujer! —exclamó Johnny con voz entrecortada—. ¡Que me superamalgamen!

Doc Savage insistió:

—¿Estás seguro que el jefe de esa banda se llama Sylvan Niles?

—Esto es lo que su conversación me ha dado a entender —reiteró Johnny.

Sylvan Niles no daba señal alguna de vida.

—Espera aquí —dijo Doc Savage.

El hombre de bronce precedió a un registro minucioso de la casa y en particular del cuarto situado debajo del sarcófago. Se veía un gran agujero en el techo, y un montón de yeso yacía en el suelo.

Doc Savage apartó éste con el pie y examinó el suelo. No encontró nada de interés y prosiguió su examen de la casa. Era evidente que habían vivido en ésta, pero por poco tiempo, una semana o dos, todo lo más.

Este dato lo dedujo del estado de las latas de conservas vacías

que encontró y en las que quedaban todavía partículas de alimentos. También se hizo evidente que no quedaba nadie en al casa.

Doc Savage salió al patio que se extendía detrás del edificio y en el cual dejó al hombre a quien dominó. El individuo había desaparecido y como no se encontraba en estado de valerse de sus propias fuerzas, era lógico deducir que sus amigos le habían recogido al huir.

Doc volvió arriba.

William Harper Littlejohn estaba contemplando a la desmayada Sylvan Niles con sumo interés. Johnny resultaba una figura impresiónate, vestido con su toalla.

—Hay cortinajes abajo —le sugirió Doc Savage—. Tal vez te vistan un poco mejor que esta toalla. ¡Tus ropas parecen haber desaparecido!

—¡Dios de bondad! —exclamó Johnny—. ¡No me acordaba!

Johnny salió rápidamente, pisando con cuidado el yeso y las maderas rotas.

Regresó al cabo de unos minutos envuelto en una especie de toga que se hizo con algunas cortinas. Sus delgados brazos y piernas sobresalían, dando a quien lo veía la extraña impresión de que estaba hecho únicamente de huesos.

Doc Savage había abierto la ventana y estaba asomado a la misma. Johnny se dio cuenta de que estaba escudriñando el cielo.

—¿Hay algo allá arriba? —preguntó.

—¡Ham tenía que volver con el autogiro! —contestó Doc—. Parece haber desaparecido.

En aquel instante, Sylvan Niles se movió ligeramente y dejó escapar un suspiro. Al cabo de un instante, abrió los ojos y se sentó.

No habló y se limitó a mirar a Doc Savage y luego a Johnny. Parpadeó varias veces al ver a Johnny, como si su grotesca figura fuera algo enteramente nuevo para ella.

Johnny iba a hablar, pero Doc le impuso silencio con un ademán. Se quedaron contemplando a la muchacha. Esta miró en torno suyo y sin duda comprendió dónde se hallaba.

Contempló los destrozos de la granada y se tocó un chichón que tenía en la cabeza y que debía hacerle bastante daño.

Este gesto le hizo fijarse en el revólver que sostenía en la mano.

Inmediatamente amenazó con el arma a Doc Savage y a Johnny.

Este último gimió: —¡Debimos quitárselo, Doc!

—¡Quietos, los dos! —dijo secamente la muchacha—. ¡Voy a salir de aquí!

En vez de obedecer, Doc Savage avanzó sobre ella. Lo hizo lentamente, dándole amplia oportunidad de apretar el gatillo.

—¡Atrás! —gritó Sylvan Niles.

Doc siguió avanzando. La muchacha apuntó, se irguió y adoptó lo que era evidente quería que fuera una expresión de gran determinación; pero cuando Doc Savage estuvo casi sobre ella dejó caer el revólver.

—¡Tiene usted demasiada fe en su poder para leer en el carácter humano! —dijo secamente a Doc—. ¡Yo pude haber disparado!

Doc Savage no quiso decirle que sus probabilidades de disparar un arma descargada eran escasas. Recogió el revólver y lo tiró por la ventana.

—¿Qué le pasó? —le preguntó.

La muchacha parecía coherente en sus descripciones.

—Me dejó usted con Monk, el joven Alejandro Mandebran y ese marrano Habeas, frente al Miners´s Bulding —dijo—. Hacía pocos momentos que estábamos allí cuando un hombre se acercó, llamó en el cristal de la portezuela y dijo que traía un mensaje de usted.

Monk abrió la puerta. El hombre se las arregló para mantenerla abierta mientras otros hombres se acercaban rápidamente y nos cogieron.

—¿La amordazaron y le vendaron los ojos inmediatamente? —preguntó Doc, recordando que la había visto, así como a Alejandro Mandebran, sin mordaza ni venda alguna, en el coche que se alejaba.

—No —dijo la muchacha—. Lo hicieron más tarde.

—¿Y entonces?

—Me trajeron aquí. A Monk y a Alex Mandebran los llevaron a otro sitio… ignoro adónde.

Los malos tratos de que fue objeto impulsaron a Johnny a preguntar:

—Explíquenos cómo fue dejada aquí sin conocimiento, con un revólver en la mano.

—¡Me pegaron en la cabeza y me dejaron así!

—La historia no está mal —dijo Johnny.

La muchacha le miró, airada.

—¿Quién es usted, extraño saco de huesos?

Doc Savage hizo la presentación:

—Se llama William Harper Littlejohn, y se le conoce por el nombre de "Johnny"; es uno de mis ayudantes.

—Estoy chasqueada —dijo la muchacha—. ¡No parece sino que va al Parque Zoológico en busca de sus ayudantes!

Johnny favoreció a la muchacha con una mirada glacial, pero no volvió a dirigirle la palabra.

Doc Savage le preguntó: —¿Quiere usted hablar ahora?

—¡No!

—¡Simplificaría las cosas!

La muchacha meneó la cabeza y pareció pensar en algo. Señaló con la mano hacia el sótano.

—¿Han registrado ahí?

—Rápidamente —admitió Doc Savage.

—¡Tenían un escondrijo ahí debajo! —dijo la muchacha—. Algunos de ellos pueden estar ahí todavía. Más vale que lo miremos.

Doc Savage la ayudó a ponerse de pie y se hizo evidente que podía andar aunque estaba todavía débil. Sortearon el obstáculo que ofrecían los escombros de la parte alta de la escalera y bajaron.

El sótano no era muy grande. El suelo era de arcilla compacta y las paredes de viejos ladrillos. En el centro y subiendo como una fuerte columna, se hallaban los fundamentos de un hogar que, sin duda, se encontraba en la habitación de encima.

Al pie de éstos había una puertecita para quitar las cenizas.

La muchacha señaló la puerta con el dedo, diciendo: —Allí.

Doc Savage abrió la puertecita y miró hacia arriba. Se apoderó de una ramita y la introdujo en el interior, sin sacar otra cosa que hollín.

—Es allí —dijo la muchacha—. Se pasa por el lado de la chimenea o algo así.

Doc Savage rebuscó.

El que había construido el escondrijo había realizado un trabajo admirable.

La juntura era apenas perceptible, aun con un cristal de

aumento. El mecanismo que abría el escondite desafiaba a la persona más perspicaz.

Doc salió, se apoderó de una enorme piedra, volvió y la tiró contra la chimenea. En un momento descubrió un tablero, ancho como sus espaldas y casi tan alto como una cabeza.

Era de metal y estaba cubierto de ladrillos cimentados en su parte exterior.

Doc lo abrió. El escondrijo dejado al descubierto era angosto y su fondo se movía inseguro, pero unas cuerdas colgaban a un lado, indicando que se trataba de un ascensor o, mejor dicho, de un montacargas.

—¡Envía a la señorita abajo, detrás de mí! —dijo Doc.

El hombre de bronce entró en el ascensor, manipuló las cuerdas y se hundió, sin hacer mucho ruido. Alargó varias veces los dedos y tocó los lados de lados de cemento armado del pozo, con el fin de darse cuenta de la velocidad.

El ascensor bajó unos quince pies antes de detenerse; Doc sacó una lámpara eléctrica de su bolsillo. Las paredes que le rodeaban estaban cubiertas de maderamen.

Se trataba de una sola sala y no muy grande. Se veía allí un banco de carpintero y gran número de cajas. El banco estaba cubierto de herramientas.

También había allí un montón de papeles. Doc Savage se acercó y los estudió. Eran recibos de valores comprados y vendidos en la Bolsa de Nueva York y otros sitios. El nombre del interesado en cada caso era Sylvan Niles...

Sylvan Niles parecía ser un verdadero mago de al finanzas. En ningún caso había perdido dinero y en algunos, sus ganancias alcanzaban la cantidad de varios miles de dólares.

Doc Savage se acercó al ascensor y gritó: —¡Envía a Sylvan Niles abajo!

—¡Conforme! —gritó Johnny.

Un momento después, el ascensor que Johnny había vuelto a subir, bajó nuevamente y la muchacha salió del mismo.

Doc sostenía una lámpara en la mano y estudió su rostro a la luz de la misma, mientras la muchacha miraba lo que le rodeaba.

O estaba verdaderamente asombrada, o era una actriz de primer orden.

Johnny bajó a su vez.

—¿Que hay exactamente en este escondite? —preguntó, mirando en torno suyo.

—Se han llevado a cabo aquí algunos trabajos de construcciones mecánicas. Vamos a intentar darnos cuenta de lo que hacían.

Concentraron su atención en las cajas. Estas estaban abiertas y completamente vacías. Algunas contenían todavía paja y embalajes que sacaron y examinaron, sin descubrir nada de interés. No había siquiera un trozo de papel y las cajas no llevaban etiquetas. Los dos hombres se acercaron al banco y estudiaron las herramientas. Doc señaló un largo tablón de madera colgado encima del banco y, que, sin duda, sostuvo en otro tiempo gran cantidad de herramientas, pero en la actualidad estaba vacío.

—¡No han dejado huella alguna! —dijo el hombre de bronce.

—¡Yo! —estalló la muchacha—. ¡Nunca he visto estos papeles antes de ahora!

Johnny se acercó a los papeles, les echó una mirada y se quedó contemplando a la joven.

—¡Es preferible que nos dé una buena explicación! —le avisó.

—¡Me han engañado! —exclamó la muchacha—. ¡Alguien ha hecho uso de mi nombre en la Bolsa!

Johnny meneó la cabeza con expresión grave.

—¡Mala excusa!

Luego, como para estudiar más de cerca los papeles, Johnny recogió todo el legajo. El resultado de su acto fue desconcertante. Se oyó un ruido metálico que procedía de arriba.

Doc Savage se abalanzó sobre el túnel del ascensor y miró a lo alto. Una pesada tapa de metal acababa de deslizarse sobre la abertura, cerrándola.

Asiéndose con brazos y piernas a ambos lados del túnel. Doc se encaramó hasta la misma y empujó con toda su fuerza.

La tapa no se movió. ¡Estaban cogidos en la trampa!

La situación se había complicado.

Johnny estaba mirando el sitio donde los papeles habían estado, sobre la mesa. Dos alambres salían de la madera, alambres aislados, exceptuando su punta y que habían permanecido juntos por el peso de los papeles.

Al levantar los documentos, los alambres se habían separado,

ocasionando un corto circuito que, a su vez, provocó el cierre del túnel.

—¡Una trampa!

La muchacha permaneció callada.

Johnny se apoderó de un fuerte destornillador, se encaramó por el túnel del ascensor y forcejeó con la tapa, sin obtener resultado alguno apreciable.

Al fin, se dejó caer, agotado.

—¡Que me superamalgamen! —murmuró—. ¡En buen lío nos hemos metido! ¡Nunca podremos salir de aquí!

CAPÍTULO XIII

HAM TIENE DIFICULTADES

EL brigadier general Teodoro Marley Brooks se encontraba en aquel momento a bastante distancia del viejo caserón en el cual Doc, Johnny y Sylvan Niles se hallaban prisioneros. Además, Ham seguía alejándose del mismo, esperando que su autogiro no fuera visto por los ocupantes de los dos coches que recorrían las carreteras de Nueva Jersey a considerable velocidad.

En la parte posterior del autogiro, el mico favorito de Ham, Química, y el puerco de Monk. Habeas Corpus, estaban peleándose. Sus fuerzas estaban igualadas.

Habeas podía morder y usar sus fuertes patas Química, aunque bastante mayor, no tenía más que sus puños y sus dientes, menos peligrosos que los del puerco.

No resultaba difícil seguir a los coches, excepto cuando pasaban por pueblos. Afortunadamente, no cruzaron ninguna ciudad de importancia.

Los automóviles se metieron por un camino poco frecuentado y que pasaba por unos bosques. A veces, quedaban completamente ocultos por el follaje.

Ham sintió la tentación de volar más bajo, pero no lo hizo, comprendiendo que con la quietud de los bosques, aquellos hombres no dejarían de oír el ruido del motor del autogiro.

Los ojos le dolían intolerablemente a consecuencia del esfuerzo que hacía mirando constantemente con los anteojos. Luego, algo extraño ocurrió.

Los dos coches se salieron de la carretera metiéndose en un pequeño claro, rodeado de follaje. En aquel claro había ya dos automóviles que parecían de gran potencia. Los hombres se apearon

y cambiaron de coches.

Los nuevos automóviles volvieron por el camino seguido por los otros dos al llegar. Corrían a gran velocidad, y ya que dos coches rápidos que corrían uno tras el otro podían llamar la atención, se separaron cosa de tres cuartas partes de milla.

Resultaba mucho más difícil seguir a estos nuevos coches que a los dos anteriores. Ham sudaba a mares, pero pronto el lugar de destino de los automóviles se hizo evidente.

Se detuvieron al lado de las vías de un tren que corría entre Washington y Nueva York. Los hombres se apearon y se diseminaron a lo largo de los rieles, que en aquel lugar tocaban la maleza.

Ham creyó adivinar que manipulaban el sistema de señales del tren. Miró con atención para asegurarse que no arrancaban vías ni chocaban nada sobre las mismas que pudiese provocar un descarrilamiento.

Ya que en aquel distrito pasaban a menudo aeroplanos y uno más no llamaría la atención, Ham descendió a menor altura. Si aquellos hombres intentaban poner vidas humanas en peligro, él intervendría.

De otro modo, pensaba seguir siendo mero espectador. No era suficientemente optimista para creer que él solo podría capturar a la banda.

Hubo un buen rato de espera.

Apareció un tren que venía de Washington. Era uno de los trenes de tipo moderno y su velocidad sería de unas ochenta millas por hora.

Rebasando una curva, se acercó por el sector recto en el cual los hombres que Ham observaba, estaban apostados y algunas cosas empezaron a suceder.

Ante todo, la señal que se hallaba más próxima al tren cambió, señalando la parada. Luego, unos hombres siguieron a lo largo de la vía, enarbolando banderas rojas.

El conductor del tren aplicó los frenos y los largos coches se detuvieron. El conductor se apeó, con el fin de averiguar qué era lo que ocurría.

Unos hombres salieron de la maleza y se abalanzaron sobre él. Iban armados de revólveres y el conductor levantó las manos. Otros

individuos corrieron a lo largo del tren y penetraron en los coches.

Todo aquello ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Los bandidos no estuvieron en el tren más de dos o tres minutos; cuando reaparecieron, traían un prisionero. Este era un hombre más alto y grueso que sus asaltantes y mantenía las manos rígidamente en alto.

Le obligaron a subir a uno de los automóviles que estaban esperando y que arrancaron inmediatamente. Ham estaba enterado de que los trenes de aquella precisa línea de ferrocarriles estaban equipados con una emisora de radio, por la cual el tren en marcha podía comunicar con las estaciones del recorrido; Pero debió quedar inutilizada por los bandidos.

Un grupo de empleados uniformados salió de los coches y echó a correr hacia un cortijo algo distante, sin duda en busca de un teléfono. Ham no vió nada más, pues concentraba la atención en los dos automóviles.

Estos se encaminaban en línea recta al lugar donde se había operado el cambio de coches. En realidad, se hizo patente, al acercarse al sitio en cuestión, que los hombres intentaban volver a subir a sus primeros automóviles. Así lo hicieron y prosiguieron el viaje.

El autogiro estaba provisto de aparatos de radio, receptor y emisora. Ham enchufó el primero, que era de tipo universal, buscó la onda de la policía y antes de que trascurriera mucho tiempo, fue de que trascurriera mucho tiempo, fue recompensado con una información interesante.

—¡Llamamiento a la policía del Estado de Nueva Jersey! —dijo una voz por el altavoz—. ¡Buscad dos sedan negros sin placas, ocupados por una docena de hombres! Estos han detenido el tren de Washington a nueva York, llevándose a Samuel Gerard Crowell, secretario particular del senador Lorton, presidente del Comité de Revisión de Aranceles.

La voz seguía dando detalles de rutina para la busca de los dos coches. Esto no era muy importante, puesto que ambos vehículos estaban ya abandonados.

Ham reflexionó un buen rato sin llegar a ninguna conclusión. No acababa de entender qué valor tenía un prisionero como Crowell. Observando que los coches se habían metido en un establecimiento situado en la carretera, Ham alejó todo otro pensamiento de su

mente.

Se frotó los cansados ojos y una vez más usó sus fuertes anteojos. Lo que se veía era sin duda un campamento veraniego que consistía en un gran edificio principal y una porción de casitas más pequeñas, situadas todas a orillas de un pequeño lago.

Un detalle era interesante: una especie de cobertizo construido en la orilla del agua resultaba demasiado grande para contener meros botes.

Ham creyó adivinar que cobijaba un hidroavión. El elegante abogado prosiguió sus observaciones hasta estar seguro que los coches habían llegado a su destino. Vió encerrar a los automóviles en garajes.

Cerrando, entonces, el contacto, llevó su autogiro al centro de un campamento, donde los cegadores rayos del sol poniente evitarían que se observara la presencia de la nave aérea.

Aterrizó en el suelo llano de un arroyo seco, único lugar adecuado para dicha maniobra en aquel distrito poblado de árboles. Salió del autogiro y corrió hacia el campamento, seguido de cerca por Química y Habeas Corpus.

Un hombre se hallaba en el pórtico rústico del mayor de los edificios del campamento y una escopeta descansaba sobre sus rodillas. Quienquiera que lo hubiera observado, se habría dado cuenta que vigilaba con atención los alrededores.

Otro hombre estaba apostado de igual manera en el pórtico de la parte posterior de la casa y también éste iba armado. Entre ambos vigilaban con atención los alrededores.

De repente, se oyó ruido en la maleza a alguna distancia de la casa. Era como el rumor de una pelea, e iba acompañado de chillidos y graznidos extraños.

Verdaderamente, considerando la naturaleza de aquellos sonidos y el lugar de donde emanaban, resultaban sorprendentes.

En la selva virgen, infectada de puercos salvajes y micos, habrían tenido su explicación, pero era más bien difícil dar razón de los mismos entre aquellas colinas de Jersey.

—¡Bill! —gritó el sujeto del pórtico posterior—. ¿Qué demonios ocurre ahí?

—¡Es entre la maleza! —explicó Bill—. ¡Que me aspen si sé lo que es!

Tan asombroso y fuerte era aquel ruido que de pronto rasgó el silencio del apacible lugar, que los dos hombres se reunieron en el patio y se quedaron mirando la maleza.

—¡Tal vez se trata de una pareja de gatos salvajes! —dijo uno riendo.

—¿Los hay en Jersey? —preguntó su compañero, con seriedad.

El primer individuo resopló.

—¡Vamos! —dijo—. ¡A ver qué es eso!

Los dos hombres avanzaron entre la maleza con la escopeta a punto de disparar. Sin querer, ellos también hacían ruido al pisar ramas secas.

El ruido que habían oído cesó bruscamente y se oyó un sonido como si dos animales de no muy gran tamaño se alejasen a toda prisa. Los dos hombres corrieron adelante esforzándose por ver a alguna distancia.

Uno de ellos cayó y volvió a levantarse, blasfemando. No eran hombres del bosque y no les gustaba desgarrar sus ropas entre la maleza.

Se pararon y empezaron a saltar de aquí para allá como perros a la caza de conejos en una pradera. Sin embargo, no lograron descubrir a los autores del ruido.

—¡Tanto da! —dijo uno de los, encogiéndose de hombres—. Cualquier cosa ayuda a matar el tiempo en este rincón maldito.

Regresaron a la casa, volviendo a tomar sus posiciones en los respectivos pórticos, con al escopeta entre las rodillas.

No habiéndose alejado más que un momento y no viendo ningún cambio visible en el lugar, creyeron que todo iba bien…

En cambio, las cosas no iban bien, desde el punto de vista de los dos vigías.

Ellos ignoraban que Ham había logrado que los dos extraños bichos, Habeas y Química, fingieran una lucha. No se necesitaba para ello una habilidad extraordinaria. Habeas y Química estaban siempre dispuestos a palearse.

Aprovechando el ruido infernal que atrajo la atención de los dos vigías, Ham cruzó velozmente el claro y en la actualidad se encontraba en el interior del gran edificio.

Ham se metió por una ventana del sótano o de lo que él creyó será el sótano, pues con gran disgusto suyo, descubrió que la casa

descansaba sobre unos cimientos que se hallaban a una yarda del suelo y que la pared de roca de esos cimientos estaba provista de ventanas.

Ham estaba disgustado. Se había metido en un agujero del cual escaparía con dificultad. Permaneció acurrucado, comiéndose las uñas, hasta que sus ojos, acostumbrados a la semioscuridad, descubrieron algo interesante.

Sobre su cabeza, vió una trampa, recién hacha por lo visto. Alguien debió prepararla para poder escapar. Ham miró en torno suyo y se apartó de la ventana.

No viendo nada malo en ello, encendió un fósforo, con el fin de estudiar a las vigas del techo, sobre su cabeza, que estaban cubiertas de telarañas. Esas telarañas colgaban en algunos sitios y Ham descubrió un lugar que estaba casi limpio de los delgados hilos. Directamente debajo de este punto dio un golpe en el suelo con el puño. Tal como lo esperaba, se oyó un sonido a hueco. Ham rascó la tierra con sus manos y descubrió una tapa de madera.

La levantó y dejó al descubierto la boca de un túnel cuyas paredes estaban cubiertas de maderamen. Ham volvió a la trampa, aplicó el oído a la misma y sorprendió un débil murmullo; pero los que hablaban no parecían encontrarse en el cuarto de encima.

Ham empujó la trampa. Esta se levantó con dificultad y un momento después comprendió que se hallaban debajo de un sofá o de un mueble bastante grande y estaba cubierta con una alfombra.

Las voces resultaban completamente distintas ahora y se comprendían las palabras que pronunciaban.

Varios individuos estaban hablando y, por lo visto, discutían los asuntos de otro hombre que se encontraba en una situación apurada.

—¡Volverá en sí enseguida! —dijo uno de ellos.

—¡Claro! —rezongó otro—. ¡Si hubieses tenido cuidado con el enfermo…!

—¿Qué ha sido ese ruido afuera?

Alguien debió de ir a interrogar a los guardias, puesto que se oyó el ruido de pasos que se alejaban y regresaban al cabo de un momento.

—Dos conejos o algo así que luchaban en la maleza.

—¡Los conejos no luchan!

—Bueno, algo era. No tiene importancia. ¡Mirad! Nuestro amigo, el secretario del senador, vuelve en sí.

Ham adivinó la identidad del hombre a quien habían cloroformizado. Era el individuo que habían sacado del tren y que debieron cloroformizar con el fin de obligarle a estarse quieto.

Ham escuchó con atención. Oyó una serie de gemidos, propios de un hombre que vuelve en sí. También sorprendió una serie de golpes.

Era evidente que ayudaban a su víctima a recobrar el conocimiento.

—¿Está todo listo? —preguntó uno de los bandidos con ansiedad —. Es preciso ajustarlo todo antes de que…

—¡Cierra el pico! —le contestó el otro—. ¡Este tío no debe enterarse de qué se trata!

Una voz chillona empezó a tartamudear:

—¿Qué… qué significa este ultraje? —preguntó.

Ham decidió para sus adentros que se trataba precisamente del tipo de voz propio del secretario de un senador… la voz de un joven demasiado digno por su edad.

—¡Sabes de sobra por qué te encuentras aquí! —gruñó uno de los bandidos.

—¡Pero… pero… no puedo figurármelo! —balbuceaba el secretario del senador—. Nunca los he visto a ustedes antes de ahora. ¡Soltadme! ¡No tengo dinero para pagarles un rescate!

—¡No queremos dinero!

—Entonces, ¿qué es lo qué quieren?

—¡Venganza!

Hubo una corta pausa durante al cual el joven prisionero intentó comprender lo que ocurría.

—¡Venganza! —dijo—. ¡No comprendo!

Hubo un silencio. Ham se figuró las miradas airadas de los bandidos a su cautivo.

—¡Cachorro mentiroso! ¡Sabes muy bien de qué estamos hablando!

—¡No es verdad! —exclamó el prisionero.

—Ha ocurrido durante los últimos diez días —le dijeron.

—Pero no me acuerdo de nada —insistió el prisionero.

—Piénsalo bien —rezongó el otro—. ¡Ya te acuerdas, ya! Tal vez

no fue nada para ti, pero se trata de algo muy serio para un amigo nuestro. Lo estamos vengando, ¿comprendes?

Ham, que seguía atento la escena, se representó al prisionero recordando cuanto había hecho durante los últimos días.

Ham reflexionaba por su parte y llegó a la conclusión que esos hombres estaban representando una comedia, pues no eran muy buenos actores y se les conocía a la legua por aficionados.

¿Qué motivo les impulsaba? Ham no llegó a imaginárselo y era evidente que el problema resultaba igualmente insoluble para el prisionero.

—¡Por favor! —exclamó—. He pensado todo lo que he hecho durante estas últimas dos semanas. No recuerdo nada...

—¿Qué hay de ello? —preguntó una voz dura, aunque sin dirigirse al secretario del senador.

—Voy a ver —dijo uno de los hombres contestando a la pregunta.

Alguien salió del cuarto donde tenía lugar el interrogatorio. Tres o cuatro minutos trascurrieron, y le que había salido regresó.

—¡Todo va bien! —dijo el hombre que había salido.

—¿Qué significa esta locura? —chilló el prisionero.

El hombre de la voz dura rió de buena gana.

—¡Amigo, voy a pedirle excusas! —dijo—. Hemos cometido un error mayúsculo.

—¿Eso significa que se han equivocado de hombres?

—Lo has dicho, amigo.

—¡Les haré meter a todos en a cárcel por esto! —chilló el prisionero, recobrando de pronto el valor.

—¡Hem... m! —murmuró la voz dura—. En tal caso, tal vez sea preferible atarte una piedra al cuello y dejarte caer al lago en vez de soltarte.

Hubo un momento de silencio, preñado de horror para el prisionero.

—¡Oh, no! —exclamó éste—. ¡No hablaré de esto! Os dejaré tranquilos. ¡Prometido!

—¡Vendadle los ojos! —ordenó el jefe—. ¡Sacadlo de aquí!

El prisionero, nuevamente presa del mayor pánico, empezó a gritar desaforadamente, no callando hasta que una mano le tapó eficazmente la boca.

—¡Amordazadlo! —ordenó el jefe—. ¡Llevadlo fuera de aquí!
Arrastraron al joven fuera de la estancia.

CAPÍTULO XIV

EL HOMBRE QUE DESAPARECIO

HAM tenía confianza en la villanía y crueldad de los hombres que ocupaban la casa y estaba medio convencido de que acababa de oír una orden de asesinato.

¡Era preciso evitarlo! Empujó la trampa, y un mueble —un sofá — se apartó un poco, haciendo poco ruido merced a la gruesa alfombra que cubría el suelo.

Ham dejó caer lentamente la trampa hacia atrás y, en medio de más completo silencio, se encaramó a una habitación.

Apenas hubo puesto los pies en la misma, deseó no haberse precipitado tanto, pues unas palabras que oyó en el cuarto contiguo le dieron a seguridad de que no habría allí crimen alguno.

—¿No vas a liquidar al muchacho? —preguntó uno de la banda con tono ansioso.

—¡Que hombre! —contestó el individuo de la voz dura—. Vendadle los ojos, amordazadlo y llevadlo al otro extremo del Estado, dejándolo caer allí.

—Este es el mejor sistema —asintió el otro—. ¡Si se le matara, se armaría un jaleo de mil demonios!

En aquel instante, un hombre entró en el cuarto. Era evidente que llevaba papeles en la mano. Ham los oyó crujir.

—¡Bien! —dijo el hombre de la voz dura—. ¿Lo tienes todo en taquigrafía?

—¡Casi todo! Lo bastante para sacar un buen provecho.!

—¿Que dice?

—El comité de los derechos arancelarios va a recomendar que los derechos de importación del azúcar de Cuba queden reducidos en un cincuenta por ciento —explicó el hombre de los papeles—. Y

lo que el comité recomienda es cosa segura que quede aceptado por la Cámara, el Senado y el presidente. Esto significa que el arancel quedará reducido.

El de la voz dura se echó a reír.

—¡Estupendo! Voy a ponerme en contacto con el jefe enseguida, y en un momento tendremos corredores comprando todo las existencias de azúcar de Cuba.

—¿Cuánto crees que vamos a ganar con todo esto?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa?

—¡Espero que será más que el golpe de Jethro Mandebran!

—Tal vez —contestó el otro—. De todas formas esto es más legítimo. No vamos a robar el dinero. Si nos cogieran, dudo que puedan hacernos nada.

—¿Y por haber sacado al secretario del senador del tren? ¿No es un caso de rapto?

—Eso no es nada si se tiene un buen abogado. No hemos pedido rescate, ¿verdad…?

Y le hombre rió de buena gana para demostrar cuán sencillo era el asunto.

Ham estaba oyendo cosas interesantes y deseaba seguir oyendo. Decidió, en consecuencia, que era una buena idea volver a ocultarse bajo el suelo, pero la trampa se le escapó de la mano y cayó con todo su peso.

Si el techo de la casa se hubiese derrumbado, no habría podido hacer más estruendo. Un profundo silencio siguió a aquel ruido.

Luego, alguien lanzó unos juramentos y se oyeron pisadas rápidas, como si varios hombres se abalanzaran sobre la puerta de salida.

Ham era hombre prudente. Llevaba una de las cotas de malla de Doc Savage, pero a pesar de esto no tenía ganas de que aquellos individuos empezaran a tiros contra su persona.

Hundieron la mano bajo el sobaco, Ham sacó a relucir una de las famosas pistolas de Doc Savage. Apuntó a la puerta y el arma dejó oír un quejido ensordecedor al regar aquel lugar con balas misericordiosas.

El ruido de la pistola era tan formidable, que los bandidos se detuvieron en medio de su carga. Sin duda, habría unos rifles en el cuarto contiguo.

Los hombres los usaron para acribillar las paredes a balazos. Los listones y el yeso de los tabiques ofrecían escasa resistencia a su fuego. La práctica de las leyes proveyó a Ham con una mente ágil.

En todas las ocasiones pensaba rápidamente, pero se mostraba quizá superior aun en momentos de crisis, y dio prueba de ello en aquel apuro.

Cogió la trampa, la colocó en su sitio, la cubrió con la alfombra y puso el sofá en su lugar. Los tiros, los impactos de las balas, el ruido del yeso que caía y los aullidos de los hombres, cubrían cualquier otro sonido. Ham corrió luego a la ventana. Esta estaba cerrada. La abrió e hizo lo propio con la persiana. Esto lo hacía para dar la impresión de que había entrado por aquel camino. Los dos guardias apostados fuera extrañarían quizá que lo hubiese logrado sin ser visto; Pero eso era un problema.

Rápidamente, Ham tiró una silla al suelo, cerca de la ventana, con la esperanza de que el enemigo creería que era la causante del ruido. Ham respiró hondamente. Las balas llegaban a través de la pared, aquí y allá.

Únicamente la suerte quiso que no lo alcanzaran, aunque estaba bien protegido por su cota de malla y tan sólo una herida en la cabeza podía ponerlo fuera de combate.

Ham miró la pared opuesta, echó a correr, saltó al aire y tocó la pared con los pies. Se trataba de un tabique que daba a otra habitación que no era aquella donde se encontraban los tiradores.

El edificio había sido construido para pasar el verano y los tabiques interiores eran delgadísimos. Ham pasó a través del material de que estaban hechos, una especie de cartón pasta, hasta medio cuerpo.

Haciendo un esfuerzo, logró caer al otro lado. Se encontró en un pequeño vestíbulo, delante de una escalera rústica. Ham subió la escalera corriendo, encontró una puerta en lo alto de la misma y la abrió.

—¡Tú! —exclamó una voz que parecía la de un muchacho—. ¡Hablar del lobo y entonces…!

Ham miró a Monk, que estaba maniatado y tan bien sujeto por cuerdas, que le era imposible moverse.

—¿Quién habías creído que era? —preguntó Ham, sacando un cuchillo del bolsillo y empezando a cortar las cuerdas.

—¡Un ejército, a juzgar por el estruendo! ¡Ten cuidado con este condenado cuchillo! ¿Dónde está mi puerco?

—Anda por ahí cerca, con Química.

—¡Mala compañía se ha buscado! —rezongó Monk—. Suelta a este sujeto.

—¿Qué sujeto?

Monk señaló con el dedo y dijo: —¿Dónde tienes los ojos?

La parte superior del edificio era una buhardilla y, careciendo de ventanas, se hallaba en la penumbra. Ham parpadeó y descubrió una figura, en la que no se había fijado al entrar.

El individuo en cuestión era robusto, tenía los cabellos grises y unas mejillas rojas como dos manzanas. En circunstancias normales, habría sido un caballero de aspecto digno e importante; pero nada da al traste con la dignidad de una persona como el encontrarse atado de manos y pies.

Ham dio un salto y cortó rápidamente las ataduras del anciano caballero.

Este no estaba amordazado y habló.

—¿Cree usted que tenemos alguna probabilidad de salir de aquí con vida? —preguntó con bastante calma.

—¡Por supuesto! —contestó Ham, siempre optimista.

El caballero de edad se puso en pie, recobrando automáticamente parte de su dignidad. Ham, que era un verdadero perito en materia de indumentaria, observó que el traje del caballero era de excelente calidad y de corte inmejorable.

—¿Quién es usted? —preguntó Ham.

—Jethro Mandebran —contestó el caballero.

No era completamente necesario que Jethro Mandebran revelara su nombre.

Ham lo había adivinado, reconociendo al banquero desaparecido cuyo retrato publicó la Prensa. Ham miró en torno suyo, en busca de otros prisioneros, pero el resto del desván parecía vacío.

Abajo, la banda seguía aún disparando a través de las paredes. Las balas no llegaban a la parte superior de la casa, de manera que creían, probablemente, que Ham seguía abajo.

El hombre de la voz dura gritaba órdenes peligrosas, indicando a algunos de sus hombres que salieran y vigilaran la casa para evitar que nadie escapara de la misma.

—¿Dónde se halla su hijo Alejandro? —preguntó Ham a Jethro Mandebran.

El banquero cambió de expresión de un modo notable. Apretó los puños y sus mejillas palidecieron de una manera intensa.

—¡Mi hijo! —gritó con voz ronca—. ¿Acaso lo tienen en su poder?

Oyeron el grito desde abajo. Una bala de rifle traspasó el suelo con un silbido desagradable y pasó rozando a Monk. El químico dio un salto rápido a un lado.

—¡Si tienes en reserva algún truco de los tuyos —dijo a Ham—, ha llegado el momento de sacarlo a relucir! Estamos en un aprieto.

—No te apures y conserva la calma, amigo —le aconsejó Ham.

Elegante abogado se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de metal llena que contenía dos cintas de municiones para su pistola ametralladora.

Sin embargo, aquellas balas no estaban cargadas con la mezcla química que producía la inconsciencia. Lo que contenían era de una naturaleza más violenta.

Ham insertó el extremo de una cinta en su pistola ametralladora, corrió a la escalera, se inclinó sobre la barandilla y disparó. Apretó levemente el gatillo con el fin de no soltar más que una docena de tiros.

El resultado fue inesperado. Las habitaciones de la planta baja se llenaron de ruido, de astillas y de llamas rojizas. Fue como si el rayo hubiese tocado una docena de veces en el mismo sitio. Con no del todo extraordinaria, vistas las circunstancias, los hombres de abajo encaminaban todos sus esfuerzos a salir apresuradamente de la casa.

Uno de ellos gritaba que se había roto la pierna y pedía ayuda, amenazando a sus compañeros con disparar sobre ellos si no lo socorrían.

Ham disparó dos balas explosivas más, que estremecieron la casa y apresuraron el éxodo de sus ocupantes.

—¡Vamos! —dijo Ham a Monk y a Mandebran—. ¡Si les damos tiempo de organizarse, lo pasaremos bastante mal!

—¡Mi hijo! —exclamó Mandebran—. ¿Adónde se han llevado al joven Alejandro Mandebran?

—¡A otra parte! —explicó Monk—. Decían algo respecto a su

jefe, que quería interrogarlo.

—¡Vamos! —repitió Ham.

La escalera estaba en ruinas. Ham saltó ligeramente al piso inferior y abrió la marcha hacia el cuarto de la trampa, donde, con toda prisa, procedió a empujar el sofá, a apartar la alfombra y a levantar la trampa.

Se dejaron caer por la misma y Ham señaló la boca del túnel, que descubrió previamente.

—¡Ah! —gruñó Monk—. Podía haberme figurado que habría descubierto un agujero cualquiera...

Ham abrió la marcha, guardándose la pistola en la funda para que la suciedad no la encallara cuando empezó a deslizarse.

Hay algo tétrico en el acto de arrastrarse por un túnel tan angosto que con dificultad una persona pasa por el mismo.

Había momentos en que el fornido Monk, que iba a retaguardia, gemía que no podía seguir avanzando, y el pensamiento de lo que ocurriría si las paredes se derrumbaban les preocupaba a todos.

Ham, dominando un deseo poderoso de pasar por ahí tan deprisa como podía, no tardó en chapotear agua, experimentando la fea sensación de que el túnel estaba inundado.

Esto resultó inexacto, puesto que sólo se trataba de un charco formado por un escape de agua. Al cabo de bastante rato, Ham tocó una puerta de madera.

Tanteándola, encontró un picaporte, al que manipuló con cautela. No le sorprendió encontrarse en un gran edificio que contenía un hidroplano.

Este era de pequeñas dimensiones y no tenía más que un motor. Sin embargo, su aspecto era nuevo y parecía recién salido de la fábrica.

—¡Tenemos una suerte fenomenal! —dijo Ham, saliendo del túnel—. ¡Venid!

Corrió al aeroplano, seguido de Monk y Jethro Mandebran, que parecían muy aliviados. Empezaban atener la esperanza de escapar de allí.

—¡Es una verdadera ganga! —exclamó Monk.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando la portezuela del aeroplano se abrió, revelando la presencia de un hombre sentado en el suelo del camarote, con un rifle en la mano. A aquella distancia,

no podía errar el tiro.

—¡Es una ganga! —dijo el hombre—. ¡Si no lo creen así, hagan siquiera un gesto!

Ham, Monk y Jethro Mandebran se pararon en seco, incapaces, por lo visto, de encontrar una contestación adecuada.

El hombre del rifle dijo tranquilamente:

—Estas balas son de cuproníquel y atraviesan las cotas de malla de Doc Savage. Lo hemos probado para estar seguros.

—¿Cómo se han enterado de nuestras cotas de malla? —preguntó Ham entre dientes.

—Me quitaron la mía después de apresarme —rezongó Monk—. También Johnny llevaba la suya.

Jethro Mandebran aspiró fuertemente.

—¿Cargamos, a pesar de todo?

Si Ham y Monk consideraban la idea, la rechazaron cuando un hombre surgió de detrás de un tanque de gasolina colocado en un rincón, con dos automáticas en las manos, y otros hombres entraron en el edificio.

—¡Lo primero en que hemos pensado ha sido en vigilar este extremo del túnel! —dijo uno de los recién llegados riendo.

Se apoderaron de la pistola de Ham y le ataron las manos a la espalda con un pedazo de cuerda fuerte. Monk y Jethro Mandebran sufrieron el mismo tratamiento.

—¡Vamos a ver lo que hay que hacer con vosotros! —dijo uno de los hombres, saliendo a continuación.

Ham se volvió a Jethro Mandebran.

—¿Qué es lo que han hecho con usted? —preguntó.

—Esto es lo que me intriga —dijo Mandebran—. ¡Nada!

—¿Nada?

—Se han limitado a tenerme prisionero, preguntándome cosas relativas a los asuntos del Banco, etcétera. Ni siquiera contesté a sus preguntas; y, cosa extraña, no insistieron ni me torturaron.

Ham preguntó secamente:

—¿Y que me dice de los veinte millones que desaparecieron?

—¿Qué? —exclamó Jethro Mandebran, abriendo mucho los ojos.

—Esta cantidad ha desaparecido de su Banco —le informó Ham.

—¡Pero… qué…!

Jethro Mandebran se ahogaba. El más profundo horror se leía en

el rostro del pobre caballero.

—¡Qué...! —logró decir finalmente—. Esa cantidad se hallaba allí, pero nadie podía ponerle las manos encima sin estar enterado de algo que yo era el único en saber.

—¡Eso mismo piensan las autoridades! —hizo observar Ham.

Jethro Mandebran se irguió preguntando: —¿Quiere decir usted que me acusan?

—La Policía no sabe a qué atenerse —admitió Ham.

En aquel momento entraron cuatro hombres, se apoderaron de Jethro Mandebran y se lo llevaron.

Monk Y Ham cambiaron miradas de asombro. Unos cinco minutos después, los cuatro hombres volvieron a entrar.

—¿Qué habéis hecho con Mandebran? —preguntó Monk con inquietud.

Los hombres no contestaron, pero su aspecto, cuando pusieron las manos sobre Monk y Ham, era poco tranquilizador.

A Ham no le gustaba el cariz que tomaban las cosas, y un pensamiento horrible se le ocurrió. Aquellos hombres no parecían asustados y era increíble que no le tuvieran miedo a Doc Savage.

¿Significaría, acaso, que habían logrado apoderarse de Doc? ¿Lo habrían hecho desaparecer?

CAPÍTULO XV

EL HOMBRE CONTRAHECHO

DOC Savage no había sido eliminado, pero se encontraba en una situación apurada. Encerrado con Johnny y Sylvan Niles en los sótanos de la vieja casa de campo, todo escape se hacía imposible para él.

Ya que no podían mover la tapa del túnel, intentaron abrirse paso al lado.

Para arrancar la tierra emplearon como herramientas los gruesos tornillos que sujetaban el banco de carpintero y trabajaron por turnos. Johnny, que había trabajado un rato, se dejó caer fuera del agujero.

Doc Savage trepó en el túnel. Se había arrancado los tacones de goma de los zapatos, los cortó a hojas con su cortaplumas y los ató alrededor del tornillo más largo, con ayuda de la manga de su camisa.

Aisló de tal modo el tornillo de hierro, como medida de precaución. Cuando hubo recobrado la respiración, Johnny empezó a hacer preguntas a Sylvan Niles.

En ello ocupaba sus ratos de descanso, sin haberse enterado todavía de nada nuevo.

—¿Cómo se han metido usted y Hande Lancaster en este asunto? —preguntó.

—No nos hemos metido —dijo la muchacha—. Nos metieron sin querer.

—¡Cómo es eso?

—Debido a la falsedad y a la maldad de quien se decía amigo nuestro —replicó la muchacha.

—¿Se refiere al joven Alejandro Mandebran?

—Me refiero a quien crea usted que sea.

—¡Hable concretamente! —suplicó Johnny.

—Fuera debe hacer un día espléndido, ¿no le parece?

Johnny gruñó por lo bajo. Sabía que la muchacha no le contestaría ya más que cosas sin sentido alguno.

Inesperadamente, Doc Savage se dejó caer al suelo. La punta del tornillo tenía el mismo aspecto que si se la hubiese expuesto un rato a la llama de un soplete. Un humo azulado salió del hoyo.

—¿Electricidad? —preguntó Johnny.

El hombre de bronce asintió.

—Corriente de alta tensión traída por una red de alambres aislados.

Johnny miró hacia el agujero con aire de duda. Maquinalmente se llevó la mano al pecho, al sitio donde, por regla general, colgaba su monóculo.

Esto, además, traducía su preocupación.

—¿Podemos cortar los hilos? —dijo, esperanzado.

—Es imposible con las herramientas de que disponemos —declaró Doc Savage—. Este tornillo está envuelto en cuanto poseemos respecto a material aislante. No basta. Al tocar los hilos he experimentado una sacudida terrible.

Johnny frunció el entrecejo.

—¿Esto significa que no podemos seguir trabajando?

—No —dijo Doc—. Pero tendremos que intentar algo que, tal vez, nos entierre vivos.

—¿Qué es?

Doc Savage miró a la muchacha:

—¿Quiere usted correr el riesgo?

—Me parece que sí —replicó ella—. Sí estamos aquí cuando esos hombres vuelvan, podemos hacernos el hara kiri.

Sin añadir otra palabra, el hombre de bronce se puso al trabajo. Sacó de uno de los bolsillos de la chaqueta una de las granadas que un momento antes habían causado tantos destrozos en el piso superior.

La abrió, destornillándola con cuidado. Doc completó la operación sin consecuencias desastrosas. El explosivo, una vez que lo tuvo en la palma de la mano, se parecía a un puñadito de grasa.

Doc se encaramó por el túnel e introdujo la sustancia en las

grietas que rodeaban la tapa de metal.

Con alguna dificultad, logró colocar el detonador al lado del explosivo.

—¡Atrás! —gritó.

Un instante después, lo había dejado todo preparado para la explosión. Se dejó caer al suelo y corrió al otro extremo de la habitación, protegiéndose la cabeza y la cara lo mejor que pudo con los brazos.

Johnny y Sylvan Niles lo imitaron. Se oyó un estampido como si dos planetas hubiesen chocado entre sí.

Sintieron distintamente la sacudida sobre sus cuerpos, una presión repentina y violenta, que los dejó extrañamente conmovidos. Al tierra y los escombros caían en lluvia en torno suyo. Doc se irguió y corrió a la boca del túnel.

—¡Que me superamalgamen! —tartamudeó Johnny, reuniéndose con él.

El túnel vertical se había derrumbado. Su parte inferior estaba completamente bloqueada.

Empezaron a excavar furiosamente. El polvo les atenazaba la garganta y se veían obligados a alejarse a ratos para ir a respirar el aire relativamente puro del fondo de la habitación.

Johnny sudaba a mares. La muchacha estaba pálida y seria. La explosión había despedido un humo que los mareaba y les hacía llorar los ojos.

Volvieron a excavar y no tardaron en descubrir que la explosión había destrozado la tapa metálica que cerraba el túnel. Cuando finalmente salieron arrastrándose del sótano, era de noche.

Respiraron hondamente, tosiendo para librarse del polvo y sacudiéndose la ropa.

—¡Si usted conoce una palabra rimbombante que quiera decir “¡hurra!” puede usarla —le dijo Sylvan Niles a Johnny.

—Cuando salamos a la luz, si todavía es de día, haré lo que pueda —contestó Johnny.

—¡Tal vez esto ayude! —sugirió una voz airada.

Las luces eléctricas se encendieron. Las bombillas eran de treinta y dos voltios y la corriente provenía de una pequeña instalación eléctrica del tipo usado por los granjeros, de manera que el alumbrado no resultaba particularmente brillante.

Sin embargo, la luz bastaba para revelar la presencia de Hande Lancaster.

En ninguna ocasión Hande Lancaster resultaba de buen ver. Su cuerpo rechoncho, su enorme cabezota, sus brazos y piernas largas y delgadas, le prestaban un aspecto extraño.

Además, su expresión habitual era la de un hombre que acaba de comerse un níspero verde. En aquella ocasión, su expresión resultaba más amenazadora todavía, pues en la mano sostenía un enorme revólver azulado.

—¡Hande! —exclamó muchacha—. ¿Cómo ha descubierto esta casa?

Las facciones de Hande Lancaster se contrajeron.

—¡Tenía un prisionero! —gritó, dirigiéndose a la muchacha.

Ella asintió.

—¡Sí! El hombre que Doc Savage dominó en la vieja fábrica. Se lo llevó usted mientras perseguía a sus compañeros.

—¡Me he enterado de esta casa por el prisionero! —gritó Hande Lancaster—. ¡He necesitado tiempo para ello! He llegado aquí y estaba registrando la casa cuando he oído aquella explosión. He esperado sencillamente para ver quién salía…

Doc Savage cambió de posición y Hande Lancaster lo amenazó con su revólver.

—¡Quieto ahí!

Doc Savage se quedó mirando al extraño individuo que hablaba a gritos.

—¡Toma usted una actitud equivocada, Lancaster!

—¡He pasado mi vida trabajando en algo que puede cambiar la actitud del género humano en peso! —aulló Hande Lancaster—. ¡Me lo han robado! ¡Los indecentes que lo tienen lo usan para robar dinero!

—¿Quiere usted aceptar mi ayuda para recuperar su invento? —preguntó Doc.

—¡No!

—Esto implica que está proyectando alguna acción reprensible. Tal vez esos hombres se le adelantaron…

Hande Lancaster chilló muy indignado:

—¡Por menos de diez centavos le pegaría un tiro!

Sylvan Niles interrumpió rápidamente, intentando calmar la

tormenta.

—Hande y yo hemos gastado hasta el último centavo que poseíamos haciendo experimentos —explicó la muchacha—. La idea de Hande vale una fortuna. ¡Hará un bien enorme a la civilización!

—¡Es el mayor invento de la Historia! —gritó Hande Lancaster.

—¡Exactamente! —dijo la muchacha—. Y queremos que se nos pague por ello. Llámenos usted codiciosos, si quiere…

Johnny estaba mirando las manos de Doc Savage. Los dedos del hombre de bronce se habían movido levemente, como si estuviese nervioso, pero tal no era el caso. Estaba formando palabras en el lenguaje de los sordomudos, que tanto él como sus ayudantes conocían a la perfección y que usaban para entenderse sin ser observados.

—¡Son ustedes unos malvados! —gritó Johnny, obedeciendo a la indicación que Doc Savage le acababa de hacer por signos.

Hande Lancaster volvió el cañón de su revólver hacia Johnny. Con la rapidez del rayo, Doc Savage saltó, adelante y cogió Hande Lancaster por la muñeca.

CAPÍTULO XVI

EL HOMBRE DE BRONCE SE MUEVE

CINCO minutos después, Doc Savage, Johnny. Sylvan Niles y Hande Lancaster se encontraban todos en el coche de este último, un sedan de grandes dimensiones, bastante deslucido, pero que parecía poseer un motor estupendo.

En la parte trasera del coche había un baúl bastante grande. Doc Savage empuñaba el volante y Sylvan Niles estaba sentada a su lado.

En el asiento posterior Johnny cuidaba bastante rudamente de Hande Lancaster, que acababa de volver en sí, después de recibir un derecho en la mandíbula que Doc Savage se vió en la obligación de propinarle.

Hande Lancaster abrió los ojos, parpadeó repetidas veces y adoptó una expresión feroz. Siendo como era su expresión usual, no parecía estar especialmente enfadado.

—¡Una actitud antibelicoso tiene un valor inapreciable! —dijo Johnny.

Hande Lancaster arrugó la frente y parpadeó nuevamente.

—¡No usaban palabras como esas cuando yo iba a al escuela! —rezongó.

—¡Si es usted listo no se pondrá tonto! —prosiguió Johnny, expresando su pensamiento en palabras más sencillas.

Hande Lancaster resopló, pero sin duda comprendió que el consejo era bueno y permaneció quieto. Doc Savage guiaba el coche a gran velocidad y con suma destreza.

Al llegar a un pueblo, Doc detuvo el automóvil, dejó a Johnny en el mismo con el fin de vigilar a su otros dos ocupantes y entró en una tienda para comprar un periódico.

Salió del establecimiento leyéndolo y al llegar al lado del coche, lo alargó, presuroso, a Johnny.

—¡Lee esto! —le dijo.

Johnny comprendió que el hombre de bronce se refería al título en grandes letras que decía lo que sigue:

UNA BANDA DETIENE UN RAPIDO RAPTANDO AL SECRETARIO DE UN SENADOR

Hande Lancaster se inclinó hacia delante y leyó el título y parte de la historia que seguía. Esta explicaba que el senador era presidente del comité de revisión del arancel del azúcar.

—¿Quiere decirnos lo que esto significa? —le preguntó Doc Savage.

Hande Lancaster se limitó a mirar.

—Se lo voy a decir —dijo de pronto la muchacha—. Vale la pena si podemos apartar a esa banda de...

—¡Cállese! —chilló Hande Lancaster.

—¡Piénselo bien! —le dijo la muchacha—. Esos hombres tienen la oportunidad de hacer millones...

—No roban a nadie, ¿verdad? —replicó Hande Lancaster.

—¡Sí que lo hacen! —aseguró la muchacha—. Ese secretario del senador sabe probablemente lo que va a hacerse con el arancel del azúcar. ¡Esos hombres se apresurarán a comprar o a vender azúcar y sacarán de ello un beneficio que en buena ley debería ir a parar a la gente que produce y trafica con el azúcar!

—¡Cállese! —repitió Hande Lancaster.

Sin decir una palabra, Doc Savage se sentó al volante y puso el coche en marcha, dirigiéndose al centro de Nueva York. Si la muchacha y Hande Lancaster esperaban que les hiciera preguntas, se llevaron un chasco, puesto que ni siguiera les dirigió la palabra.

Doc fue en línea recta al rascacielos donde tenía su aposento. No dejó el sedan de Hande Lancaster en el garaje del sótano, sino que lo paró en una calle lateral, cerca del rascacielos.

Sin dificultad alguna, Hande Lancaster y la muchacha acompañaron a Doc Savage y Johnny al interior del edificio.

Era significativo el hecho de que ni Lancaster ni la muchacha, ambos prisioneros, llamaran a un policía en su ayuda, aunque pasaron a pocos pasos de uno que por cierto saludó cortésmente a Doc Savage.

Subieron al piso ochenta y seis en el ascensor particular de Doc, salieron al pasillo modernista y se acercaron a la puerta de metal que daba acceso a la oficina de Doc Savage.

—Espérenme aquí —dijo Doc.

Dejando a los demás algo atrás, Doc entró en el salón de recepción. Allí hizo algo que habría sorprendido a Johnny si lo hubiese visto.

Doc sacó un revólver de aspecto ordinario de una caja. Lo llevó a la biblioteca, escogió un sillón grande y tapizado y ocultó el revólver debajo del almohadón, donde no se le veía, pero era seguro que alguien que se sentara en el sillón lo notaría. Doc salió e hizo entrar a sus compañeros.

—Quería cerciorarme de que no había nadie oculto aquí dentro —les dijo.

Doc llevó a Hande Lancaster y Sylvan Niles a la biblioteca, les señaló unas sillas y dijo:

—¡Siéntense!

Hande Lancaster ocupó el sillón que estaba a su alcance cuando Doc Savage hizo su invitación. La causalidad quiso que se tratara del sillón en el cual estaba oculto el revólver. Johnny salió de la habitación con el fin de ir a vestirse, pero no tardó en regresar. Acercándose al teléfono, Doc Savage pidió conferencia.

—Deseo hablar con el senador Lorton, presidente del comité senatorial de revisión de los aranceles —dijo el hombre de bronce.

La espera fue bastante corta para poner de relieve la eficiencia de las comunicaciones telefónicas modernas.

Doc Savage reveló su identidad al senador Lorton. Era evidente que su nombre y reputación eran familiares al legislador, pues no hubo negociaciones preeliminares antes de que Doc se embarcara en la explicación del asunto que le preocupaba.

—Su secretario Samuel Gerardo Crowell ha sido raptado esta tarde por un grupo de hombres sin escrúpulos que desean saber lo que el comité senatorial ha decidió hacer respecto al arancel del azúcar —dijo el hombre de bronce.

—¡Es exacto! —contestó el senador Lorton—. Pero no han hecho preguntas a mi secretario respecto a esta cuestión. Acabo de hablar con él —sus secuestradores lo han puesto en libertad hace poco— y declara explícitamente que no miente.

—Sin embargo, es probable que le hayan arrancado esa información —dijo Doc Savage—. ¿Me conoce usted lo suficiente para creer en mi palabra de que han obtenido esa información?

El senador vaciló un buen rato.

—Presumo que sabe usted lo que dice.

—Los hombres que han obtenido esa información proyectan sin duda hacer uso de la misma para realizar operaciones en el mercado del azúcar. Si se altera el arancel, todo el azúcar que compren ahora podrá ser vendido más caro al cabo de poco tiempo. ¿No puede usted evitar eso?

¡Desde luego! —dijo el senador Lorton—. Explicaré al comité que hemos de guardar este proyecto en cartera por un período indefinido. ¿Bastará con esto?

—Sí —contestó Doc—. Y muchas gracias.

—Me gustaría saber más del asunto.

—Se enterará usted luego —le aseguró Doc—. Más tarde.

La conversación finalizó.

Durante ésta, le hombre de bronce había vigilado las ventanas, aunque poco interés despertara en él el paisaje, pero veía la figura de Hande Lancaster reflejada en una de ellas.

Doc vió que Lancaster se sobresaltaba levemente y a continuación metía la mano entre el almohadón y el armazón del sillón en el cual estaba sentado.

Hande Lancaster había descubierto la presencia del revólver.

—Vuelvo dentro de unos minutos —dijo Doc Savage a Johnny.

El geólogo ocupaba una silla cerca de la ventana. Se había apoderado de una pistola ametralladora que sacó de las alacenas del laboratorio en las cuales guardaban las armas. No la sostenía entre sus manos, sino que la colocó sobre una mesita, al lado de su silla.

Si necesitaba el arma, no tenía más que alargar la mano para cogerla. Doc Savage dejó a Johnny sentado allí, vigilando a los dos prisioneros y entró en el laboratorio.

Una vez allí, Doc se movió rápidamente, corriendo al fondo de la vasta estancia, donde manipuló unos cerrojos ocultos y abrió un tablero de la pared.

Doc entró por la abertura, que se cerró detrás de él. Habría sido preciso una lupa para descubrir el sitio por donde había desaparecido.

En la biblioteca, Johnny vigilaba tranquilamente a sus dos prisioneros.

Ninguno de los dos habló, pero ambos parecían preocupados. Hande Lancaster parecía estar rascándose el muslo derecho.

—¡La función cerebral es oportuna! —sugirió Johnny.

—¿Eh? —contestó Hande Lancaster, que no parecía comprender la fraseología de Johnny.

—¡Piénselo bien! —tradujo Johnny—. Si tiene sentido común, se decidirá a aliarse con Doc Savage. Únicamente los ladrones se apartan del hombre de bronce.

Esta última observación carecía de tacto y arrancó una mirada de indignación de Sylvan Niles.

—¡No soy una criminal! —dijo secamente—. ¡Ya debió usted haberlo comprendido!

—Sus actos no han indicado eso precisamente —le recordó Johnny.

—Y esto, ¿qué es lo que indica? —preguntó repentinamente Hande Lancaster.

Johnny miró y se quedó tieso. Hande Lancaster le amenazaba con un revolver cuya presencia en su mano olía a magia negra para Johnny, puesto que el geólogo no había visto a Hande sacar el arma del sillón en el cual estaba sentado.

—A menos de que se figure que está a prueba de balas, es preferible que no se mueva —dijo Hande Lancaster—. Y no intente sacar esa pistola que lleva en la manga.

Johnny no estaba completamente desprovisto de prudencia y permaneció quieto. Hizo cuanto pudo por mirar en las cámaras del revólver, con el fin de ver si el arma estaba cargada, pero la luz era deficiente.

—¡Sylvan, tome su revólver! —ordenó Lancaster.

La muchacha hizo lo que se le decía.

Mande Lancaster suspiró de alivio cuando Johnny quedó desarmado. Se levantó de su sillón, se acercó y apretó el cañón de su revólver en el hueco del estómago de Johnny.

—¡Nos lo llevamos en rehenes! —dijo.

La muchacha objetó: —¡Esto no hará más que complicar nuestra situación!

—Cállese —ordenó Hande Lancaster—. De ahora en adelante,

voy a seguir un sistema distinto. La gente tendrá que dejar de atropellarme si sabe que es lo que le conviene.

—Nadie le ha atropellado —dijo Sylvan Niles con tono glacial.

—Le parece que no, ¿eh?

Johnny se vió obligado a andar hacia la puerta. Hande Lancaster logró vigilarle al mismo tiempo que la puerta del laboratorio. Era evidente que temía la llegada de Doc Savage, pero el hombre de bronce no se presentó.

Cinco minutos después, Johnny estaba en el viejo sedan de Hande Lancaster y éste se ponía en marcha. El sedan fue en otros tiempos un coche suntuoso.

Estaba muy bien tapizado, aunque el paño estaba gastado y necesitaba una limpieza. Había un reloj en el respaldo del asiento delantero de manera que los que viajaban detrás podían leer la hora sin alargar penosamente el cuello.

Era un reloj eléctrico y funcionaba. Volvió a darse cuerda con un clic bastante fuerte que llamó la atención de Johnny sobre la hora.

Más tarde, el mismo ruido se reprodujo y Johnny se fijó en que había transcurrido exactamente media hora. Era evidente que el reloj era viejo o no habría tenido necesidad de renovar la cuerda tan a menudo.

Resultó que esta actividad del reloj fue lo único en que Johnny pudo basarse para juzgar el transcurso del tiempo, puesto que cuando salieron de los límites de la ciudad, vendaron los ojos del geólogo, obligándole a tenderse en el fondo del coche.

Estuvo allí, escuchando el ruido del motor e intentado adivinar la velocidad que llevaba el automóvil. Esto era difícil, pues se trataba de un motor viejo y ruidoso que sin duda parecía ir a mayor velocidad de la que llevaba.

En una ocasión, el coche hizo un viraje brusco y corrió unos segundos por lo que sin duda era un camino transversal y desigual.

Se paró y estuvieron allí un momento. Hande y la muchacha hablaron poco y lo que dijeron no aclaró mucho el asunto para Johnny.

—Hande —dijo Sylvan Niles—. Creo que andamos equivocados.

—Deje eso de mi cuenta —replicó Hande Lancaster.

—Debimos explicarle toda la historia a Doc Savage —dijo la muchacha—. Es probable que de todos modos la descubra.

—¡Si de mí depende, no lo hará!

Después de eso reinó el silencio. El motor del coche estaba recalentado y Johnny oyó el agua del radiador hervir un rato. Finalmente este ruido también desapareció, pero Johnny no creía que se hubieran parado a causa de ello.

Una frenada casual de Hande Lancaster le dio a entender que había adivinado.

—¡Nadie nos sigue! —dijo Lancaster—, he vigilado la carretera y no hay ningún aeroplano a la vista. Podemos seguir adelante:

—¿Adónde vamos? —preguntó la muchacha.

—Voy a enseñárselo —contestó Hande Lancaster—. ¡He encontrado un lugar estupendo!

El coche volvió a la carretera que estaba asfaltada. A pesar de tener los ojos vendados, Johnny notaba la diferencia entre el asfalto y el hormigón.

Las losas de hormigón tienen junturas a intervalos, que hacen saltar levemente las ruedas de los coches al pasar por encima produciendo así el traqueteo del coche.

El reloj necesitó dos veces cuerda entes de que el automóvil se detuviera finalmente.

CAPÍTULO XVII

TELEPATIA MENTAL

JOHNNY, que seguía con los ojos vendados, fue sacado del coche. Hande Lancaster parecía tener mucha fuerza a pesar de estar contrahecho.

Johnny intentó mirar por debajo de la venda, pero no le fue posible. Respiró hondamente y la muchacha debió comprender que intentaba recoger algún olor que le ayudara a identificar el lugar en el cual se hallaba.

Le cogió rápidamente por la nariz y le obligó a respirar por la boca.

—¡Voy a arreglar esto! —dijo Hande Lancaster.

Un momento después, echaba una pequeña cantidad de gasolina a la cara de Johnny. El fuerte olor de este producto cubrió todos los demás.

—¡Sería más sencillo dejarlo son conocimiento! —rezongó Hande Lancaster.

No lo hizo sin embargo, sino que levantó a Johnny en vilo y se lo llevó.

Johnny se sorprendió al ver que Hande Lancaster caminaba bastante tiempo.

Finalmente, al notar repetidas sacudidas, Johnny decidió que lo bajaba por una larga escalera. Notó distintamente un olor a tierra húmeda y creyó comprender que le llevaban a una cueva subterránea.

De no haber tenido los ojos vendados, Johnny se habría llevado una sorpresa enorme y también habría dudado de su poder de deducción.

Es cierto que Hande Lancaster había andado bastante, pero lo

había hecho describiendo un círculo. Luego, dando una serie de saltitos, logró dar la impresión a Johnny que habían bajado una escalera cuando en realidad seguían al mismo nivel.

La muchacha recogió un puñado de tierra húmeda y la sostuvo cerca de la nariz de Johnny para que éste notara su olor por encima del de la gasolina.

Aunque convencido que se hallaba bajo tierra, Johnny notó que le llevaba por un suelo de madera y que pasaban por una puerta.

Se oyó el ruido de pisadas sobre metal y dejaron caer a Johnny sin miramiento alguno sobre un duro suelo de acero.

Le quitaron la venda de los ojos. Johnny vió la pared de acero de una pequeña alcoba que apenas tendría más de ocho pies cuadrados.

El metal había sido pintado en oros tiempos, pero en la actualidad la pintura se caía a pedazos y el metal estaba bastante oxidado.

Sylvan Niles y Hande Lancaster estaban mirándole.

—¿Qué significa esto? —peguntó Johnny con indignación.

—¡Gracias a Dios! —dijo Sylvan Niles—. De vez en cuando usted emplea palabras sencillas,¿no es verdad?

—¡Que no se mueva de aquí! —ordenó Hande Lancaster.

Hande Lancaster salió de la celda de acero con ademán decidido, como si tuviera una idea bien definida en la mente. Durante los pocos minutos que estuvo ausente, Johnny miró en torno suyo con el mayor interés, tratando de adivinar dónde se hallaba.

La cámara de acero carecía de ventanas y su única abertura era una puerta baja y estrecha. Olía a humedad y herrumbre.

Hande Lancaster regresó caminando con cuidado y trayendo un aparato de aspecto complicado. Lo dejó en el suelo, cerca de la puerta y empezó a manipularlo con visible cariño.

Johnny conocía a Doc Savage desde hacía bastante tiempo para conocer la mayoría de los aparatos científicos ordinarios. Miró lo que Hande Lancaster traía y se fijó en varias baterías.

También había allí un par de cajas cubiertas de mandos y provistas de pequeñas aberturas por las cuales se veían lámparas.

Johnny decidió en el acto que se trataba de un aparato inventado por el propio Lancaster, sin poder adivinar de qué serviría.

Hande Lancaster fijó dos cascos de aspecto singular al aparato. Se trataba de unas verdaderas jaulas de hilos y tubos de cristal. Colocó uno de ellos sobre la cabeza de Johnny que lo encontró sumamente pesado.

—¡Si lo rompe, le hago saltar la tapa de los sesos! —dijo Hande Lancaster con acento amenazador.

Era precisamente lo que Johnny había pensado hacer, pero Lancaster parecía hablar tan en serio que cambió de idea. Hande Lancaster se puso con cuidado el otro casco.

Se acurrucó al lado de las cajas y empezó a manipular los mandos y los conmutadores. Johnny esperó lo que iba a venir. Esperaba ser electrocutado, por lo menos, pero nada ocurrió. Hande Lancaster empezó a sonreír de satisfacción. Su aspecto era más grotesco que nunca con aquel casco en la cabeza.

—¿Quién piensa usted que es el culpable que se oculta tras este misterio? —preguntó de pronto.

Desde luego, era una pregunta que Johnny se había hecho antes de entonces, llegando a la conclusión que Hande Lancaster era según todas las probabilidades el responsable de todo.

También creía Johnny que la muchacha estaba de acuerdo con él, aunque se resistía a creerla una verdadera criminal.

Antes bien debió dejarse engañar por Hande Lancaster. Era probable que éste le diría que lo que hacía era perfectamente legítimo y que ella le creería.

—¡No tengo la menor idea de quién es! —dijo Johnny.

—¡Miente! —le replicó Hande Lancaster—. ¡Usted cree que yo soy el culpable!

Johnny parpadeó y se le abrió la boca.

—Además, no he engañado a Sylvan Niles, tal como usted cree —prosiguió Hande Lancaster.

Johnny tragó saliva repetidas veces. Estaba más que asombrado, estaba anonadado.

¡Aquel hombre leía en sus pensamientos!

—¡Exactamente! —dijo Hande Lancaster en tono austero.

—¿Qué? —exclamó Johnny.

—Hago lo que usted piensa que estoy haciendo —le dijo Hande Lancaster—. ¡Estoy leyendo en sus pensamientos!

William Harper Littlejohn era un hombre erudito, mucho mas

culto que la mayoría de los hombres. O era tanto, que pocas veces ocurría algo que no pudiese explicar instantáneamente.

Su vida, desde que se juntó con Doc Savage, había sido un verdadero torbellino y, sin embargo, nunca se vió tan completamente desconcertado como entonces.

Estaba desconcertado y asombrado, era imposible de todo punto que Hande Lancaster leyera en su mente. Aquello era una superchería.

—Voy a confundirle —pensó Johnny y, concentrando sus pensamientos, recordó un incidente ocurrido unos meses atrás cuando tuvo un encuentro espeluznante con lo que al principio le parecieron ser unos monstruos, pero resultó que no eran otra cosa que lagaros de gran tamaño.

—¿En qué estaba pensando? —preguntó Johnny.

—Me pone usted a prueba pensando en unos lagartos enormes que vió hace unos meses —dijo Hande Lancaster.

A Johnny no le habría dejado más aturdido un martillazo en al cabeza. ¡Era cierto que el hombre leía en sus pensamientos! Hande Lancaster se acercó, sacó el casco de la cabeza de Johnny que daba vueltas y lo llevó a la puerta con cuidado infinito, pensando sin duda llevarlo fuera y ponerlo en lugar seguro.

Rebasaba la puerta cuando unas manos bronceadas y fuertes surgieron de la penumbra y le cogieron por el cuello. Lancaster tenía serenidad.

No quería romper su aparato y lo depositó con cuidado en el suelo antes de empezar a luchar. Intentó meter la mano en el bolsillo pero Doc Savage le apretó los brazos, inmovilizándole.

Doc arrancó el bolsillo de la chaqueta y un revólver cayó al suelo. Sylvan Niles se precipitó sobre el arma pero Doc le cerró el paso, sujetando siempre a su prisionero.

Empujando a Hande y a la muchacha a un rincón, Doc logró mantenerlos acorralados allí, defraudando fácilmente sus tentativas de evasión.

Johnny luchaba en el suelo sin lograr romper las ataduras que le sujetaban las muñecas y tobillos.

—¡Que me superamalgamen! —gritó—. ¿Cómo has venido hasta aquí, Doc?

—El coche de Hande tiene un baúl muy grande —contestó Doc.

Hande Lancaster chilló: —¿Estaba usted en el baúl?

El hombre de bronce asintió. Hande Lancaster comprendió entonces que se habían burlado de él.

—¡Usted dejó ese revólver en el sillón! —gritó—. ¡Apuesto lo que quiera a que no estaba siquiera cargado!

—¡No lo estaba! —admitió Doc Savage.

Sylvan Niles miró a Hande Lancaster con aire acusador.

—¡Ya le dije que él ganaría la partida! —declaró—, debimos confiar en él.

Hande Lancaster miró airado a Doc Savage.

—¿Por qué me ha engañado para que le trajera aquí?

Doc señaló el aparato que sirvió para el experimento con Johnny.

—¡Para apoderarme de uno de estos objetos! —dijo.

Comprendiendo que no escaparían, Hande Lancaster y Sylvan Niles dejaron de resistir y permanecieron enfurruñados en su rincón.

Doc desató a Johnny y ató fuertemente las muñecas y los tobillos de Lancaster con al misma cuerda.

—Si intenta escapar, tendremos que atarla también —dijo a la muchacha.

—¡No me moveré! —contestó ella secamente.

Doc arrastró a Lancaster al centro de la cámara de acero y trajo el extraño aparato, dejándolo a su lado. Doc invirtió algunos minutos examinando el aparato, lo cual pereció contrariar en grado sumo a Hande Lancaster que gimió en voz alta:— El trabajo de su vida, ¿eh? —preguntó Doc.

Hande Lancaster se limitó a gruñir.

—A juzgar por el cuidado con que lo maneja, debe ser el único que le queda —dijo Doc.

Lancaster no contestó.

La electricidad era una de las ciencias que Doc Savage estudió con intensidad al prepararse para su asombrosa carrera y pocos hombres competían con él sobre este asunto.

Apoderándose del casco que le habían puesto a Johnny, lo colocó sobre la cabeza de Hande Lancaster.

—¿Quieres ser el receptor? —preguntó Doc a Johnny.

—¿De veras funciona esto?

—Pruébalo y saca tus propias conclusiones.

Johnny vaciló. Le daba algún reparo hacer el experimento, pero finalmente se encogió de hombros y se dejó poner el casco.

Doc empezó entonces a tocar conmutadores y botones.

—Si alguna maniobra pone el aparato en peligro, avíseme —dijo a Lancaster.

—Vuelva el amplificador de corriente tres puntos atrás —rezongó Lancaster—. Está en el ángulo derecho, arriba. He construido yo mismo esas lámparas amplificadoras y no quiero que se quemen. No tengo otras.

—¡No creo que funcione! —dijo enfáticamente Johnny.

—Funciona basándose en un principio muy natural —dijo Doc Savage, ajustando el aparato—. Es muy conocido de los hombres de ciencia que saben desde hace tiempo que pequeñas corrientes eléctricas nacen en el cerebro humano. Esas corrientes son infinitesimales y una parte ínfima de un voltio.

—¡Oh! —exclamó Johnny—. Empiezo a comprender.

—Muchos experimentadores han logrado descubrir la presencia de la corriente, atando galvanómetros súper sensitivos en torno a la cabeza de un ser humano —le dijo Doc Savage—. Un galvanómetro es un sencillo aparato que indica la presencia de una corriente eléctrica.

Johnny frunció el entrecejo y pareció reflexionar.

—No oigo nada —declaró.

—Y no lo oirás —le avisó Doc Savage.

—Descansa y no intentes pensar en nada.

Johnny cerró los ojos, haciendo un esfuerzo por obedecer. Durante un momento el mayor silencio reinó.

—Piense algo para que él pueda recogerlo —dijo Doc Savage a Hande Lancaster.

Este se limitó a mirarle airadamente.

Transcurrió cierto espacio de tiempo. Johnny cambió de expresión y se quedó boquiabierto.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó.

—¿Empiezas a comprender cómo funciona? —le preguntó Doc.

—Sí… No oigo nada no veo nada… ¡Pero una serie de pensamientos me pasan por la mente! ¡Comprendo que no son pensamientos míos, porque no sé nada de las cosas a que se

refieren!

—El aparato que Hande Lancaster lleva en la cabeza es una antena súper sensitiva —dijo—. Recoge el campo eléctrico creado por las ondas de sus pensamientos. Estas quedan amplificadas por mediación de la antena trasmisora que llevas implantada en los nervios de las células de tu propio cerebro.

—¡Muy sencillo! —dijo Johnny, que parecía mareado.

—Esta es una explicación rudimentaria —le aseguró Doc Savage —. En realidad el proceso es extraordinariamente complicado, pero en pocas palabras así es como se hace.

—¡Una verdadero prodigio! —dijo Johnny.

—¿Que es lo que Hande Lancaster está pensando? —preguntó Doc Savage.

Johnny estuvo callado unos momentos.

—Esta pensando que le gustaría retorcernos el cuello —dijo, mirando a Hande Lancaster con aire de suma reprobación.

Lancaster le devolvió la mirada, pero guardó silencio. Este se prolongó.

—Está pensando en los años que ha invertido inventando y perfeccionándosete aparato de telepatía —dijo Johnny—. Piensa que tanto él como su secretaria, Sylvan Niles, han gastado todo su dinero haciendo experimentos. Estuvieron en el extranjero para que un hombre de ciencia forastero les construyera algunas de las lámparas complicadísimas que necesitaban.

—¡Excelente! —dijo Doc Savage.

Johnny prosiguió:

—Hande Lancaster piensa en su encuentro con el joven Alejandro Mandebran en el extranjero. Se pregunta cómo Alejandro Mandebran pudo enterarse de la existencia del aparato de telepatía y cómo pudo robarle su secreto…

—¡Yo también me lo he preguntado a menudo! —intervino Sylvan Niles.

—¡Por favor, estese quieta! —le dijo Johnny—. Hande Lancaster piensa ahora en lo criminal que Alejandro Mandebran es por haber secuestrado a su propio padre y haberlo sometido al experimento del aparato de telepatía con el fin de robarle aquellos valores…

Johnny iba excitándose.

—¡Doc! —exclamó—. Hande Lancaster sabe que Alejandro

Mandebran es el cerebro responsable de este asunto. ¡Lancaster lo ha sabido por el prisionero que hiciste por él en la vieja fábrica!

La muchacha se quedó mirando atónita a Lancaster.

—¡Hande! —exclamó—. No me dijo usted que tenía la prueba de la culpabilidad de Alejandro Mandebran.

Se oyó un ruido en la puerta, un ruido significativo que atrajo las miradas de todos.

Tres hombres bloqueaban la estrecha entrada y los tres iban armados.

—¡Estáis descubriendo demasiados secretos! —dijo sombríamente uno de ellos al par que los encañonaba.

CAPÍTULO XVIII

PLANES DE LIMPIEZA GENERAL

DOC no se movió un ápice, pero Johnny no tenía su serenidad. Se arrancó el complicado casco, lo dejó en el suelo y se irguió.

—Es usted un blanco más bien delgado —le dijo uno de los pistoleros—. Pero creo que podría tocarlo.

Johnny apretó los puños, pero siguió los consejos de su buen sentido y permaneció quieto.

—¡Nos ha metido usted en un buen lío! —dijo uno de los pistoleros—. Pero creo que podría tocarlo.

Johnny apretó los puños, pero siguió los consejos de su buen sentido y permaneció quieto.

—¡Nos ha metido usted en un buen lío! —dijo Sylvan Niles a Doc Savage.

El hombre de bronce no contestó.

Penetrando en la cámara de acero con gran cautela, dos de los recién llegados procedieron ala tarea de registrar a Doc Savage y a Johnny en busca de armas.

Se sorprendieron al no encontrar ninguna sobre la persona del hombre de bronce, aunque le sacaron la chaqueta, le palparon las piernas del pantalón, buscaron dentro de su camisa e incluso le arrancaron la cota de malla que llevaba siempre.

Otros hombres entraron, todos armados hasta los dientes.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —les gritó Hande Lancaster.

—Cierra el pico —le contestó uno de los bandidos—. Unos compañeros te han seguido. Viniste hace una semana y uno de nuestros hombres andaba detrás de ti.

—¡Malditos seáis! —chilló Hande Lancaster.

—¡Tendrás sobrada razón para maldecidnos si no callas! —le

contestaron.

Un hombre entró con una cuerda nueva y fuerte y le ataron las manos a la espalda a Doc Savage.

Uno de los hombres empujó despectivamente el aparato a Hande Lancaster.

—Este es uno de los primeros modelos —se mofó—. Es preciso que la antena receptora esté en la cabeza de uno antes de que funcione. Ahora, con el nuevo modelo...

—¡Qué me habéis robado! —chilló Lancaster.

—Con el nuevo modelo... —prosiguió el hombre, como sin que le hubieran interrumpido—, la recepción de las ondas del pensamiento es posible a una distancia de ocho o diez pies en circunstancias favorables. Desde luego, cuanto más cerca se encuentra el sujeto de la antena, mejor.

Sacaron a Doc Savage y a sus compañeros del cuarto y los llevaron por un pasillo estrecho y cuyo suelo estaba cubierto de orín. El suelo era de madera, cuyos tablones estaban en su mayoría podridos.

Las paredes eran de acero oxidado. Subieron por una escalera angosta, que caía en ruinas y de pronto Johnny comprendió dónde se hallaban.

—¡Un de los cascos del tiempo de la Gran Guerra, abandonado y amarrado en la bahía de Chesepeake —sugirió Doc Savage—. ¡Es un escondite ideal!

Una vez en cubierta, les hicieron entrar en lo que en otros tiempos debió ser el comedor de la tripulación, a juzgar por los largos bancos y las mesas que seguían en su sitio.

Un aparato de aspecto complicado se hallaba encima de una de las mesas.

Abultaba algo más que el de Hande Lancaster y uno de los hombres lo señaló con el dedo.

—¡Este es el nuevo modelo! —dijo mirando a Doc Savage con una mueca feroz—. ¡Vamos a usarlo con usted. ¡Ya hemos plantado la antena receptora en sillas y cajas de momias...!

Les sorprendió evidentemente el hecho de que Doc Savage no se resistiese.

Johnny estaba igualmente asombrado, pero lo disimuló. Doc no acostumbraba dejarse manejar de un modo tan desenvuelto.

Obligaron al hombre de bronce a sentarse en un banco y colocaron la antena del aparato de telepatía en la cabeza. Un hombre se puso el casco que correspondía a la antena receptora.

—¡Que todo el mundo se aleje de aquí! —avisó el sujeto en cuestión.

Era evidente que aquel aparato, aunque más sensible que el otro, sufría el efecto de la interferencia de las personas que se hallaban cerca.

El operador manipuló cuidadosamente los contactos, se echó atrás y cerró los ojos, adoptando una actitud de gran concentración.

Se requiere frecuentemente concentración para no pensar. El mayor silencio reinó por espacio de tres o cuatro minutos.

—¡Maldito sea! —exclamó el hombre que llevaba e casco.

—¿Qué pasa? —le preguntó un compañero.

—¡El hombre de bronce sabe que el jefe es Alejandro Mandebran! —declaró el operador.

—¿Y por qué preocuparse por eso? —resopló el otro—. Ya sospechábamos que lo sabía, ¿verdad’

—¡Eso no es lo peor! —gritó el operador.

—¿Qué?

—¿Qué hora es?

Uno de los hombres consultó su reloj.

—¡Las diez!

—¡El hombre de bronce está pensando que le van a rescatar y que todos nosotros estaremos bajo cerrojos a medianoche!

Esta información no fue recibida precisamente con alegría.

—¿Que va a pasar? —dijo un hombre. Hubo un compás de espera mientras el hombre del casco intentaba obtener nuevos datos del cerebro de Doc Savage.

—¡Psch! —dijo—. Este sujeto piensa con la velocidad del rayo.

—¿Cómo piensa salir de esta situación? —preguntó uno del grupo—. ¿Y cómo cree que iremos a parar a la “sombra”?

Hubo una nueva pausa.

—¡Es inútil! —exclamó el hombre del casco—. Ha dejado de pensar.

—¡Dejado de pensar!

—Bueno, precisamente eso no —murmuró el del casco, que no parecía encontrarse a sus anchas—. Piensa que nos condenarán

probablemente a cadena perpetua por habernos apoderado del viejo Jethro Mandebran y de sus veinte millones.

—Es preferible ver lo que el jefe quiere hacer respecto a eso —sugirió alguien.

El que había hablado salió y regresó a pocos momentos.

—El jefe dice que los pongamos con los demás prisioneros —declaró.

Llevaron a Doc Savage, a Sylvan Niles, a Hande Lancaster y a Johnny por una escalera a un pasadizo y los introdujeron en una cámara bastante espaciosa que parecía un camarote.

No tenía más que una sola portañola, demasiado pequeña para que un hombre escapara por la misma. La puerta se cerró detrás de los prisioneros.

—Tenemos un vigilante en la cubierta —declaró uno de los bandidos—. ¡El primero que asome las narices por ésta portañola y empiece a chillar recibirá una bala!

Doc Savage echó una mirada a los tres prisioneros que se hallaban ya en el cuarto. Allí estaban Monk y Ham, cuyo aspecto dejaba bastante que desear.

El tercer hombre —Jethro Mandebran, que Doc reconoció por haber visto su retrato en los periódicos— lograba conservar un porte digno a pesar de estar atado de pies y de manos. Sus cabellos grises estaban revueltos.

—¡Tú prisionero, Doc!

Johnny contestó, empleando palabras cortas.

—Supongo que crees que esas cuerdas nos sirven de adorno —respondió en tono seco.

Monk gimió ruidosamente.

—¡Calla, aguafiestas! —dijo Ham, con enfado.

—No saldremos nunca de aquí —se quejó Monk—. Esos sujetos nos pegarán cuatro tiros.

—¡Se han apoderado de mi escondite! —gritó Hande Lancaster —. ¡Nadie nos socorrerá! ¡No viene aquí nunca ni un alma!

El digno Jethro Mandebran interrumpió la letanía de lamentaciones con una nota optimista.

—No hemos visto siquiera a mi hijo Alejandro —dijo.

—¿Y qué? —le espetó Sylvan Niles.

—Es probable que Alejandro ha escapado —le dijo Jethro

Mandebran—. Confío en él para salvarnos.

La muchacha respiró hondamente y pareció a punto de contar al digno caballero que su hijo era el responsable de su actual apuro, pero le debió faltar el valor de hacerlo y permaneció callada.

Sin embargo. Hande Lancaster no sentía los mismos escrúpulos.

—¡Alejandro es quien está detrás de todo esto! —le dijo al anciano, enterándole a gritos, pues era tal su manera usual de hablar y más aún cuando sentíase rabioso.

Esta declaración era demasiado portentosa para que el viejo Mandebran la comprendiera enseguida.

—¿Qué dice usted? —preguntó con voz ronca.

—¡Su hijo Alejandro! —aulló Hande Lancaster—. ¡Él es el cerebro de este asunto!

Jethro Mandebran pareció derretirse como una vela de sebo expuesta a una llama ardiente. Estaba de pie, pero se dejó caer lentamente.

—¡Esto no es cierto! —gimió—. ¡No lo creo!

—¡Aunque no lo crea usted! —dijo secamente Hande Lancaster —. ¡Pero es un hecho!

—¡Alejandro! —susurró el anciano—. ¡Alejandro… oh… oh!

CAPÍTULO XIX

UNA AMENAZA TERRIBLE

DABA lástima mirar al viejo Jethro Mandebran.

El anciano, hecho a hierro, se había mantenido firme bajo la tremenda acusación de haber huido con la fabulosa cantidad desaparecida de su Banco.

La historia de que le habían raptado para probar sobre él un aparato que leía en los pensamientos y de que una banda de malhechores había aprovechado los conocimientos adquiridos de tal modo para apoderarse del dinero depositado en el Banco ya era bastante fantástica.

Cualquier policía reiría hasta desternillarse al oírla y era indudable que Mandebran comprendía que, de no hacerla aceptable, iría a parar a la cárcel.

Esta perspectiva no le había quitado la sangre fría, pero el saber que su hijo era el responsable de cuando había ocurrido le había deshecho.

Ya no era más que un anciano perdido en su dolor inmenso. Para él el mundo era un lugar cruel y horrible. Transcurrió bastante tiempo antes de que nadie hablara.

Hasta Hande Lancaster guardó silencio como si sintiera hacer aquella revelación al anciano.

Finalmente, Monk fue quien habló con una voz más pequeña y aguda que nunca.

—¿Has formado algún plan, Doc?

—Esperaremos —le dijo Doc Savage.

Johnny miró al hombre de bronce.

—¿Qué quiere decir eso de que a medianoche saldremos de aquí? —preguntó el geólogo—. Aquello que su máquina les dijo que

estabas pensando.

Doc Savage guardó silencio.

—Confieso que no estoy tranquilo —prosiguió Johnny.

—¡No hables de ello! —le aconsejó Doc.

¿Por qué’

—Tal vez su antena telepática esté colocada cerca de nosotros —dijo Doc—. Si descubren nuestro plan, podrán echarlo a perder.

—Comprendo —dijo Johnny.

Cinco minutos después, la puerta se abrió y un hombre entró. Llevaba un montón de sacos de arpillera y se acercó a la portañola.

Todos se habían fijado ya en que a ésta le faltaba el cristal. El hombre empezó a tapar la abertura con los sacos y no paró hasta tenerla completamente obstruida.

A continuación, examinó las ataduras de los prisioneros.

—¡Barrunto que no os podréis mover mucho! —dijo.

El hombre salió y regresó al cabo de un instante con una caja de cartón abierta y de la que sobresalían papeles y virutas finas de embalaje. El hombre apartó éstos con cuidado y cuando hubo concluido, extrajo de la caja un grueso jarrón de cristal. Sostuvo el jarrón ante la luz de una lámpara eléctrica para que Doc Savage lo viera.

—¿Adivina usted qué es esto?

Doc contempló el contenido del jarro. Era un líquido de color característico.

—Ácido hidrocyánico —se aventuró a decir el hombre de bronce.

—¡Exacto! —asintió Monk, a quien no le habían preguntado nada.

—Si dejo caer esto, ¿Qué ocurrirá? —preguntó el hombre.

—Es probable que morirías antes de llegar a la puerta —sugirió Monk con entusiasmo—. Este producto produce un vapor cuyos efectos son los más rápidos y mortíferos que se conocen.

—Lo que quiero decir… —prosiguió el hombre con una sonrisa torva— ¿Qué es lo que ocurriría si tirara esta jarra desde la puerta, cerrándola enseguida?

Nadie contestó.

—¡La idea es del jefe! —añadió el hombre.

Jethro Mandebran exclamó:

—¡Alex... mi hijo... ha ordenado...! —parecía a punto de ahogarse.

Se oyó un grito en el corredor, el ruido de pisadas rápidas y un hombre surgió en el umbral. Parecía preocupado, pero su expresión cambió como si se sintiera aliviado al ver a los prisioneros desarmados.

—¿Qué podemos hacer además de liquidar los prisioneros y ahuecar? —preguntó el hombre que llevaba el ácido hidrocyánico.

—Vamos a usar el aparato telepático sobre Doc Savage una vez más —declaró el otro—. Vamos a ver lo que sacamos de él. ¡Traedlo acá!

Cogieron a Doc y cuatro hombres se lo llevaron al comedor. Lo dejaron sobre la mesa, cerca de la antena receptora del notable invento de Hande Lancaster.

Un hombre se puso el casco receptor y manipuló llaves y resortes hasta tenerlo todo a punto de funcionar.

Esto parecía ser una operación muy delicada.

—¡Ya está! —dijo el hombre.

Instantáneamente, otro sujeto se abalanzó sobre Doc Savage, asestándole un golpe terrible con la culata de su revólver.

Volvió a pegarle. Los golpes eran calculados para producir gran dolor antes que quitar el sentido.

Inmediatamente, el hombre se retiró de la zona de la antena receptora.

—Eso debe bastar para impedir que piense en otra cosa que en los planes que ha hecho —dijo el bandido.

Hubo un silencio que se prolongó.

—¡Ya lo tengo! —gritó el hombre del casco.

Sus compañeros se le echaron encima.

—¿Qué es?

—El hombre de bronce conocía este sitio antes de venir —explicó el operador—. ¡Ha avisado a la policía del Estado! ¡Estamos rodeados de tropa!

Mas de un hombre lanzó tremendas blasfemas al oír esta información.

—¡Quietos! —exclamó el hombre que había usado el receptor—. Hay una manera de salir de apuros. Si el hombre de bronce sube a cubierta y se alumbra con una lámpara eléctrica para probar que

está sin novedad, los soldados tienen la orden de retirarse y dejarle manejar el asunto como quiera.

—Entonces, lo único que hemos de haber es llevarlo a cubierta, desatarle y…

—Exactamente.

Cogieron a Doc y se lo llevaron. A toda velocidad lo trasladaron al punto de mando del viejo buque, donde precedieron a desatarlo y le colocaron una lámpara entre las manos.

—Te apuntamos con nuestros revólveres —le dijeron—. Permanece en el puente y alúmbrate. Hazlo hasta que tengas la seguridad de que los “polis” te han visto.

—¿Y si rehúso? —preguntó Doc.

—¡Significará que tú y tus amigos moriréis! —le avisó una voz amenazadora—. Y significa también que lucharemos para abrirnos paso fuera de esta trampa.

Doc Savage permaneció silencioso un momento, considerando sin duda su suerte y la de sus hombres. A continuación, se encogió de hombros.

—Conformes —dijo.

Anduvo hasta el extremo del puente. La vieja barandilla era de barrotes de metal, exceptuando la parte superior, que era de madera, y seguía en buen estado, presentando una superficie llana.

Doc Savage encendió la lámpara y la colocó sobre la barandilla. El haz de luz no lo inundaba a él, sino que enfocaba a los hombres que estaban al acecho con los revólveres en la mano.

—¡Luego, Doc desapareció!

Ocurrió en una fracción de segundo. Dio la impresión de que la luz acababa de alumbrar a los hombres cuando sus revólveres estallaron, pero el intervalo bastó para que el hombre de bronce que salía exactamente lo que iba a hacer, realizara su hazaña.

Saltó por encima de la barandilla fuera del buque. Sin embargo, no se apartó completamente de éste. En vez de esto, se agarró a la barandilla bajó un poco y se movió rápidamente hacia la izquierda, colgando de las manos.

Estaba en la oscuridad, de manera que nadie vio lo que hacía. El salto que dio engañó por completo a sus enemigos.

—¡Está en el agua! —gritaron éstos.

CAPÍTULO XX

EL CEREBRO

LOS hombres se precipitaron hacia la barandilla. El hombre de bronce volvió a encaramarse a cubierta a alguna distancia del puente de mando.

Sus pies tocaron un tablón suelto e hicieron bastante ruido, pero éste se perdió en la confusión general. Doc recogió el trozo de madera y lo tiró por la borda.

—¡Ahí está! —gritaron todos y una lluvia de balas acribilló el sitio de donde el trozo de madera se había hundido.

Doc se movió tan silenciosamente como fue posible. Muchas de las puertas exteriores faltaban en el viejo buque y penetró por la primera abertura que encontró. Se oía mucho ruido en esta parte del buque.

Los hombres corrían hacia el lugar de los acontecimientos. Doc Savage bajó al interior de buque. Andaba a tientas, pero extraordinariamente deprisa.

Cerca del camarote donde seguían encerrados los otros prisioneros, se cruzó con dos bandidos que empuñaban sendas lámparas eléctricas.

Los vió venir a tiempo y se ocultó en el hueco de la puerta de un camarote, esperándolos. Su ataque fue digno de Némesis.

Los cogió simultáneamente por el cuello y juntó los brazos. Las cabezas de los dos hombres chocaron. Ambos patearon una vez con violencia y quedaron inmóviles.

Uno de los hombres llevaba un largo gabán de color claro y un sombrero.

Doc se apropió de ambas prendas y de una de las lámparas. Se puso el sombrero y corrió hacia el camarote que servía de cárcel,

poniéndose el abrigo por el camino.

Había un guardia en la puerta y estaba alumbrando a los prisioneros con su lámpara. Al oír los pasos de Doc, volvió la luz en su dirección.

—¡Todo va bien! —dijo Doc, con voz muy distinta de su tono normal.

Engañado, el guardia no acabó de enfocar al recién llegado con su lámpara.

Es probable que nunca supo exactamente lo que ocurrió entonces. Sin duda alguna, no vió el puño de hierro que le hirió con fuerza sobre la oreja derecha.

El hombre dio una vuelta completa, penetrando en el cuarto y cayendo de espalda, sin sentido.

Unos instantes después, Doc Savage desataba a los prisioneros. Fuera, se oía un tiroteo nutrido. Los hombres disparaban a tontas y locas, esperando que una bala hiriese por casualidad al hombre de bronce.

—¡Oís los fuegos artificiales! —chilló Monk, que estaba muy excitado—. ¡Muchachos, la policía debe estar limpiando la casa!

Al contrario —dijo sombríamente Doc—. No hay ningún policía aquí.

—¿Eh?

—Su máquina de telepatía registra lo que un hombre imagina igual que lo que piensa —explicó Doc.

Monk espetó:

—¿Quieres decir que todo eso de la policía rodeando el barco era pura imaginación?

Exactamente —admitió Doc—. Y fue preciso hacer uso de bastante concentración para logra transmitirlo.

Hande Lancaster se irguió, gritando: —¡Salgamos de aquí! ¡Ojalá no hubiese inventado nada de eso!

—¡No grites tanto, hombre! —le reprochó Monk.

Todos los prisioneros estaban ya libres de ataduras y salieron al pasillo.

—Nos encaminaremos a popa… —dijo Doc—, e intentaremos huir.

Puesto que más valía ir con cautela que con prisas, Doc usó su lámpara a ratos, apagándola la mayor parte del tiempo, a pesar de

eso, avanzaron bastante rápidamente.

Monk y Ham iban a retaguardia. Jethro Mandebran y Sylvan Niles estaban en el medio, mientras Hande Lancaster se mantenía al lado de Doc Savage, junto con Johnny.

Al cabo de pocos momentos, Doc Savage se detuvo repentinamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hande Lancaster, en un gruñido.

—¡Chitón! —dijo Doc—. ¡Oíd!

Sus compañeros oyeron entonces unos golpes sordos y un débil roce muy cerca de ellos.

—¡Viene de este cuarto! —dijo Monk. Señalando con el dedo un lugar donde Doc Savage, haciendo uso de su lámpara, descubrió una puerta o, mejor dicho, una abertura, donde en otros tiempos hubo una puerta.

Doc dio unos pasos adelante y volvió a encender la luz. Un hombre, atado por gruesas cuerdas, quedó revelado a sus ojos.

Estaba amordazado y llevaba los ojos vendados, lo cual hacía imposible identificarlo a primera vista. Doc Savage se le acercó.

Sus compañeros permanecieron agrupados en el umbral, mirando con curiosidad. Ignoraban que hubiera otro prisionero en el barco.

Doc le quitó la venda de los ojos y la mordaza al cautivo, dejando su rostro al descubierto.

—¡Alejandro Mandebran! —chilló Monk.

Hubo un silencio lleno de asombro.

Sylvan Niles exclamó:

—¡Pero… pero es su jefe! ¿Cómo ha podido llegar aquí?

Doc Savage desató al joven.

—¡Alejandro Mandebran no es su jefe! —exclamó Doc.

Sylvan Niles dijo con asombro:

—¡Pero ellos dijeron que…!

—Querían muy hábilmente hacernos creer en la culpabilidad de Alejandro Mandebran… —le contestó Doc Savage—. Mientras el verdadero jefe de la banda hacía el papel de prisionero con nosotros y estaba preparándose una coartada con la mayor astucia.

Se oyó un rumor cerca de la puerta.

—¡Coged a Hande! —gritó Doc.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Monk—. ¡Ha escapado!

Doc Savage corrió a la puerta gritando:

—¡Es preciso que le detengamos! ¡Sabe que la policía no está aquí y lo dirá a la banda!

Hande Lancaster había demostrado ya en otras ocasiones que sabía correr deprisa con sus delgadas piernas.

Dio una mueva prueba de ello en la actual situación y recorrió el pasadizo con la agilidad de una cabra asustada. Haciendo un esfuerzo, Doc lo siguió, pero no lo alcanzó tal pronto como era de desear.

Hande Lancaster empezó a gritar. El hecho de que su manera usual de hablar era chillando y gritando, lo había dotado de una voz que parecía una sirena de barco.

Sacó partido de ella en la presente ocasión y sus bramidos debieron oírse mucho más allá del recinto del buque abandonado.

Unos gritos le contestaron desde cubierta, cerca del puente de mando, y se oyeron los pasos de varios hombres que se precipitaban para socorrerlo.

De pronto, Hande Lancaster se detuvo a pocos pasos de Doc Savage.

Presintiendo una amenaza en su acción, el hombre d bronce se paró también y alumbró el pasillo con su lámpara. Era evidente que Hade Lancaster sabía dónde habían dejado el jarro de ácido hidrocyánico.

Lo había recogido y lo sostenía ente sus manos. Johnny, Monk y Ham se reunieron con Doc. Con fiero propósito, Hande Lancaster se echó atrás para tirar el tarro lleno de mortero líquido.

Estaba a pocos pasos del hombre de bronce. El jarro de ácido hidrocyánico tocaría de lleno a Doc Savage o se estrellaría bastante cerca de él para rociarle con su contenido.

En el angosto pasillo había pocas probabilidades de escaparse. Mientras, se oían las pisadas de los hombres de Lancaster que se acercaban.

Doc Savage llevaba zapatos bajos, y se los arrancó de los pies, uno tras otro.

Dejó la lámpara en el suelo, con el fin de alumbrar a Hande Lancaster.

Con los zapatos en la mano, esperó. Tendría que romper el jarro en el aire con uno u otro de sus zapatos. Hande Lancaster parecía

disfrutar de la situación y se entretuvo en tirar el recipiente…

Aquello fue su pérdida. Se oyó un disparo de revólver tan cerca de los oídos de Doc, que éste quedó momentáneamente sordo.

El jarro se rompió entre las manos de Hande Lancaster y como que éste lo sostenía sobre su cabeza en aquel momento, su contenido le inundó, formando un charco en el suelo.

Hande Lancaster gritó como gritan los hombres cuando saben que van a morir.

Dio media vuelta y huyó, pero no anduvo lejos antes de caer, siempre gritando, retorciéndose en espantosas convulsiones en el suelo y muriendo al poco rato.

Doc Savage recogió la lámpara y se volvió, encarándose con Monk, que llevaba un revólver todavía humeante.

—¿Por qué no has esperado que lo tirara para no tener que matar a nadie? —preguntó Doc Savage.

—¿Quién te crees que soy… una hermana de la caridad? —resopló Monk—. He sido bastante afortunado para tocar ese jarro cuando todavía lo sostenía entre sus propias manos…

—¿De dónde has sacado el revólver?

—Es del individuo que has dejado fuera de combate.

—¡Vamos! —dijo sombríamente Doc.

Siguieron huyendo. Monk iba detrás de Doc Savage y estaba algo compungido.

Doc mantenía firme su norma de que ni él ni sus ayudantes debían quitar la vida a ningún ser humano, en cualquier ocasión que fuera, por temible que fuera el peligro que los amenazara, pero es preciso decir que Monk tenía sus propias ideas respecto a la suerte que merecían caballeros de la calaña de Hande Lancaster.

Se oyó un grito en las profundidades del buque, seguido de otros varios. Doc volvió a pararse.

—Se han metido en medio del vapor del ácido hidrocyánico sin saber que estaba allí —dijo lentamente el hombre de bronce.

Doc y sus compañeros vacilaron un momento y siguieron andando hacia popa.

No podían hacer nada para ayudar a los que el ácido hidrocyánico estaba probablemente matando.

Era seguro que de haber intentado socorrerlos, les habrían acogido a tiros.

Se detuvieron en la popa. Nadie parecía seguirlos.

—¿Cómo sospechaste de Hande Lancaster —preguntó Monk a Doc.

—El suicidio de su socio Castello, director de la Castello Mining Corporation, le hizo sospechoso —explicó Doc—. Era lo único que explicaba el gesto de Castello. Este había descubierto lo que Hande Lancaster estaba haciendo.

Monk suspiró.

—Yo sospechaba de Alejandro Mandebran —confesó.

La linda Sylvan Niles se acercó a Doc Savage y le dijo con voz compungida:

—No sabía lo que Hande Lancaster hacía en realidad —dijo—. No sé si podré probárselo.

—Creo que su actitud hasta ahora es suficiente prueba —le tranquilizó el hombre de bronce.

Sylvan Niles parecía ignorar que Hande, haciendo uso de los conocimientos adquiridos con su máquina de telepatía, había ganado dinero en la bolsa en nombre de ella misma.

Sylvan Niles calló un momento y cuando volvió a hablar, dijo con voz baja y expresiva:

—Gracias.

Siguieron esperando, callados. Al cabo de unos momentos, oyeron el ruido que hacía un grupo de hombres al abandonar el buque a toda prisa.

Monk rezongó:

—¡Me parece que homos concluido con este asunto!

La predicción de Monk resultó exacta. Al registrar el buque, se descubrió que la mayoría de los compinches de Hande Lancaster cayeron víctimas del vapor hidrocyánico, en medio del cual se habían metido sin darse cuenta.

Los supervivientes huyeron. Cuatro de los extraños inventos de Hande Lancaster quedaron revelados y Doc Savage dispuso que sus ayudantes los embalaran para transportarlos.

Resultaban demasiado peligrosos para correr el riesgo que volvieran a caer entre manos de seres sin escrúpulos. El hombre de bronce decidió enviarlos a su cuartel general para examinarlos.

Era posible que resultaran útiles al Departamento de Policía. Desde luego, no eran infalibles, lo cual quedó probado por el hecho

de que registraban cualquier proceso mental, tanto los pensamientos reales como los fingidos.

Otras cosa descubrieron en el viejo buque: un verdadero cargamento de valores y billetes de Banco, el botín del cual Hande Lancaster se había apoderado hasta la fecha y que embaló en cajas de metal que dejó selladas.

Desde luego, todo aquello sería devuelto a sus legítimos propietarios. Al rayar el alba, terminada su tarea a bordo, todos se reunieron sobre cubierta para descansar. El silencio se estableció y quedaron impresionados por la soledad que reinaba en aquel lugar. La noche era tan quieta que no se oía siquiera el ruido de las olas.

—¡Maldito sea este sitio! —se quejó Monk—. ¡Que me den tierra a mar, pero no una tumba como esto!

Monk volvió a suspirar con mayor fuerza. El día nacía. Había bastante luz para que hubiera visto a Sylvan Niles con Alejandro Mandebran.

Los dos jóvenes parecían a punto de reanudar el idilio roto en Inglaterra a causa de las falsas acusaciones de Hande Lancaster.

Monk se apartó y dio un golpe en las costillas de Ham.

—¡Hemos de ir a los bosques de Nueva Jersey, picapleitos! —gruñó.

—¿Y eso por qué? —dijo de mal talante el abogado.

—Para ir a buscar a mi puerco Habeas, y a tu mico, Química —explicó Monk.

—Para ir a buscar a Química —corrigió Ham con su más cortes entonación—. ¡Tu marrano no me interesa, amigo!

Una nueva amenaza les esperaba en los bosques de Nueva Jersey. Allí surgía por primera vez la Muerte Fría, con el acompañamiento de una explosión que iba a sacudir a la región entera con estremecimiento inenarrable.

Doc Savage iba a correr el peligro de la Muerte Fría, junto con sus ayudantes, pues ello iba a resolver el problema de aquel terrible instrumento de muerte y destrucción.

FIN

Título original: *The Midas Man*